

Sacerdos

Revista de comunión sacerdotal,
caridad pastoral y formación
permanente.

“La resurrección de Cristo y nuestra divinización”

P. Ignacio Andereggen

“Lenguaje en la
predicación”

P. Antonio Rivero, L.C.

“Sacerdotes a
la altura de las
necesidades actuales”

P. Carlos Sandoval

Comentario teológico
espiritual de la Misa.
Paso a paso, según
sus diversas partes

P. Octavio Acevedo, L.C.



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS

Estimados hermanos en el sacerdocio:

Con mucho gusto les ofrecemos el presente número de nuestra revista *Sacerdos*, la cual, como de costumbre, se esfuerza por poner en sus manos artículos que abordan temas en las diversas áreas o dimensiones de nuestra formación integral, según nos pide cultivar nuestra Madre la Iglesia y así caminar hacia la plenitud sacerdotal en nuestra vocación específica.

En el campo humano varios de ustedes sacerdotes diocesanos nos comparten sus reflexiones sobre diversos aspectos de dicha dimensión, a saber: lo que exigen de nosotros los tiempos actuales en cuanto a la formación integral, la cual ha de tenerse presente y fomentarse desde la formación inicial, es decir desde el seminario, y la cual tiene su base precisamente en lo humano; asimismo se nos presentan otros dos temas, por lo demás íntimamente relacionados entre sí, que son el de la amistad sacerdotal y la dimensión comunitaria en la vida del presbítero.

Por lo que toca al campo específicamente espiritual, presentamos tres artículos densos teológica y doctrinalmente, así como de gran riqueza espiritual: uno versa sobre la Resurrección de Cristo y el papel que la misma juega en nuestra propia "divinización" como cristianos, lo cual aplica de manera especial a nosotros sacerdotes; otro más sobre los santos, vistos sobre el aspecto concreto de cómo son los verdaderos portadores de luz la historia, iluminando la vida de los hombres en general, y de los bautizados en particular; y, finalmente, otro sobre la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad Divina, en algunos autores de los siglos XIII al XV, mismo que nos ayudará también a ahondar en el tema del "discernimiento", tan actual en la espiritualidad, tanto en el ámbito diocesano como en el de la vida religiosa y consagrada, pero el cual no siempre se entiende y se aplica correctamente.

En la dimensión intelectual presentamos dos temas. El primero es un comentario teológico-espiritual a la Misa, paso a paso, según las diversas partes que la integran. El segundo vuelve a afrontar el tema de la ideología del género según la desenmascara el Papa Benedicto XVI; en esta ocasión se aborda desde lo que él llama la destrucción de "las formas fundamentales de la persona humana", pues eso es lo que precisamente mina esa ideología nefasta que representa una rebelión abierta contra Dios Creador.

Y en el aspecto más pastoral de la formación, contamos una vez más con un artículo sobre el tema de la predicación, ahora tocando el tema del "lenguaje" que se ha de utilizar en cada tipo de predicación. Otro tema que se presenta es el del Sínodo de los Obispos del año pasado, el cual abordó

EDITORIAL

el tema de "los jóvenes, la fe y el discernimiento", en forma de "ecos" o *highlights* de tal cumbre en la Iglesia.

Como reflexiones de actualidad, incluimos una que hace ver cómo ante los problemas sociales que acucian a nuestro país -y en general al mundo entero- el sacerdote no ha de permanecer ajeno al sufrimiento de su grey, sino de verdad sufrir con su pueblo y buscando llevar más a Dios, único que puede curar tantos males, tantos temores y tantos dolores, por una parte, y, por otra, ha de buscar ser más fiel a su misión siendo cada vez más sacerdote, verdadero pastor de sus almas. El otro tema desarrollado es sobre el pontificado del Papa Francisco y algunas pautas para entender bien la conjunción misericordia y justicia, aspectos de una misma verdad, por lo que, si se comprenden bien, no se excluyen sino que, por el contrario, se implican.

Como de costumbre, se cierra este número de nuestra revista con un testimonio sobre la vida y misión de Su Eminencia el Cardenal Sergio Obeso Rivera, Arzobispo Emérito de Xalapa, quien ejerció su ministerio "al estilo de Cristo".

Bien, padres, no nos resta sino desearles una Semana Santa muy santa y con muchos frutos de vida eterna en sus almas sacerdotales y en la de todas las almas confiadas por El Señor a su fidelidad y acción sacerdotal.

Con mis oraciones y pidiéndoles las suyas, quedo suyo en Cristo y Su Iglesia,

P. Alfonso López Muñoz, L.C.
CENTRO SACERDOTAL LOGOS

ÍNDICE



DIMENSIÓN HUMANA

"Sacerdotes a la altura de las necesidades actuales" 11

P. Carlos Sandoval Rangel

"Celebremos la amistad" 13

P. Guadalupe Antonio Ruíz

"La dimensión comunitaria en la vida del presbítero" 14

P. Francisco Oliva Calva



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

"Un plan de vida espiritual para crecer en la santidad" 16

P. Antonio Rivero, L.C.

"La resurrección de Cristo y nuestra divinización" 24

P. Ignacio Andereggen

"Los Santos son los verdaderos portadores de la luz en la historia" 33

P. Luis Alfonso Orozco, L.C.

"Voluntad de Dios, conformidad y discernimiento, en algunos autores representativos de los siglos XIII, XIV, y XV" (2) 43

P. Alberto Mestre, L.C.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

"Comentario teológico espiritual de la Misa. Paso a paso, según sus diversas partes" 55

P. Octavio Acevedo, L.C.

"Las formas fundamentales del ser persona humana' ante la ideología del género, según el Papa Benedicto XVI" 65

P. Alfonso López Muñoz, L.C.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

ÍNDICE



DIMENSIÓN PASTORAL

"Jóvenes, fe y discernimiento: ecos del Sínodo 2018" 73

P. Fernando Pascual, L.C.

"Lenguaje en la predicación" 77

P. Antonio Rivero, L.C.



ACTUALIDAD

"Nunca me he sentido tan apóstol como ahora que sufro para ser fiel a mi misión" 81

P. José Juan Sánchez Jácome

"El Pontificado de Francisco: ¿Misericordia Vs. Verdad?" 83

H. Ismael González, L.C.



TESTIMONIO

"El Cardenal Sergio Obeso y el estilo de Cristo" 86

P. José Juan Sánchez Jácome

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López./ Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo/ Obispo Auxiliar de Xalapa, S.E.R. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Eduardo Muñoz, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



**Pedro
¿me amas?
¡Señor, tú
sabes que te
amo!**

*Si lo que buscas
es un espacio de
silencio, oración y
reflexión, estos
son tus:*

Ejercicios Espirituales

Impartidos por
P. Roberto González, L.C.

**De lunes 13 al viernes 17 de
mayo de 2019**

**Centro de Retiro Santa María de
la Cascada en Amecameca**
Costo: \$3,300.00
en habitación individual.

Registro: 13:00 hrs. del lunes
Llevar Estola, Alba, Liturgia de las horas
y Biblia. Los Ejercicios concluyen hasta
después de la comida del viernes



P. Roberto González, L.C.

- Nacido el 24 de Agosto de 1940 en Guadalajara
- Licenciado en Filosofía y en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma
- Doctor en Teología Moral y Bioética por la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Teología Moral General y Especial y de Bioética en la Facultad de Teología y de Bioética de la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Bioética por 4 años en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Nepi en Viterbo, Italia
- Párroco de la Iglesia de Sta. María Goretti y de San Francisco de Asís en la Diócesis suburbicaria de Porto Santa Rufina por 14 años
- Responsable del Archivo del Dicasterio de los Obispos en la Ciudad del Vaticano por 16 años bajo la Prefectura de los Cardenales Gaetano Confalonieri, Sebastiano Baggio y Bernardin Gantin

Contacto:

Gabriela Sordo

Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales

Centro Sacerdotal Logos

logos@caesc.com

(55) 55.20.54.11

(55) 55.20.55.85

Cel: (55)17298670

www.centrologos.org

Síguenos:

 Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000,
Ciudad de México



AVISOS

Curso de formadores de seminarios

El curso propone una actualización para aquellos que ya se dedican a la formación de los futuros sacerdotes. Se presenta como una oportunidad de estudio, profundización y compartir experiencias entre formadores que tienen la responsabilidad de acompañar en el discernimiento, el crecimiento y maduración de los seminaristas.

El programa se basa esencialmente en las enseñanzas de la nueva Ratio Fundamentalis Istitutionis Sacerdotalis, sulla Pastores dabo vobis, sobre las directrices del Nuevo Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros y sobre los orientamientos de la exortación apostólica Evangelii Gaudium.

DESTINATARIOS

Rectores, vice-rectores, directores espirituales y otros formadores de seminarios

FECHA

Día de llegada:

30 de junio

Día de salida:

30 de julio de 2019

COSTO: 2,300 €

El pago incluye la inscripción, hospedaje, comidas, materiales del curso y algunas salidas turísticas

Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora Programas Internacionales Centro Sacerdotal Logos

Tel: (55)55.20.54.11 (55)55.20.55.85 **Mail:** logosinter@redmision.org

www.centrologos.org

Síguenos:

f Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, Ciudad de México



Curso de Exorcismo y Oración de Liberación

El curso quiere ser una ayuda para profundizar en la realidad del ministro del exorcismo en sus implicaciones teóricas y prácticas, así como también una ayuda para los Obispos en la preparación de los sacerdotes que serán llamados a este ministerio, y así como los laicos que los asisten.

FECHA

Del 6 al 11 de mayo 2019.

LUGAR:

Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma. Italia. Tel. (+39) 06.665.431

COSTO: 400 €

Si requiere traducción 300 € adicionales.

Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora Programas Internacionales Centro Sacerdotal Logos
Tel: (55)55.20.54.11 (55)55.20.55.85 Mail: logosinter@redmision.org

www.centrologos.org

Síguenos:

 Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, Ciudad de México



AVISOS

Renovación espiritual para Sacerdotes Tierra Santa

FECHA:

- Desde el Lunes 15 de Julio 2019 al Sábado 3 de Agosto 2019.

COSTO: 2,450 € (o su equivalente en dólares)

- Todos los gastos del curso incluidos en habitaciones dobles.
- Suplemento por habitación individual: 500€
- El seguro médico incluido.

Contacto:

Adriana Bellon

Coordinadora Programas Internacionales Centro Sacerdotal Logos

Tel: (55)55.20.54.11 (55)55.20.55.85 Mail: logosinter@redmision.org

www.centrologos.org

Síguenos:

 Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, Ciudad de México



 Ciudad de México, a 9 de marzo 2019.

COORDINADORES Y EQUIPOS DIOCESANOS DE LA PASTORAL PRESBITERAL / FORMACIÓN PERMANENTE
Presente:

Les saludo fraternalmente en Jesucristo Buen pastor.

Acorde a la agenda establecida para este año, se convoca a los responsables de la Pastoral presbiteral / Formación permanente de las diócesis mexicanas a la "ASAMBLEA NACIONAL DEL CLERO 2019". Es importante tener presente que este encuentro tiene en principio fortalecer la espiritualidad de comunión, amistad y fraternidad, como sacerdotes de la Iglesia en México.

La temática que se ha elegido para este año es: "EL PRESBITERO MEXICANO, ENTORNO A SUS INCIDENCIAS HUMANAS", en la que se ahondarán los problemas psicológicos, afectivos sacerdotales, entre otros que inciden en abusos de autoridad, de conciencia y sexual, con exponentes expertos en la materia.

Lo anterior tendrá lugar del 20 al 24 de mayo del año en curso, en Casa Lago, Cuautitlán Izcalli, Edo. De México. El costo de recuperación es de \$4000.00, incluye habitación individual, alimentos, material de trabajo, traslado en grupo de la SEGECEM a la sede. Para mayor información e inscripción, a través de la línea de contacto señalada en la parte inferior de la presente.

Sin otro particular, agradezco su mediación, reiterando mi oración y cercanía, en Cristo misionero.

+ Roberto Domínguez Couttolenc, M.G.
Obispo de Ecatepec y
Coordinador episcopal del Clero

Pbro. Lic. Marcelino Monroy Tolentino
Secretario ejecutivo

clerocem@gmail.com Cel. 5539591527

 Ciudad de México, a 9 de marzo 2019.

Mons. Julio César SALCEDO AQUINO
Obispo de Tlaxcala y
Coordinador episcopal de los IVC.
Presente:

Le saludo fraternalmente en Jesucristo Buen pastor.

En el eje de la transversalidad de una pastoral de conjunto, me permito hacer extensiva la convocatoria a los presbíteros encargados de la Pastoral Presbiteral o Formación Permanente sacerdotal en los IVC en México, a la "ASAMBLEA NACIONAL DEL CLERO 2019", a la que asisten los sacerdotes encargados de la Pastoral presbiteral o Formación Permanente de las diócesis mexicanas.

El objetivo es fortalecer la Espiritualidad de Comunión, al mismo tiempo es una oportunidad para enriquecerse mutuamente con el intercambio de experiencias en la línea formativa; y también es ocasión para iluminar los trabajos de formación sacerdotal, de tal manera que respondan a situaciones que afectan y desafían la vida y ministerio de los presbíteros, bajo un Plan integral, progresivo, sistemático y organizado, y así contar con sacerdotes maduros y bien formados.

La temática para este año es: "EL PRESBITERO MEXICANO, ENTORNO A SUS INCIDENCIAS HUMANAS", en la que se ahondará los problemas psicológicos, afectivos sacerdotales entre otros que inciden en abusos de autoridad, de conciencia y sexual. Con exponentes expertos en la materia.

Lo anterior tendrá lugar del 20 al 24 de mayo del año en curso, en Casa Lago, Cuautitlán Izcalli, Edo. De México. El costo de recuperación es de \$4000.00, incluye habitación individual, alimentos, material de trabajo, traslado en grupo de la SEGECEM a la sede. Para mayor información e inscripción, a través de la línea de contacto señalada en la parte inferior de la presente.

Sin otro particular, agradezco su mediación, reiterando mi oración y cercanía, en Cristo misionero.

+ Roberto Domínguez Couttolenc, M.G.
Obispo de Ecatepec y
Coordinador Episcopal del Clero

Pbro. Lic. Marcelino Monroy Tolentino.
Secretario ejecutivo.

clerocem@gmail.com Cel. 5539591527



Sacerdotes a la altura de las necesidades actuales



Pbro. Carlos Sandoval Rangel

Doctor en Filosofía
Párroco del Templo del
Sagrado Corazón de Jesús
Diócesis de Celaya

Tal vez una de las frases que mejor definen la importancia y significado de los seminarios sea: “el seminario es el corazón de la diócesis” (*Optatam totius*, 5). En efecto, cuando tomamos conciencia de la función que desarrolla el corazón en un cuerpo sensible, vivo, metafóricamente podemos atribuir lo mismo al seminario en toda diócesis. El latido del corazón permite mover la sangre para que ésta oxigene y lleve los nutrientes a todo el organismo, sin lo cual los órganos dejan de funcionar y mueren.

Así es el seminario: debe funcionar bien, formando sacerdotes de modo digno, de modo que pueda efectivamente renovar constantemente la vida de la diócesis. Esto debemos entenderlo no sólo en el sentido de que los nuevos sacerdotes sustituyen los sacerdotes ancianos y enfermos, sino en el sentido de que el espíritu joven y más actualizado de aquéllos ha de contagiar a todo el presbiterio y provocar nuevas formas, actitudes y estrategias en la manera de ejercer el ministerio pastoral, precisamente más acorde a las exigencias actuales.

Ya el Concilio Vaticano II planteaba la necesidad de que el seminario debe formar a los futuros sacerdote con una eficiente capacidad para dialogar con la época moderna (*Ibid.* 15), sin lo cual, como lo expresaba alguna vez el Papa Benedicto XVI, la Iglesia corre el riesgo de aislarse del mundo, como de hecho sucede con algunas comunidades o expresiones de fe, por lo cual en algunos

ambientes el sacerdote se ve como un bicho raro; o bien, es el mismo sacerdote quien en algunos contextos simplemente no se atreve a interactuar, precisamente porque no ha sido formado en susodicha capacidad de diálogo a la que nos referimos.

Esto debe preocuparnos, pues hay algunos ámbitos donde el hombre de hoy se mueve, como pueden ser el campo de las universidades, las empresas, la cultura, la economía, la política, la ciencia, la tecnología, los centros de discusión ética, etc., y en los cuáles, muchas veces, pareciera que la Iglesia no tuviera nada que hacer y nada que decir, lo cual no es así. El sacerdote, desde luego, no puede contentarse con hablar desde el púlpito; de ahí la preocupación del Concilio porque el sacerdote reciba, durante sus años de formación, una capacitación apta para dialogar con la época moderna, y, por tanto, que tenga un suficiente conocimiento, así como también experiencia, en las realidades temporales, tal y como el mundo hoy las vive.

Desde luego que es bueno decir que estas nuevas exigencias invitan a la Iglesia a renovarse y a prepararse para estar a la altura de los retos actuales no han de menguar y ni mucho menos anular esa rica tradición en los seminarios en lo que respecta a la formación espiritual que históricamente se había ofrecido. Más aún, es precisamente la sólida formación espiritual la que ha de ser el primer distintivo del sacerdote, sin

¹Cf. JULIO DANIEL BOTIA APONTE, *Lavarnos los pies los unos a los otros*, CELAM, 2017, Bogotá, 244-285.



DIMENSIÓN HUMANA



duda, ya que esto es lo que lo hace realmente tal. Es en ese rubro que reside su fuerza y convicción. La formación espiritual, así como una preparación teológica y filosófica de altura, ya confieren al sacerdote herramientas que el común de los ciudadanos de este mundo no posee, por muy preparados que estén en otras ciencias. Y esto precisamente es la riqueza específica del sacerdote y que está llamado a compartir, pero lo cual se da a condición de estar de verdad capacitado para dialogar con este mundo concreto en el que vive y desarrolla su misión particular. De ahí la necesidad de las herramientas humanas, culturales, técnicas, sociales y emocionales, entre otras, que le permitan al sacerdote colocarse adecuadamente dentro del ámbito eclesial y extra-eclesial.

La Iglesia y el mundo merecen sacerdotes preparados a la altura de las exigencias actuales, tarea que enfrenta de modo directo el seminario, pero también la familia, los demás sacerdotes, así como la comunidad cristiana en general. Por lo demás, está claro que ante un mundo cambiante es indispensable que todos los sacerdotes, después de concluida su formación inicial en el seminario, perfeccionen adecuadamente y actualicen sin intermisión su ciencia acerca de las materias divinas y humanas, y así se preparen a entablar más oportunamente el diálogo con sus contemporáneos.



Celebremos la amistad

¿Qué es y para qué es la amistad?



Pbro. Guadalupe Antonio Ruiz Urquín
 Doctor en Teología Sistemática
 Arquidiócesis de Tuxtla Gutiérrez

Que importante es comprender hoy qué es la amistad. Y más todavía el cómo vivirla en plenitud. Existe hoy una referencia fundamental para aprender y comprender el sentido genuino de la amistad: Jesús de Nazareth.

Sabemos bien cómo muchas veces se le disfraza. Se habla así de amistad por conveniencia, por interés o por comodidad. La amistad auténtica implica siempre el amor verdadero y se cultiva con el trato asiduo y el interés recíproco a lo largo del tiempo.

Una verdadera amistad requiere al menos de unos diez ingredientes, como son: confianza, sinceridad, honestidad, respeto, paciencia, apoyo mutuo, comprensión, constancia, empatía (ponerse en los zapatos del otro), unidad, disponibilidad y entrega. Cuando se vive así la amistad es posible superar toda desviación, reducción o abuso egoísta que pueda dañarla o ridiculizarla. Y cada uno en conciencia es capaz de discernir y distinguir qué cosas afectan o dañan seriamente la amistad.

Tenemos ejemplos de personajes significativos como Teresa de Calcuta y Juan Pablo II (ahora santos), en quienes podemos contemplar la vivencia genial de amistad con todos aquellos ingredientes. Pero invito a contemplar al modelo perfecto, *que vivió la amistad hasta el extremo de dar la vida*; se trata del Gran Amigo y Dios con nosotros (Emmanuel), Jesucristo el Señor. Él, en su enseñanza, les decía a sus discípulos: *“Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos. Ustedes son mis amigos, si hacen lo que yo les mando. No los llamo ya siervos, porque el siervo nunca sabe lo que suele hacer su amo; a ustedes los he llamado amigos, porque todo*

lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15,13-15).

¡Qué manera genial y magistral de enseñar y vivir la amistad! Más aún, quiere continuar Él con cada uno de nosotros la amistad. Y hemos de compartir así nuestra amistad con los demás, sobre todo con los más olvidados. Creo que la amistad hoy, por otra parte, es una excelente terapia para salir del egoísmo, de la depresión, de las divisiones entre personas y de clases sociales, del *bullying*, de resentimientos, de celotipias... y construir así una atmósfera más humana en el trabajo, en la familia, en los momentos de descanso y en distintos ambientes.

Así, la amistad verdadera será así un gran aporte a nuestro ambiente, a nuestra sociedad actual, la cual necesita de personas que cultiven la amistad y aprendan a vivir como amigos y hermanos. Y ya que tenemos las redes sociales a la mano, aprovechémoslas para cultivar *grandes y sólidas redes de amistad*. Aprendamos a ser amigos, cultivemos la amistad, vivamos el amor verdadero.





La dimensión comunitaria en la vida del presbítero



Pbro. Francisco Oliva Calva

Licenciado en Teología
Moderador de las Casas Sacerdotales:
San Juan de los Lagos y Santa Mónica
Diócesis de Texcoco

La vida del presbítero no se podría entender si no es desde la realidad de la comunión, de la vida comunitaria. Asomémonos un poco a esta realidad siempre presente en la vida del presbítero y de la Iglesia.

Basta tener en cuenta que todo presbítero nace, crece y se desarrolla en un ambiente de comunidad: primeramente, la comunidad de la familia, la primera comunidad en la cual aprendemos la belleza de la familia, de los papás, de los hermanos, de los abuelos, de los tíos, de los primos, de nuestros queridos familiares. En la familia aprendemos a descubrir a Dios, a creer en Él, a creer en la Virgen, aprendemos a rezar; en la familia se comienza a vivir la experiencia de Dios y de su Reino. Valga este momento para agradecer a Dios por el don invaluable de nuestras familias.

Enseguida está esa comunidad de amigos y vecinos, los amigos y compañeros de escuela, de las aulas; la comunidad en la cual Dios nos concedió la gracia de ir creciendo para la vida. Podemos incluso traer a la mente esa comunidad, el barrio, la colonia o el poblado en el que nos desarrollamos desde niños. No estaría por demás bendecir a Dios por ese espacio que nos vio crecer.

Y en ese ambiente de comunidad sucedió uno de los momentos más significativos de nuestra existencia: ser llamados por Dios, elegidos por Dios para configurarnos a imagen de Cristo Buen Pastor. Nuestro Redentor y Señor nos llamó para ser una comunidad de discípulos que le siguen; de Él aprenden a ver, escuchar, pensar,

hablar, orar, enseñar, a tratar a los demás como Cristo mismo lo hizo: siempre con compasión y misericordia. Así entonces, como aquellos discípulos que siguieron al joven de Nazaret, también el presbítero se integra a una comunidad de hermanos, no de siervos, sino de amigos seguidores del Maestro, para posteriormente ser enviados a anunciar, a bautizar, a llevar la agradable y siempre fresca noticia del Evangelio.

Con estos presupuestos, digamos algunas palabras acerca de la vida comunitaria del presbítero. Entre otras cosas, tengamos en cuenta que el candidato al presbiterado se configura día a día a imagen de Cristo Buen Pastor en un ambiente de comunidad –al que llamamos seminario o noviciado, experiencia de comunidad, o con otro término análogo–; es en este ambiente en el cual se descubre y vive una de las características de la Iglesia y del sacerdocio ministerial: la comunión.

Ya en la práctica del ministerio sacerdotal, el presbítero continúa viviendo y promoviendo la experiencia de vida comunitaria. Por un lado, con quienes ejerce su ministerio -fieles laicos- y, por otro lado, con sus hermanos presbíteros. En efecto, el presbítero desarrolla la dimensión comunitaria con los fieles al generar espacios de encuentro, de fraternidad; en esos círculos de oración, de la catequesis, de la liturgia, y, sobre todo, en esos espacios para realizar la caridad, en lo que algunas diócesis llamamos la sectorización, entre otros espacios; en fin, es así como el presbítero desarrolla y promueve la experiencia de la comunidad. Por otro lado, en relación a los demás presbíteros también se vive la dimensión comunitaria,



DIMENSIÓN HUMANA



sobre todo en los encuentros entre presbíteros, sea para la planeación pastoral o sencillamente para compartir la vida ordinaria. Existen experiencias en las cuales se han creado casas sacerdotales para que los presbíteros puedan vivir juntos, compartir los alimentos y día a día atender a las comunidades; a estos espacios físicos en algunas diócesis se les llama Casas Sacerdotales, en otro lugar le podrán llamar Unidad Sacerdotal, o bien bajo el título que se crea más conveniente. La esencia de unas y otras es que los presbíteros vivan la comunión sacerdotal. Es muy agradable contar con un espacio de éstos para que los presbíteros sigan viviendo la experiencia de la comunidad, y en específico de comunidad sacerdotal.

Algunos frutos de estas experiencias han sido, por ejemplo, vivir el proceso de evangelización y ser una pequeña comunidad de sacerdotes, en la que se fomenta la fraternidad sacerdotal, la convivencia entre presbíteros se vuelve más amena y edificante; de esa manera las comunidades parroquiales tienden también hacia la comunión y fraternidad al ver a sus párrocos viviendo en estos espacios. Por otro lado, al vivir esta experiencia se facilita la acción pastoral, se comparten los retos y se asumen éstos en común. Esta experiencia puede ser de gran ayuda para evitar que el presbítero pierda el sentido de su vocación, o bien, incluso, para ayudar a aquel que se ha equivocado.

Ciertamente, existe un elemento esencial para vivir la dimensión comunitaria: la disposición del presbítero. Al decir disposición nos referimos a que si el presbítero ha sido formado en la vida comunitaria -sea desde la formación inicial y la permanente- podrá ejercer la comunión con otros sacerdotes. Se ha dicho -erróneamente- que la vida comunitaria corresponde a los

religiosos y no a los diocesanos, lo cual es una forma de negar o reducir la experiencia de la comunión-comunidad.

Quienes hemos tenido la oportunidad de ejercer el ministerio en casas sacerdotales podemos decir que es una experiencia que edifica, que moldea, pero sobre todo que fortalece la vocación del presbítero. Pero hemos de volver a decir: depende de la disposición del presbítero. En este sentido, es necesario reconocer que algunos presbíteros crean su propio espacio, sus comodidades, y al ser enviados a dichas casas de vida comunitaria ello les cuesta; incluso hay quienes entran en conflicto porque van de parroquia en parroquia con una mudanza excesiva, en la que no sólo se trata de pertenencias físicas sino también de personas. Para otro número de sacerdotes les es difícil entrar en esta dinámica de la vida comunitaria a causa de que ya se han hecho a la idea de vivir solos; hay presbíteros que se rehúsan a vivir en comunidad con un vicario parroquial. Sin el afán de juzgar o crear polémica sencillamente se pretende decir aquí que el aislarse de la vida comunitaria entre presbíteros pone en riesgo al propio ministro; en cambio desarrollar la vida en comunidad sacerdotal puede ser de mucho provecho para el presbítero.

Hoy día, en tiempos donde la credibilidad de la Iglesia ha sido expuesta y en cierta forma puesta en tela de juicio por el anti testimonio de algunos hermanos ministros, se nos presenta la oportunidad de vivir de manera comunitaria para y por el bien de los presbíteros así como de las comunidades. No estará por demás desear que la vida del presbítero se desarrolle siempre en comunidad, para lo cual probablemente se tengan que hacer ciertas estrategias -por llamarlas así- que ayuden al presbítero a optar y vivir la comunión presbiteral.

Tal vez en algunos presbiterios, en sus planes de formación permanente, ya están promoviendo la dimensión comunitaria; en otros probablemente está en proceso, y, en el peor de los casos, puede ser que aún no es algo que se ha afrontado. En última instancia, sea cual fuera el momento por el cual atraviesa cada presbítero, al respecto, hemos de suplicar a Dios que nos conceda el ser presbíteros de comunión y en comunión.



Un plan de vida espiritual, para crecer en la santidad¹



P. Antonio Rivero, L.C.
Doctor en Teología Espiritual

Al igual que los hombres trazan su plan para mejorar sus negocios y tener éxito en sus empresas, también es muy bueno que en nuestra vida cristiana tengamos un plan de vida para ir superándonos en las virtudes y así asemejarnos más a Cristo, nuestro modelo e ideal. Por ser bautizados estamos llamados a ser santos.

Al comenzar a hacer el programa se debe seguir una estrategia. Para toda alma que aspira a la santidad, dada la multiplicidad de aspectos que ésta presenta y, por otra parte, de los defectos correspondientes que encontramos en nuestra vida, se impone de una manera inevitable el trazarse un programa de vida espiritual. Ni a todo podemos prestar atención, ni tenemos fuerzas suficientes para atacar a un mismo tiempo en todos los frentes. Y es que aquí rige también el principio romano "divide y vencerás". También a los enemigos de nuestra alma, externos o internos, tenemos necesidad de seccionarlos, de aislarlos, para combatirlos uno a uno y vencerlos más fácilmente. Una estrategia corroborada con otro dicho popular: "El que mucho abarca poco aprieta".

El plan de vida es, pues, un camino que analiza los pros y los contras de la vida espiritual para poder así remediar oportunamente aquello que tenga que corregirse, al mismo tiempo que seguir potenciando lo que se ha logrado alcanzar en la vida espiritual a fin de conseguir la santidad a la que Dios nos llama. Por ello, es importante hacer el discernimiento espiritual para adecuar el plan de vida para cada persona, porque es distinto para cada quien.

Un plan de vida espiritual es necesario porque es una herramienta que nos permitirá establecer mediaciones e itinerarios para cultivar y revisar nuestra vida espiritual.

El plan de vida espiritual debe partir de una realidad que está en nuestras manos, porque queremos alcanzar una meta que aún no está en nuestras manos. Y esa meta es la transformación en Cristo Jesús.

Para elaborar el plan de vida espiritual es conveniente contar con el auxilio de un director o padre espiritual, y en caso de no contar con él acercarse en todo caso a su párroco o a alguna persona madura en su fe, incluso laico o laica (en el caso de los laicos mismos), que tenga el don del discernimiento y avezada en la vida cristiana y en los caminos del espíritu.

No significa que el plan de vida sea sólo para gente que ha hecho un gran camino en la vida espiritual. También es bueno que nuestros hermanos católicos, que están iniciando en su fe, se apoyen en un plan sencillo de vida espiritual. El plan de vida no debe convertirse en un conjunto de normas rígidas, complicadas, extensas; ha de señalar, más bien, un itinerario flexible, acomodado a la condición de cada persona: para el caso de los laicos que viven en medio del mundo, con un trabajo profesional intenso, y con unos deberes y relaciones domésticas y sociales que no deben descuidar, porque en esos quehaceres continúa nuestro encuentro con Dios; en el caso del sacerdote se aplica lo dicho según su condición específica de consagrado a Dios y consagrado a los misterios de nuestra salvación y a la salvación misma de las almas, al ser, después de María Santísima, el coredeutor con Cristo por antonomasia.

1. Desde la Sagrada Escritura y la Iglesia

Iluminando este tema desde la Sagrada Escritura, vemos que en el Antiguo y Nuevo Testamento se narra que el pueblo de Dios aprendió a descubrir la voluntad y



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

la presencia de Dios en la propia vida, entendiendo cuál es el plan que Dios está manifestando en su Salvación. El pueblo, en la Sagrada Escritura, ejerce el discernimiento para descubrir de qué manera se revela Dios en su vida y de qué manera responde al proyecto que Dios le está confiando. Esto implicó un discernimiento para revisar su respuesta y descubrir cómo va caminando, qué le ayuda (para seguirlo potenciando) y lo que no le ayuda (para quitarlo). Este pueblo de Dios se ayudó de Moisés y los profetas, sus guías espirituales.

También desde los primeros siglos de la Iglesia los monjes y padres del desierto vieron necesario e importante el discernimiento espiritual. Esto los llevó a la elaboración de un proyecto o plan de vida espiritual bajo la guía del maestro espiritual. Era lo primero que tenían que escoger apenas entraban al convento: un guía o padre espiritual, experto en las vías del espíritu, nutrido de la Palabra de Dios, hombre de oración, y a quien abrían su corazón, con docilidad, para ese discernimiento sereno y serio, y así descubrir los afectos del corazón y el soplo de los espíritus, del bueno y del malo. Y todo en orden al discernimiento en su vida.

2. ¿Cuál es la finalidad del plan de vida?

La finalidad del programa de vida se concreta en encauzar y ordenar el trabajo espiritual. Requiere:

- **Conocimiento personal para detectar la pasión dominante y sus manifestaciones más frecuentes.** La pasión dominante significa aquel defecto o vicio que es la causa de tantas faltas y tropiezos en mi vida.
- **Reconocer también las propias virtudes y fortalezas para avanzar en el camino de la transformación.** Son las fortalezas que con la ayuda de Dios hemos ido consiguiendo.
- **Discernimiento y prudencia para elegir los mejores medios,** uno de los cuales es un buen director espiritual, que le motivará y le iluminará desde la Palabra de Dios y la palabra de la Iglesia a fin de que sus discernimiento sea hecho con conciencia, seriedad y sinceridad. El director espiritual no suplirá la elección del dirigido. Simplemente ilumina, anima, acompaña, alienta y, si es necesario, corrige.

- Y, sobre todo, una gran **“determinada determinación”**, como decía Santa Teresa, para alcanzar el ideal propuesto. Sin voluntad, nada se consigue en la vida.

3. ¿Cómo elaborar un plan de vida espiritual?

La mejor manera de preparar un plan de vida espiritual es haciendo un discernimiento; es decir, no enfocarse en la meta, sino en el punto de partida, que es la realidad de cada persona. Muchas veces al elaborar un plan de vida espiritual queremos lanzarnos inmediatamente a la meta y nos desplazamos hacia ella, pero realmente antes de pensar en la meta, tenemos que pensar en el punto de partida, que es nuestro presente. ¿En qué puntos necesitamos trabajar para parecer nos más a Cristo? ¿De qué virtudes cojeo? ¿Qué virtudes están más afianzadas en mí?

Por tanto, un plan de vida, antes de tocar algo futuro, tiene que tocar lo que está en las manos de cada quien, que es la realidad de su vida, sus limitaciones, sus fragilidades, sus realidades humanas, sus virtudes y cualidades. El plan de vida espiritual es partir de esa realidad que está en nuestras manos, porque queremos alcanzar una meta que aún no hemos conseguido. La mejor manera de realizar un proyecto de vida es partir desde lo que somos, desde dónde estamos, desde nuestra situación concreta, con nuestras necesidades y realidades.

Si queremos lograr una vida recia y fuerte en la fe, en la caridad, en la gracia, en la santidad, el plan de vida espiritual se inicia desde lo que se es. Si empezamos desde la meta corremos el riesgo de tratar cosas que no





están a nuestro alcance todavía. Seamos realistas.

En la vida de cada persona hay múltiples fallos y defectos. Pero analizando tales defectos encontramos la repetición de unos con más frecuencia que otros, y la mayor gravedad de unos respecto a los otros. Si profundizamos un poco más, descubrimos en la mayor parte de nuestros fallos y defectos una única causa, una misma raíz, una misma tendencia. Esa raíz común la llamamos defecto o pasión dominante.

Se entiende por *pasión dominante* la tendencia desordenada más profunda y fuerte en nosotros, origen de la mayor parte de nuestros fallos. No obstante la permanencia de esa pasión en nuestra vida, podrán darse variaciones según las distintas edades y circunstancias. Habrá épocas donde se impondrá la vanidad, en otras aparecerá más bien el orgullo o la ambición. Habrá también momentos donde surja con fuerza casi irreprimible la pereza y sensualidad, la lujuria. Lo importante, al elaborar el plan de vida, consistirá en encontrar cuál sea, en ese momento, el enemigo principal a combatir, porque impide, como ningún otro, nuestro progreso espiritual.

El descubrimiento de la pasión dominante no es difícil cuando hay un verdadero conocimiento de sí mismo. Sin embargo, podrá darse el caso de personas que nunca hayan reflexionado sobre sí mismas, y, por lo tanto, no se conozcan. El orientador o director espiritual debe ayudarles dándoles sugerencias y medios concretos para su conocimiento personal y para lograr encontrar los obstáculos de su progreso espiritual en su seguimiento amoroso de Jesucristo y de su voluntad. Al conocimiento debe ir unida la aceptación del propio yo, con sus elementos positivos y negativos.

4. Pasos para elaborar un proyecto de vida espiritual

El plan de vida espiritual es distinto para cada persona, no obstante, hay algunos aspectos importantes para su realización en todos los casos.

- Pedir a Dios la gracia y la luz para elaborarlo. Aunque es un trabajo humano, estamos hablando de vida espiritual, por lo que entonces también es un proyecto divino. Es algo muy serio, pues, el plan de vida espiritual. Nos jugamos el progreso en nuestra vida de santidad. Recordemos que el único objetivo de nuestro bautismo se reduce a ser santos, ya seamos sacerdotes o religiosos o laicos.
- Discernir en nuestro estado de vida actual, presente. Esto implicaría un conocimiento de sí mismo y mucha humildad para reconocer cómo estoy, cómo me siento, qué necesidades tengo, cuáles son mis limitaciones, cuáles mis cualidades.
- Acompañarse de un director espiritual. Es necesario un director espiritual para juntos elaborar un plan de vida espiritual a través del discernimiento y el acompañamiento. Esto quizá pueda ser más fácil para las personas que llevan ya un largo recorrido en la fe. Pero para quien no tenga la ayuda de un director espiritual, por lo general es más difícil. Por tanto, busquemos un buen director espiritual experto en los caminos de Dios, hombre o mujer sabios, piadosos y con el don de discernir. Ciertamente para los sacerdotes lo más apropiado es escoger como director espiritual a un sacerdote sabio y con capacidad de discernir, experto en las vías del espíritu, hombre de oración y humilde. Los laicos pueden escoger como director espiritual a hombres o mujeres, pero que posean también el don del discernimiento, piadosos, sabios y humildes.
- La piedad. El proyecto de vida debe contemplar la experiencia de una vida de piedad, es decir, de oración, de silencio, de escucha. Aquí entrarían la meditación diaria desde la Palabra de Dios, la participación en la santa misa -para el sacerdote, lógicamente diaria; para



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

laicos, ojalá que pudieran dos o tres veces a la semana-. También el rezo del rosario o parte del mismo y el rezo del Ángelus, la visita diaria a Cristo Eucaristía, un breve balance o examen de conciencia antes de acostarnos.

- Los sacramentos. El plan de vida espiritual debe incluir los sacramentos como la confesión, la Eucaristía, el renovar el Bautismo; sacramentos que nos van a transformar, y que a través de ellos y la vivencia diaria de los mismos, nos irán iluminando, porque Dios se va comunicando a través de ellos, de su gracia y de su sabiduría. Sin la gracia de Dios que nos comunican los sacramentos no podremos ser santos ni progresar en las virtudes. ¡Qué hermoso es ver a los sacerdotes no sólo administrando el sacramento de la confesión, sino también ellos recibéndolo humildemente con frecuencia, al menos mensualmente!
- La lectura de la Palabra de Dios. Se deben tener espacios de silencio para escuchar la voz de Dios, porque hay que escuchar la voz de Dios para elaborar el proyecto de vida espiritual, y no solamente escuchar la propia voz y las propias necesidades. Muchas veces puedo hacer un proyecto de lo que yo busco y yo quiero, pero estoy partiendo más desde mí mismo y, por tanto, termino en mí mismo. Un proyecto de vida espiritual es Dios y yo. Abarca entonces el escuchar mis necesidades, mis realidades, mis dificultades, pero también y principalmente escuchar lo que Dios me está diciendo, qué espera de mí y qué creo que

Dios me está pidiendo en este momento. Por eso es importante el silencio, para escuchar la voz de Dios.

- Estar atento a los signos de los tiempos. Un proyecto de vida espiritual puede ser una pauta de auxilio: cómo estar atento a los signos de los tiempos, qué me dice Dios a través de los acontecimientos, de la historia que estoy viviendo, qué me está pidiendo Dios ahora.
- Y, por supuesto, los deberes del propio estado de vida. Es aquí donde ese plan de vida se concreta y se especifica. Para el sacerdote están claros los deberes ministeriales: estar disponibles para impartir los sacramentos, visitar los enfermos en los hospitales y a los ancianos en los asilos, preparar a los novios, formar a los jóvenes, charlas a matrimonios, ofrecer retiros y conferencias en la parroquia, bendecir las casas, motivar y estar cerca de los diversos apostolados y grupos parroquiales.

5. Dos posibles esquemas y ejemplos de plan de vida

Primer modelo

VIRTUD A CONSEGUIR PARA PARECERME MÁS A CRISTO: _____

MODELO: Cristo, modelo de esta virtud

LEMA (extraído de la Sagrada Escritura o de algunos santos): este lema me impulsará a vivir esa virtud que me he propuesto trabajar ese año. Por ejemplo:

- La caridad de Cristo me urge, 2 Co 5, 14 (si quiero trabajar en la caridad).
- Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, Mateo 11, 29 (si quiero trabajar en la humildad).
- La vida del hombre es una continuar milicia en la tierra, Job 7, 1 (si quiero trabajar en acrecentar mi capacidad de trabajo, de entrega y de sacrificio).





DIMENSIÓN ESPIRITUAL

- Que tu palabra sea sí sí, no no, Mateo 5, 37 (si quieres trabajar en la verdad y sinceridad, en la honestidad y en la auto-convicción).
- Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios, Mateo 5, 8 (si quiero trabajar en la pureza).
- Etc.

DEFECTOS QUE DEBO CORREGIR PARA CONSEGUIR ESA VIRTUD:

- **En el campo de la soberbia:** orgullo, egoísmo, críticas, caprichos, individualismo, protestas, rebeldías, cerrazón del corazón, mentiras, vanidad, impaciencias, presunción, desprecio a los demás, complejo de superioridad, arrogancia, hablar de sí mismo, no reconocer los propios errores ni aceptar que le corrijan a uno, no pedir perdón, ser intolerante con los demás, desaliento, envidia, dureza de juicio, timidez, cavilaciones, autosuficiencia, apropiarse los méritos en lugar de atribuirlos a Dios, afán de singularidad, falta de aceptación de sí mismo, racionalismo, ambición desmedida, juicios temerarios, hipocresía y fariseísmo, espíritu calculador, etc.
- **En el campo de la sensualidad:** pereza, comodidad, desinterés, impurezas, falta de control de los sentidos internos e internos, falta de vigilancia, afectos desordenados a personas o a cosas, imaginaciones indebidas, mal uso de la televisión, de la prensa o del Internet, fornicación, adulterio, vicio solitario, glotonería, pasarse de copas, avaricia, falta de control de la lengua con críticas, etc.

MEDIOS PARA CONSEGUIR ESA VIRTUD: Por nuestras propias fuerzas es imposible conseguir la virtud y la santidad. Necesitamos de la gracia de Dios. Lo que debemos hacer por parte nuestra es hacer uso de estos medios que siempre la Iglesia ha recomendado para conseguir imitar a Cristo. ¿Cuáles son algunos de estos medios?

- Oración fervorosa, humilde, confiada, perseverante.
- Lectura diaria de la Palabra de Dios.
- Dirección espiritual.

- Confesión sincera, al menos una vez al mes.
- Vida eucarística íntima, visitando a Cristo Eucaristía al menos una vez al día.
- Devoción a la Virgen.
- Devoción a san Miguel Arcángel.
- Devoción a los santos.
- Abnegación de mí mismo y sacrificio, etc.

PUNTOS CONCRETOS PARA CONSEGUIR ESA VIRTUD²:

Podríamos dividirlo así:

1. En mi relación con Dios: demostraré esa virtud de esta manera:

- a)
- b)

2. En mi relación con mi familia (esposo e hijos, en el caso de laicos; con la propia familia, con la comunidad parroquial o sacerdotal y con los fieles en general, en el caso del sacerdote): demostraré esa virtud de esta manera:

- a)
- b)

3. En mi relación con los demás: demostraré esa virtud de esta manera:

- a)
- b)

4. En mi relación con mi trabajo profesional y mi comunidad parroquial o grupo: demostraré esa virtud de esta manera:

- a)
- b)

5. En mi trabajo pastoral (si soy sacerdote): demostraré esa virtud de esta manera:

- a)
- b)

6. ¿Qué frutos experimentamos en nuestra vida, si vivimos con seriedad ese plan de vida?



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Segundo modelo

Presentamos ahora otro ejemplo de plan de vida por objetivos, estableciendo las principales áreas de vida (vida espiritual, ministerio, apostolado, familia, noviazgo, profesión, etc.), pero cada uno pondrá en forma personal estas áreas de acuerdo a su propia vida.

A cada área se pondrá un objetivo a lograr y los medios concretos para lograrlo:

VIDA ESPIRITUAL

1. Vida de gracia o amistad con Cristo:

a. Objetivo: mantener la amistad con Cristo en todo momento de mi vida.

b. Medios:

- Guardar siempre el estado de gracia.
- Misa y comunión diaria de ser posible.
- Confesión quincenal o mensual.
- Dirección Espiritual exigente y periódica.
- Meditación o reflexión evangélica.
- Al menos una parte del rosario.
- Una visita a Cristo Eucaristía.
- Balance del día.
- Balance semanal sobre la vivencia del programa de vida.
- Fidelidad al cien por ciento en mi vida de compromisos espirituales y apostólicos.

2. Defectos dominantes: (por ejemplo, egoísmo y sensualidad)

Manifestaciones de egoísmo:

- Poca profundidad en mis relaciones con la gente cercana a mí, evitando el trato en muchas ocasiones.
- Constantes preocupaciones por mi vida y mis intereses.

Virtud por lograr: La caridad y generosidad.

- Meditación semanal sobre la caridad como entrega total a los demás.
- Analizar mi actitud interior diariamente en mi balance.

- Pedir siempre la gracia de la caridad y de la generosidad.

Manifestaciones de sensualidad:

- Impureza en el trato con mi novio (a), en el caso de los laicos; con uno mismo y con todos en general, en el caso del sacerdote.
- Impureza en mis pensamientos y actitudes, en miradas y espectáculos.

Virtud por lograr: La castidad.

- Meditación semanal del valor de mi castidad.
- Analizarme en el balance del día sobre este aspecto y ponerles soluciones inmediatas.
- Pedir la gracia siempre y huir de las ocasiones de peligro.

APOSTOLADO

a. Objetivo: siempre fiel a mi vocación de miembro activo de la Iglesia.

b. Medios:

- Ser incondicionalmente dócil a lo que Dios me pida
- Hacer un balance semanal sobre el desempeño de mi apostolado.
- Horario especial para cumplir con eficacia mis responsabilidades apostólicas.
- Programa exigente para lograr los objetivos apostólico.

NOVIAZGO

a. Objetivo: hacer crecer nuestro amor en la gracia de Cristo, como preparación para nuestro matrimonio.

b. Medios:

- Siempre que nos sea posible, ir a misa juntos.
- Procurar hacer un compromiso espiritual juntos siempre que nos veamos.
- Leer y comentar en pareja un libro sobre el noviazgo.
- Tener dirección espiritual en pareja cada dos meses con un sacerdote.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

- Buscar la delicadeza y sinceridad como cualidades distintivas de nuestro noviazgo.

FAMILIA

a. Objetivo: fortalecer nuestra unión familiar.

b. Medios:

- Profundizar siempre con esposo (a) e hijos, mis papás y hermanos cuando estemos juntos en el caso de los laicos; con la propia familia, y en sentido amplio con la “familia” parroquial y diversos grupos de la parroquia, en el caso del sacerdote.
- Procurar convivir con ellos los domingos en el caso de los laicos; con la frecuencia posible, en el caso de la convivencia del sacerdote con su familia de sangre, y en todo momento con las “familias” de su parroquia y los grupos parroquiales, en los que se ha de crear un espíritu de familia.
- Mostrarme siempre servicial y disponible para todo lo que se les ofrezca.

VIDA PROFESIONAL

a. Objetivo: dar frutos de acuerdo con los talentos recibidos de Dios.

b. Medios:

- Terminar el último semestre de mi carrera con mención honorífica y con el mejor promedio de mi generación en el caso de los laicos; análogamente, estar al día en lo que dice a la formación permanente y actualización intelectual y pastoral en el caso del sacerdote, y, en la medida de lo posible y en dependencia de su Obispo, buscar estudiar permanente y obtener grados académicos.
- Continuar mi trabajo.
- Desarrollar mi trabajo profesionalmente con calidad y dando lo mejor de mí mismo.

FORMACIÓN

a. Objetivo: formar una personalidad sólida e integral.

b. Medios:

- No perder el hábito de la lectura diaria aunque sea sólo 20 minutos.
- Hacer ejercicio físico al menos una vez entre semana.

Una vez hecha la lista, viene la parte más delicada porque un fallo puede tener distintas causas. Lo importante será discernir la principal y anotarla al lado, en una columna. A veces resultará difícil reconocer la procedencia de los fallos, pero las sucesivas direcciones espirituales deben llevar a un conocimiento mejor de sí mismo.

El director espiritual debe ser prudente al revisar las causas propuestas por el dirigido.

El anotar los vicios o pasiones provocadoras de estos fallos exige reflexión y bastante conocimiento personal; el resultado será muy beneficioso para elaborar un plan de vida adecuado a la realidad del dirigido. Si viésemos un árbol frondoso al que estuviera atacándolo una plaga, no podríamos quedarnos sólo en curar las ramas; hay que ir al tronco, a la raíz, para sanar al árbol entero.

El siguiente ejemplo puede ayudar:

Falta – Pecado de: **criticar con facilidad.**

Causa: Porque me siento superior.

Pasión: Soberbia.

Falta – Pecado: **Me impaciento ante los fallos ajenos.**

Causa: Me disgusta que tengan faltas.

Pasión: Soberbia.

Falta – Pecado: **Me enojo cuando me indican mis errores.**

Causa: Porque me ven imperfecto.

Pasión: Vanidad.

Falta – Pecado: **Me disgusta hacer exámenes de conciencia.**

Causa: Porque no me gusta lo que veo.

Pasión: Vanidad.

Falta – Pecado: **Llego siempre tarde a clases.**

Causa: Por flojera.

Pasión: Sensualidad.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



Falta – Pecado: **No me gusta que me digan lo que he de hacer.**

Causa: Porque me siento menos.

Pasión: Soberbia.

Falta – Pecado: Desobedezco a mis papás.

Causa: falta de gratitud y respeto.

Pasión: soberbia.

CONCLUSIÓN

Muchas más cosas se podrían decir del plan de vida. Basta con estas páginas. Lo importante es decidirse a hacer un plan. Si con el pasar de los meses vemos que nos hemos superado en esa virtud y tenemos otra floja, entonces actualizamos o adaptamos a las actuales circunstancias dicho plan, o bien hacemos otro. Pero al menos es bueno que trabajemos un año esa virtud con la ayuda de Dios en la oración y sacramentos, y con el consejo del director espiritual.

Los frutos que cosecharemos del plan de vida están a la vista: progreso en las virtudes, realización personal, testimonio de vida ante los que nos rodean y una gran paz interior. Pero, sobre todo, Dios verá en nosotros un reflejo de su Hijo Jesucristo. Y seguramente también, si así Él lo dispone, nos llenará de frutos apostólicos.



“La resurrección de Cristo y nuestra divinización” *



P. Ignacio Andereggen
Doctor en Filosofía y Teología

Jesucristo nos abrió las puertas del Cielo, que estaban cerradas para el género humano desde el momento en que Dios expulsó al hombre del Paraíso. Ahora, las puertas de los cielos están abiertas y el pecado ya no le impide al hombre entrar por ellas.

Por la pasión de Cristo hemos sido librados no sólo del pecado común a toda la raza humana, lo mismo cuanto a la culpa que cuanto al reato de la pena, al pagar Cristo el precio por nosotros, sino también de los pecados propios de los que participan de su

pasión por la fe y la caridad y por los sacramentos de la fe. Y por este motivo, mediante la pasión de Cristo, nos fue abierta la puerta del reino celestial. Y esto es lo que dice el Apóstol en Hb 9, 11-12: *Cristo, constituido Pontífice de los bienes futuros, penetró una vez para siempre en el santuario con su propia sangre, consiguiendo una redención eterna.*¹

Por esto, Cristo fue exaltado. Las Sagradas Escrituras manifiestan infinidad de veces que Cristo mereció la exaltación y la resurrección, por cuanto su pasión actuó de modo meritorio. En efecto, no sólo de modo eficiente, produciendo la salvación, sino mereciéndola también. En cierta manera, adquiriendo un derecho para la amistad con Dios, un derecho que, por supuesto, proviene de la gracia divina, del hecho de que Dios mira con agrado al hombre.

Es este un tema central en las Sagradas Escrituras, tal como nos lo muestra la Carta a los Filipenses, cuando afirma: “Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, por lo cual Dios también lo exaltó”².

Existe un nexo misterioso, revelado por Dios en la pasión, entre ese sufrimiento y la exaltación. Nosotros, por la gracia por la que nos unimos a Cristo, participamos de los méritos de la pasión en modo dependiente de Él y derivando nuestro mérito del suyo.



¹ STh III, q. 49, a. 5, c.: “Per passionem autem Christi liberati sumus non solum a peccato acommuni totius humanae naturae, et quantum ad culpam et quantum ad reatum poenae, ipso solvente pretium pro nobis, sed etiam a peccatis propriis singulorum qui communicant eius passioni per fidem et caritatem et fidei sacramenta. Et ideo per passionem Christi aperta est nobis ianua regni caelestis. Et hoc est quod apostolus dicit, Hb. IX, quo Christus, assistens pontifex futurorum bonorum, per proprium sanguinem introivit semel in sancta, aeterna redemptione inventa”.

² Flp 2, 8-9



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

Cristo en su pasión se humilló por debajo de su dignidad en cuatro campos: Primero, en cuanto a la pasión y a la muerte, de las que no era deudor. Segundo, en cuanto al lugar, porque su cuerpo fue puesto en el sepulcro y su alma en el infierno. Tercero, en cuanto a la confusión y las injurias que soportó. Cuarto, por haber sido entregado a los poderes humanos, tal como él se lo dijo a Pilato en Jn 19, 11: *No tendrías poder sobre mí si no te hubiera sido dado de lo alto.* Y por eso, con su pasión mereció la exaltación también en cuatro campos: Primero, en cuanto a la resurrección gloriosa. Por eso se dice en el Sal 138, 2: *Tú conociste mi asiento, esto es, la humillación de mi pasión y mi resurrección.* Segundo, en cuanto a la ascensión al cielo. Por esto se dice en Ef 4, 9-10: *Primero descendió a las partes bajas de la tierra, pues el que bajó es el mismo que subió sobre todos los cielos.* Tercero, en cuanto a sentarse a la derecha del Padre y en cuanto a la manifestación de su divinidad, conforme a aquellas palabras de Is 52, 13-14: *Será ensalzado y elevado y puesto muy alto; como de él se pasmaron muchos, así de poco glorioso será su aspecto entre los hombres.* Y en Flp 2, 8-9 está escrito: *Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le dio el nombre sobre todo nombre, esto es, el que todos le llamen Dios, y el que todos le rindan reverencia como a Dios, y el que todos le rindan reverencia como a Dios.* Esto es lo que se añade en el v. 10: *Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.* Cuarto, en cuanto a la potestad de juzgar, pues en Job 36, 17 se dice: *Tu causa ha sido juzgada como la*

*de un impío; recibirás el juicio y la causa.*³

Por las palabras y el ejemplo de Cristo, por el hecho de morir verdaderamente, el Evangelio nos muestra esa conexión profunda entre la humillación y la exaltación. Jesucristo lo manifiesta a través de su palabra muchas veces: por la pasión Él mereció la exaltación.

De la misma manera, nosotros entramos en el misterio pascual de la pasión para participar de su resurrección, para que la muerte de Jesús haga que recibamos y merezcamos la exaltación uniéndonos a Él. Pues bien, ¿cómo puede la unión con la muerte de Cristo causar este estado tan elevado? Porque su muerte no es la de una persona humana, sino que es la muerte de Dios. Jesucristo es la Persona divina del Verbo de Dios, y, en Cristo, Dios muere verdaderamente. Como es Dios, su alma y su cuerpo no se separan de la Persona. Ciertamente se separan entre sí, dado que Cristo es un



³ *STh* III, q. 49, a.6, c.: "Christus autem in sua passione seipsum humiliavit infra suam dignitatem, quantum ad quatuor. Primo quidem, quantum ad passionem et mortem, cuius debitor non erat. Secundo, quantum ad locum, quia corpus eius positum est in sepulcro, anima in inferno. Tertio, quantum ad confusionem et opprobria quae sustinuit. Quarto, quantum ad hoc quod est traditus humanae potestati, secundum quod ipse dicit Pilato, Ioan. XIX, non haberes in me potestatem, datum tibi fuisset desuper. Et ideo per suam passionem meruit exaltationem quantum ad quatuor. Primo quidem, quantum ad resurrectionem gloriosam. Unde dicitur in Psalmo, tu cognovisti sessionem meam, id est humilitatem meae passionis, et resurrectionem meam. Secundo, quantum ad ascensionem in caelum. Unde dicitur Ephes. IV, descendit primo in inferiores partes terrae, qui autem descendit, ipse est et qui ascendit super omnes caelos. Tertio, quantum ad consessum paternae dexteræ, et manifestationem divinitatis ipsius, secundum illud Isaiae LII, exaltabitur et elevabitur, et sublimis erit valde, sicut obstupuerunt super eum multi, sic inglorius erit inter viros aspectus eius. Et Philipp. II Dicitur, factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis, propter quod et Deus exaltavit illum et dedit illi nomen quod est super omne nomen, ut scilicet ab ómnibus nominetur Deus, et omnes sibi reverentiam exhibeant sicut Deo. Et hoc est quod subditur, ut in nomine iesu omne genu flectatur, caelestium, terrestrium et infernorum. Quarto, quantum ad iudiciariam potestatem. Dicitur enim Job XXXVI, caus tua quasi impii iudicat est, iudicium causamque recipies".



verdadero hombre y murió. Asumió verdaderamente la muerte; quiso morir, y por eso mereció la exaltación. Pero la muerte de Cristo no es una muerte como la de cualquier hombre. Por el contrario, se trata de la muerte de una Persona divina. Mientras que en la muerte de cualquier hombre la persona se destruye –porque es la unión del alma y del cuerpo–, en la muerte de Cristo la Persona no desaparece. Esto es así porque la Persona de Cristo es, insistimos, la Persona del Verbo de Dios.

Por tanto, cuando nosotros nos unimos a la muerte de Cristo lo hacemos, por un lado, a la muerte, y, por otro, a la Persona que murió. Por eso, la unión con la muerte de Cristo puede ser causa de la resurrección. En efecto, Cristo resucitó por su propio poder, porque era Dios, y porque aunque tuviera el cuerpo y el alma separados, los tenía junto a su divinidad: por ello es que los pudo volver a reunir. La Persona no desapareció, sino que era la misma que antes de morir. De la misma forma nosotros, al morir unidos a Cristo, guardamos la esperanza de no desaparecer como personas.

En nuestra muerte continuamos en posesión de nuestra alma, pero ella no es toda nuestra persona, sino que lo es el alma y el cuerpo conjuntamente. Unidos a la muerte de Cristo guardamos la esperanza de que nuestro cuerpo vuelva a estar unido a nuestra alma, que recuperará la unidad de la persona con nuestra alma. Eso es posible sólo por la muerte de Cristo. Si fuera por la sola naturaleza humana, no cabría esperanza. En efecto, solamente los que tienen esperanza sobrenatural

pueden confiar en volver a tener el mismo cuerpo que tenían antes. Y solamente por la fe se puede saber que es posible la resurrección.

Además, Cristo no solamente es causa de la resurrección del cuerpo, sino que con su resurrección es también causa de la resurrección del alma. Con su resurrección restituye a la vida principalmente el alma. Cristo murió y resucitó para que nuestra alma muriese al pecado y resucitase a una vida nueva, como nos dice San Pablo.⁴

Santo Tomás estudia en la *Suma Teológica* la resurrección de Cristo. En primer lugar, nos manifiesta cómo el Señor resucitó por su propio poder y cómo, por su resurrección, fue causa de la nuestra, tanto de la del alma como de la del cuerpo. Así, explica el Santo Doctor,

fue necesario que Cristo resucitase por cinco motivos. Primero, para recomendación de la justicia divina, que es la encargada de exaltar a los que se humillan por Dios, según aquellas palabras de Lc 1, 52: *Derribó a los poderosos de su trono, y exaltó a los humildes*. Así pues, al haberse humillado Cristo hasta la muerte de cruz, por caridad y por obediencia a Dios, era necesario que fuese exaltado por Dios hasta la resurrección gloriosa. Por lo que en el Sal 138, 2 se dice de su Persona: *Tú conociste, esto es, aprobaste mi sentarme, es decir, mi humillación y mi pasión y mi resurrección, lo que equivale a mi glorificación por la resurrección*, como lo expone la Glosa. Segundo, para la instrucción de nuestra fe. Por su resurrección, efectivamente, fue confirmada nuestra fe en la divinidad de Cristo, porque, como se dice en 2 Cor 13, 4, *aunque fue crucificado por nuestra flaqueza, está sin embargo vivo por el poder de Dios*. Y, por este motivo, se escribe en 1 Cor 15, 14: *Si Cristo no resucitó vana es nuestra predicación y vana es nuestra fe*. Y en el Sal 29, 10 se pregunta: *¿Qué utilidad habrá en mi sangre, esto es, en el derramamiento de mi sangre, mientras descendo como por unos escalones de calamidades, a la corrupción? Como si dijera: Ninguna. Pues si no resunta al instante y mi cuerpo se corrompe, a nadie predicaré, a nadie ganaré*, según expone la Glosa. Tercero, para levantar nuestra esperanza. Pues, al ver que Cristo resucita, siendo Él nuestra Cabeza,



⁴ Cf. Rm 6, 4.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



esperamos que también nosotros resucitemos. De donde en 1 Cor 15, 12, se dice: *Si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo algunos de entre vosotros dicen que no hay resurrección de los muertos?* Y en Job 19, 25-27 se escribe: *Yo sé, es claro que por la certeza de la fe, que mi Redentor, esto es, Cristo, vive, por resucitar de entre los muertos, y por eso resucitaré yo de la tierra en el último día; esta esperanza está asentada en mi interior.* Cuarto, para instrucción de la vida de los fieles, conforme a aquellas palabras de Rm 6, 4: *Como Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva.* Y debajo (v. 9-11): *Cristo,*

al resucitar de entre los muertos, ya no muere; así, pensad que también vosotros estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios. Quinto, para complemento de nuestra salvación. Porque así como por este motivo soportó los males muriendo para librarnos de ellos, así también fue glorificado resucitando para llevarnos los bienes, según aquel pasaje de Rm 4, 25: *Fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación.*⁵

Como podemos ver, Cristo asumió totalmente la condición de la humanidad. No solamente porque tuvo una humanidad perfecta, con todos los elementos que le pertenecen, sino también porque participó de todo el desarrollo de la vida humana en concreto, y también de la condición en la cual se halla el hombre, esto es, la condición de caída en el pecado. Con esto nos dio, mediante la unión a Él, la participación de su divinidad, que no anula nuestra naturaleza sino que la exalta, la eleva, la perfecciona, sea en cuanto al alma, sea en cuanto al cuerpo. En lo que hace al alma, le da toda la plenitud propia de la gracia, es decir la posibilidad de ver y gozar de Dios. En cuanto al cuerpo, lo hace resucitar, pasar de la muerte a la vida; dándole cualidades gloriosas, lo exalta en su condición propiamente corporal.

Por otro lado, Cristo fue causa de su propia resurrección, lo cual lo explica el Doctor Angélico un poco más adelante cuando afirma que

⁵STh III, q. 53, a. 1, c.: *“Necessarium fuit Christum resurgere, propter quinque. Primo quidem, ad commendationem divinae iustitiae, ad quam pertinet exaltare illos qui se propter Deum humiliant, secundum illud Luc. 1, deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles. Quia agitur Christus, propter caritatem et obedientiam Dei, se humiliavit usque ad mortem crucis, oportebat quod exaltaretur a Deo usque ad gloriosam resurrectionem. Unde ex eius persona dicitur in Psalmo, tu cognovisti, idest approbasti, sessionem meam, idest humiliatam et passionem, et resurrectionem meam, idest glorificationem in resurrectione, sicut Glossa exponit. Secundo, ad fidei nostrae instructionem. Quia per eius resurrectionem confirmata est fides nostra circa divinitatem Christi, quia, ut dicitur II Cor. Ult., etsi crucifixus est ex infirmitate nostra, sed vivit ex virtute Dei. Et ideo I Cor. XV dicitur, si Christus non resurrexit, inanis est praedication nostra, inanis est et fides nostra. Et in Psalmo, quae utilitas erit in sanguine meo, idest in effusione sanguinis mei, dum descendo, quasi per quosdam gradus malorum, in corruptionem? quasi dicat, nulla. Si enim statim non resurgo, corruptumque fuerit corpus meum, nemini annuntiabo, nullum lucrabor ut Glossa exponit. Tertio, ad sublevationem nostrae spei. Quia, dum videmus Christum resurgere, qui est caput nostrum, speramus et nos resurrecturos. Unde dicitur I Cor. XV, si Christus praedicatur quod resurrexit a mortuis, quomodo quidam dicunt in vobis quoniam resurrectio mortuorum non est? Et Iob XIX dicitur, scio, scilicet per certitudinem fidei, quod redemptor meus, idest Christus, vivit, a mortuis resurgens, et ideo in novissimo die de terra surrecturus sum, reposita est haec spes mea in sinu meo. Quarto, ad informationem vitae fidelium, secundum illud Rm. VI, quomodo Christus resurrexit a mortuis per gloriam patris, ita et nos in novitate vitae ambulemos. Et infra, Christus resurgens ex mortuis iam non moritur, ita et vos existimate mortuos esse peccato, viventes autem Deo. Quinto, ad complementum nostrae salutis. Quia sicut propter hoc mala sustinuit moriendo ut nos liberaret a malis, ita glorificatus est resurgendo ut nos promoveret ad bona, secundum illud Rm. IV, traditus est propter delicta nostra, et resurrexit propter iustificationem nostram.”*



por la muerte no se separó la divinidad ni del alma de Cristo ni de su cuerpo. Así pues, tanto el alma de Cristo muerto como su cuerpo pueden considerarse de dos maneras: Una, por razón de la divinidad; otra, por razón de su naturaleza creada. Por consiguiente, de acuerdo con el poder de la divinidad, tanto el cuerpo reasumió el alma de la que se había separado, como reasumió el alma el cuerpo del que se había despojado. Y esto es lo que se dice de Cristo en 2 Cor 13, 4, pues aunque fue crucificado por nuestra debilidad, vive, sin embargo, por el poder de Dios. En cambio, si consideramos el cuerpo y el alma de Cristo muerto de acuerdo con el poder de la naturaleza creada, no pudieron volver a unirse el uno con el otro, sino que fue necesario que Dios resucitase a Cristo ⁶.

Esto significa que Cristo resucitó estrictamente porque era Persona divina. Ciertamente no porque era hombre ni tampoco porque estuviese lleno de gracia, sino porque era el Verbo de Dios. Por tanto, cuando nos unimos a Cristo participando de su muerte y resurrección recibimos el efecto de la pasión, que es la liberación de los pecados, del poder del demonio, de la pena. Somos reconciliados con Dios en el sentido de que vivimos más como sus enemigos a causa de la ofensa. Además, recibimos la participación de la divinidad.

Esto último se da especialmente por su resurrección. Ella manifiesta aquel efecto elevante de la gracia. Como decía San Agustín: "Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios"⁷.

En la unión con el misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, nosotros pasamos de la vida vieja –del hombre viejo– a la vida nueva –al hombre nuevo–⁸. Este último es el hombre perfecto con la perfección de Dios⁹, hombre que recibe gratuitamente lo que excede a su naturaleza: la posibilidad de estar en una igualdad misteriosa con Dios, de ser como Dios.



Cristo, entonces, como nos enseña Santo Tomás, es causa de la resurrección de nuestros cuerpos y de la resurrección de nuestras almas, conforme

[...] se escribe en el segundo libro de la *Metafísica*, lo que es primero en un género cualquiera, es causa de todos los que vienen después. Ahora bien, en el género de nuestra resurrección, lo primero fue la resurrección de Cristo, como es manifiesto por lo dicho anteriormente. Por lo cual es necesario que la resurrección de Cristo sea causa de nuestra resurrección. Y esto es lo que dice el Apóstol en 1 Cor 15, 20-21: *Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que duermen; porque por un hombre vino la muerte, y por un hombre viene la resurrección de los muertos*. Y esto, con razón. Porque el principio de vivificación de los hombres es el Verbo de Dios, del que se dice en el Sal 35, 10: *En ti está la fuente de la vida*. De donde Él mismo dice en Jn 5, 21: *Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere*. Ahora bien, es propio del orden natural de las cosas, establecido por Dios, que cualquier causa obre, en primer lugar, sobre lo

⁶ *STh III, q. 53, a. 4, c.: "Per mortem non fuit separata divinitas nec ab anima Christi, nec ab eius carne. Potest igitur tam anima Christi mortui, quam eius caro, considerari dupliciter, uno modo, ratione divinitatis; alio modo, ratione ipsius naturae creatae. Secundum igitur unitae divinitatis virtutem, et corpus resumpsit animam, quam deposuerat; et anima resumpsit corpus, quod dimiserat. Et hoc est quod de Christo dicitur II Cor. Ult., quod, etsi crucifixus est es infirmitate nostra, sed vivit ex virtute Dei. Si autem consideremus corpus et animam Christi mortui secundum virtutem naturae creatae, sic non potuerunt sibi invicem reuniri, sed oportuit Christum resuscitari a Deo".*

⁷ SAN AGUSTÍN DE HIPONA, *Sermo XIII*.

⁸ Cf. Ef. 4, 21-24.

⁹ Cf. Ef. 4, 11-13.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

que le es más próximo y, a través de ello, actúe sobre las otras cosas que están más lejos. Así como el fuego calienta primero el aire cercano, y por medio de él los cuerpos distantes, también Dios ilumina primero las sustancias próximas a Él, y mediante ellas ilumina las más alejadas, como dice Dionisio en el capítulo trece de *La Jerarquía Celeste*. Y, por este motivo, el Verbo de Dios da primeramente la vida al cuerpo que le está naturalmente unido, y por medio de él causa la resurrección en todos los demás.¹⁰

Como dice San Pablo¹¹, Cristo es el primogénito, Cabeza de toda la creación, tanto de las cosas espirituales como de las materiales. Pero Cristo no sólo es Cabeza de todos los hombres sino que también lo es de los ángeles. Y esto es así porque de la perfección del alma de Cristo deriva la gracia de los ángeles. Y así como Dios –y por tanto Cristo, como Verbo de Dios– ilumina a los ángeles más cercanos y, a través de éstos, a los más lejanos, así también Cristo en su humanidad da vida primero a su cuerpo y, después, a los cuerpos de los demás hombres que están unidos a Él. Estos hombres unidos a Él configuran misteriosamente un Cuerpo: el Cuerpo místico o misterioso de Cristo.

Todo el universo tiene por Cabeza a Jesucristo. Él conduce todas las cosas al Padre, dándoles la perfección, haciéndolas participar de la perfección de Dios. También es Cristo causa de la resurrección de las almas, puesto que

la resurrección de Cristo obra con la virtud de la divinidad. Y tal virtud se extiende no sólo a



la resurrección de los cuerpos sino también a la resurrección de las almas, pues Dios es la causa de que el alma viva por la gracia y de que el cuerpo viva por el alma. Y, debido a esto, la resurrección de Cristo tiene, a modo de instrumento, virtud suficiente no sólo respecto de la resurrección de los cuerpos, sino también respecto de la resurrección de las almas.¹²

Cuando nuestra alma resucita del pecado, lo hace en virtud de la resurrección de Jesucristo. Por eso mismo el bautismo y todos los demás sacramentos son rememorativos de todo el misterio pascual. No sólo de la pasión, que obra quitando los pecados, sino también de la resurrección de Cristo, que obra elevando el alma y el cuerpo a una vida nueva. También la Eucaristía es signo no solamente de la pasión sino también de su resurrección. Por eso en la Misa el sacerdote dice que se

¹⁰ *STh III, q. 56, a. 1, c.*: “*Illud quod est primum in quolibet genere, est causa omnium eorum quae sunt post, ut dicitur in II metaphys. Primum autem in genere nostrae resurrectionis fuit resurrectio Christi, sicut ex supra dictis patet. Unde oportet quod resurrectio Christi sit causa nostrae resurrectionis. Et hoc est quod apostolus dicit, I Cor. XV, Christus resurrexit a mortuis primitiae dormientum, quoniam quidem per hominem mors, et per hominem resurrectio mortuorum. Et hoc rationabiliter. Nam principium humanae vivificationis est verbum Dei, de quo dicitur in Psalmo, apud te est fons vitae, unde et ipse dicit, Ioan. V, sicut pater suscitavit mortuos et vivificat, sic et filius quos vult vivificat. Habet autem hoc naturalis ordo rerum divinitus institutus, ut quaelibet causa primo operetur in id quod est sibi propinquius, et per id operetur in alia magis remota, sicut ignis primo calefacit aerem propinquum, per quem calefacit corpora distantia; et ipse Deus primo illuminat substantias sibi propinquas, per quas illuminat magis remotas, ut dionysius dicit, XIII cap. Cael. Hier. Et ideo verbum Dei primo attribuit vitam immortalem corpori sibi naturaliter unito, et per ipsum operatur resurrectionem in omnibus aliis.*”

¹¹ *Cf. Col 1, 18.*

¹² *STh III, q. 56, a. 2, c.*: “*Resurrectio Christi agit in virtute divinitatis. Quae quidem se extendit non solum ad resurrectionem corporum, sed etiam ad resurrectionem animarum, a Deo enim est et quod anima vivit per gratiam, et quod corpus vivit per animam. Et ideo resurrectio Christi habet instrumentaliter virtutem effectivam non solum respectu resurrectionis corporum, sed etiam respectu resurrectionis animarum.*”



trata del “memorial de la muerte y de la resurrección de Jesucristo”.

En el sacramento actúa la fuerza de la pasión, que nos libera de los pecados, y de la resurrección corporal de Cristo, que es causa de la elevación de nuestra alma a un estado sobrenatural y nuevo.

La resurrección de Cristo, como explica Santo Tomás, es ejemplo de la resurrección de las almas.

Tiene igualmente razón de ejemplaridad respecto a la resurrección de las almas. Porque nosotros debemos configurarnos con Cristo resucitado también en cuanto al alma, para que, según el Apóstol en Rm 6, 4, *así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva; y así como Él, resucitado de entre los muertos, ya no muere, así también nosotros hagamos cuenta de que estamos muertos al pecado* (v. 8-9, 11), para que de nuevo vivamos con Él.¹³

Existe una misteriosa unidad entre la acción y la persona. En efecto, las acciones son de las personas. Por tanto, se debe considerar el conjunto de la acción de la persona para ver cómo está ella. Cuando nos analizamos a nosotros mismos, como nos enseña San Ignacio, tenemos

que ver el conjunto de nuestra acción y, sobre todo, de nuestros pensamientos, que son nuestras acciones principales. Al ver el conjunto de ellos, vemos cómo somos, cómo estamos y podemos entonces cambiar lo que se deba.

La muerte y resurrección de Cristo demuestran, de esa manera, la Persona de Cristo. Él murió y resucitó con esta eficacia y ejemplaridad porque es la Persona divina del Verbo de Dios. Cuando nos unimos a su manera de acción, cuando actuamos como Él, en la muerte y en la resurrección, nos unimos a su Persona. Como decíamos, la persona y la acción están juntas puesto que las acciones son de las personas. Actuando como Él nos volvemos como Él, nuestra persona se hace como la Persona de Cristo. Y su Persona es el Verbo de Dios, que vive eternamente en el seno del Padre; es aquel inmutable e inmortal, el que hace proceder perennemente al Espíritu Santo como el amor de Dios.

Así también nuestra persona entra en la vida de la Santísima Trinidad por medio de la Persona del Verbo de Dios. Esta es la deificación o divinización de la que hablaban los Padres de la Iglesia y los grandes Doctores y autores espirituales, como san Juan de la Cruz.¹⁴

Hemos sido, ciertamente, llamados para participar de la condición divina. Esa participación se da en nuestra persona, la cual es hija de Dios en el Verbo de Dios. Por lo tanto, la unión con la acción de Cristo y con el misterio pascual –pasión, muerte y resurrección de Cristo– une nuestra persona con su Persona. El resultado de esto es el Cielo.

El primero que subió al Cielo es Cristo para que también nosotros estemos allí. Él subió por su propio poder,¹⁵ esto es, por el poder de su divinidad. Está por encima de toda creatura espiritual. Y así, desde el Cielo, es causa de nuestra salvación.

Cristo es causa de nuestra salvación por medio de su resurrección, pero también desde el Cielo es causa de la misma.

¹³ STh III, q. 56, a. 2, c.: *“Similiter autem habet rationem exemplaritatis respectu resurrectionis animarum. Quia Christo resurgenti debemus etiam secundum animam conformari, ut sicut, secundum apostolum, Rm. VI, Christus resurrexit a mortuis per gloriam patris, ita et nos in novitate vitae ambulemus; et sicut ipse resurgens ex mortuis iam non moritur, ita et nos existimemus nos mortuos esse peccato, ut iterum nos vivamus cum illo”*.

¹⁴ Cf. CE, 35, 5; NO, canción 5.

¹⁵ Cf. STh III, q.57, a 3.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

La ascensión de Cristo es causa de nuestra salvación de dos modos: uno, por parte nuestra; otro, por parte de Él. Por nuestra parte en cuanto que, por la ascensión de Cristo, nuestro espíritu se polariza en Él. Pues por su ascensión, como arriba se ha dicho, primero, se da lugar a la fe; segundo, a la esperanza; tercero, a la caridad. Cuarto, también porque así aumenta nuestra reverencia hacia Él, al no considerarlo ya como hombre terreno, sino como Dios celestial, tal como lo dice también el Apóstol en 2 Cor 5, 16: *Aunque conocimos a Cristo según la carne; esto es, mortal, teniéndolo sólo por un hombre, como lo expone la Glosa, ahora, en cambio, ya no la conocemos así.* Y por parte de Él, en cuanto a lo que hizo, al ascender, en favor de nuestra salvación. Pues, primeramente, nos preparó el camino para subir al cielo, como lo dijo Él mismo en Jn 14, 2: *Voy a prepararos el lugar; y en Miq 2, 13: Sube abriendo camino delante de ellos.* Y, por ser Él nuestra Cabeza es necesario que los miembros vayan adonde les ha precedido la Cabeza; por lo que, en Jn 14, 3, se dice: *Para que donde estoy yo, estéis también vosotros.* Y, en prueba de esto, llevó al cielo las almas de los santos, que había sacado del infierno, según aquellas palabras del Sal 67, 19: *Subiendo a lo alto, llevó cautiva a la misma cautividad, es a saber: porque a los que habían sido cautivos del diablo, los llevó consigo al cielo, como a lugar extranjero para la naturaleza humana, cautivados por una noble aprehensión, puesto que fueron ganados por medio de la victoria.* En segundo lugar, porque así como en el *Antiguo Testamento* el pontífice entraba en el santuario

para presentarse ante Dios en favor del pueblo, así también Cristo entró en el cielo para *interceder por nosotros*, como se dice en Hb 7, 25. Pues su misma presencia con la naturaleza humana, que Él llevó al cielo, es una cierta intercesión en nuestro favor, pues por el hecho de haber exaltado así Dios la naturaleza humana en Cristo también se compadecerá de aquellos por los que el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana. Finalmente, para que, sentado en el trono del cielo como Dios y Señor, enviase a los hombres desde allí los dones divinos, conforme a aquel pasaje de Ef 4, 10: *Subió sobre todos los cielos para llenarlo todo*, a saber, con sus dones, según comenta la *Glosa*.¹⁶

En otras palabras, en cuanto recibimos el influjo de Cristo salvador, empezamos a vivir en el Cielo. Nuestra vida es un anticipo de la vida del Cielo; en la medida en que estamos unidos misteriosamente a la acción de



¹⁶ STh III, q. 57, a. 6, c: *“Ascensio Christi est causa nostrae salutis dupliciter, uno modo, ex parte ipsius. Ex parte quidem nostra, inquantum per Christi ascensionem mens nostra movetur in ipsum. Quia per eius ascensionem, sicut supra dictum est, primo quidem datur locus fidei; secundo, spei; tertio, caritati. Quarto etiam, per hoc reverentia nostra augetur ad ipsum, dum iam non existimamus eum sicut hominem terrenum, sed sicut Deum caelestem, sicut et apostolus dicit, II Cor. V, etsi cognovimus secundum carnem Christum, idest, mortalem, per quod putavimus eum tantum hominem, ut Glossa exponit, sed nunc iam non novimus. Ex parte autem sua, quantum ad ea quae ipse fecit ascendens propter nostram salutem. Et primo quidem, viam nobis praeparavit ascendendi in caelum, secundum quod ipse dicit, Ioan. XIV, ut ubi sum ego, et vos sitis. Et in huius signum, animas sanctorum quas de inferno eduxerat, in caelum traduxit, secundum illud Psalme, ascendens in altum captivam duxit captivitatem, quia scilicet eos qui fuerant a diabolo captivati, secum duxit in caelum, quasi in locum peregrinum humanae naturae, bona captione captivos, utpote per victoriam acquisitos. Secundo quia, sicut pontifex in veteri testamento intrabat sanctuarium ut assisteret Deo pro populo, ita et Christus intravit in caelum ad interpellandum pro nobis, ut dicitur Hb, VII. Ips enim repraesentatio sui ex natura humana, quam in caelum intulit, est quaedam interpellatio pro nobis, ut ex quo Deus humanam naturam sic exaltavit in Christo, etiam eorum misereatur pro quibus filius Dei humanam naturam assumpsit. Tertio ut, in caelorum sede quasi Deus et dominus constitutus, exinde divina dona hominibus mitteret, secundum illud Ephes. IV, ascendit super omnes caelos ut adimpleret omnia, scilicet donis suis, secundum Glossam”.*



a estar en el Cielo. Por eso el cuerpo de los santos se transfigura, se transforma, ya que no resiste a la gracia y, a veces, manifiesta cualidades del Cielo.

Toda nuestra vida, entonces, depende de la vida de Cristo, está escondida con Cristo en Dios. Por eso nos exhorta san Pablo: "Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios".¹⁸

**Artículo tomado del libro "Experiencia Espiritual, una introducción a la vida mística", con la autorización del P. Ignacio Andereggen, autor del mismo.*

Cristo – pasión, muerte y resurrección– empezamos a estar unidos a su Persona que no padece más, que ya está resucitada y en el Cielo.

La acción de Cristo nos une a su Persona Divina. Por eso es que nosotros, ya desde esta vida, empezamos misteriosamente a estar en el Cielo; por un lado, estamos en éste y, por otro, estamos en la tierra. Se trata, ciertamente, de un misterio; pero sabemos que es posible porque Cristo, antes de morir, estaba también así: a la vez en el Cielo y en la tierra. Cristo estaba en el Cielo, no con su cuerpo –que estaba en la tierra–, sino con su alma. Ahora bien, su alma es el alma de la Persona del Verbo. Luego, Cristo, cuando estaba en este mundo, estaba en el Cielo.

Así nosotros sabemos que es posible estar en este mundo y, al mismo tiempo, estar en el Cielo. Es decir, estar en este mundo en tanto y en cuanto nuestro cuerpo lo está. En cuanto nuestra alma también se dirige a las cosas de este mundo –porque son medio para llegar a la vida eterna– y está en el Cielo. Y, también, en cuanto todas las cosas del mundo no sirven de medio si no estamos unidos a Dios, unidos a Cristo, unidos a la Persona del Verbo, la que ya está en el Cielo en cuanto al cuerpo y al alma.

En cierta manera nuestra vida es distinta a la de Cristo, que asumió voluntariamente la condición de este mundo, porque también nuestro cuerpo puede empezar

¹⁷ S17 Cf. Col 3, 3.

¹⁸ Col 3, 1.



Los santos son los verdaderos portadores de luz en la historia*

Comentario sobre los nn. 40–42 de Deus Caritas Est



P. Luis Alfonso Orozco, L.C.

Doctor en teología y Profesor del Instituto Pontificio Juan Pablo II para la Familia, en Guadalajara, México.

Introducción

La primera encíclica del Papa Benedicto XVI -maestro de la palabra - nos sorprendió gratamente con el tema siempre actual y necesario del amor. Un tema muy oportuno, precisamente en una sociedad donde el mensaje del amor cristiano resulta ahora más apremiante para detener las corrientes de odio y de mentira que pugnan por despedazarla.

En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás.¹

Una intención muy clara del Papa emérito al proponernos estas reflexiones, y que él recalca en la introducción, es estimular una respuesta de conversión interior por parte de muchos hombres al Amor de Dios, que nos es revelado y que se encarna en Jesucristo. Porque sólo encontrando el amor de Dios la persona humana se encuentra a sí misma, y por consiguiente descubre su verdadera vocación que es amar y ser amada por lo que es. Dios nos da su mensaje de amor y espera la respuesta libre de cada uno. «Mi deseo es insistir sobre algunos elementos fundamentales, para suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la



respuesta humana al amor divino»².

La renovación de la humanidad por obra del amor divino es una empresa grandiosa, que en cada época de la historia se ha visto sostenida e impulsada por obra de la gracia en aquellos hombres y mujeres que son los mejores campeones del espíritu. Entre estos sobresalen los Santos, porque son los mejores imitadores de Jesucristo. Los Santos son quienes también han entendido el amor de Dios en toda su profundidad creativa y regeneradora de la sociedad. Así lo afirma y propone Benedicto XVI en una de las reflexiones conclusivas de la encíclica: «Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad» (n. 40).

¹ BENEDICTO XVI, Deus Caritas Est, n. 1.

² Idem, n. 1



¿Por qué motivo los santos son aquellos hombres y mujeres que *han ejercido en modo ejemplar la caridad de Cristo*? Sin duda se debe a que durante su existencia se dejaron conquistar y guiar por la amistad de Cristo Jesús y experimentaron con una certeza plena el amor de Dios, fuente inagotable de los bienes y de toda la estupenda creatividad que la Iglesia ha sido capaz de desplegar por el bienestar temporal y espiritual de los hombres.

1. Los santos son un reflejo de la luz de Cristo en el mundo

La pregunta podría estar de más, pero las preguntas obvias no hay que darlas por supuestas, sino ponerlas sobre la bandeja desde el inicio. Por eso nos cuestionamos: ¿quiénes son los santos? A la luz de las sugestivas reflexiones que hace el Papa alemán sobre la caridad, se ve que son aquellos hombres y mujeres que han entendido el amor de Dios en toda su profundidad creadora y regeneradora. Los santos son personas de toda condición social y cultural que a lo largo de los siglos han sobresalido por la práctica incluso heroica de las virtudes, en los diversos estados de vida como el matrimonio, el celibato y la vida consagrada.

Así, entre los varios santos que destacan como modelos de caridad cristiana y que menciona el Papa en su encíclica (n. 40) se señala en primer lugar a san Martín de Tours, quien primero fue soldado y después obispo: «casi como un icono, muestra el valor insustituible del testimonio individual de la caridad». Viene a continuación el abad san Antonio, iniciador del movimiento monástico en la Iglesia cuya repercusión ha resultado determinante en la historia de la cultura occidental. Ambos santos

destacan como dos de los grandes campeones de la caridad del siglo IV, todavía en los albores del cristianismo.

Más adelante Benedicto XVI, en el mismo número 41, menciona una serie de grandes figuras de santos -pertenecientes a diversos siglos- y que tienen en común el haber sido fundadores de órdenes e institutos religiosos masculinos y femeninos, que se cuentan entre los benefactores más insignes de la historia de la humanidad por las obras de caridad a que dieron origen. Conviene destacar algún rasgo de estos grandes Santos:

- *Francisco de Asís*, el místico «poverello» reformador de las costumbres y de la observancia de la vida religiosa durante el medioevo europeo. Francisco promovió y predicó principalmente con su austero ejemplo la vuelta a la sencillez y pobreza evangélicas. Virtudes que forman el perno del espíritu franciscano y que sólo se pueden cumplir fielmente por amor al Señor Jesucristo, conocido e imitado en la experiencia de la vida espiritual.

- *Ignacio de Loyola*, el noble caballero español que fue tocado por la experiencia transformante del amor de Dios. Después de hacer por su propia cuenta los «Ejercicios» quedó su corazón purificado y elevado a más altos ideales por la gracia, y entonces se lanza a la aventura de fundar una Orden benemérita en la historia de la Iglesia, que durante siglos se ha constituido como un baluarte en la defensa de la fe y de la cultura cristiana en diálogo con el mundo.

- *Juan de Dios, Camilo de Lellis, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac*; todos ellos santos fundadores de grandes obras de caridad cristiana al servicio de los más pobres y de los enfermos, primero en Europa y posteriormente en los demás continentes. Los cientos de hospitales, orfanatos, asilos y casas de acogida para los más desamparados, levantados por estos gigantes de la caridad, son mucho más que el fruto de una noble acción a favor de los más débiles y enfermos, dictada por el más noble altruismo: ellos están sostenidos por el genuino amor a Dios y al prójimo que les impulsa a hacer el bien sin esperar nada a cambio. En el rostro del pobre y enfermo contemplan el rostro humillado del mismo Cristo, porque la caridad es la auténtica alma del cristianismo. «Estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me curasteis» (cf. Mt 25,36).





DIMENSIÓN ESPIRITUAL



El Papa menciona a otros santos más cercanos a nuestra época y que también son benefactores insignes de la sociedad por sus obras destinadas a la educación de los jóvenes y de los obreros. ¿Quién no es capaz de admirar y reconocer la serie de notables beneficios que han aportado a la humanidad las fundaciones de un san *José B. Cottolengo*, de san *Juan Bosco*, el «Padre y maestro de los jóvenes», o de san *Luis Orione*?

Estos y otros muchos santos que figuran entre los grandes benefactores de la humanidad, obraron movidos por un genuino espíritu de caridad cristiana a favor de los jóvenes desorientados y de las masas obreras más necesitadas. Sus numerosas obras e institutos diseminados por el mundo así lo confirman. La formación integral de la juventud, en manos de institutos expertos en humanismo cristiano -como es el caso de los Salesianos- es una de las mejores aportaciones por parte de la Iglesia a la sociedad, y su acción benéfica continúa en nuestro tiempo. Ni siquiera el altruismo más elevado es suficiente para explicar la existencia de estas instituciones eclesiales, que son muestras de la inagotable creatividad del espíritu cristiano e inspiradas por Dios mismo.

El último nombre que menciona Benedicto XVI -también en el n. 40 de *Deus Caritas Est* - es un modelo excelso de caridad social y de evangelización en nuestros tiempos, la *Madre Teresa de Calcuta*, fundadora de las Misioneras de la Caridad. La evangelización de Asia y la recristianización de importantes sectores de Occidente se están llevando adelante en buena parte gracias al testimonio luminoso, intachable, de las heroicas

misioneras vestidas con el sari blanco a rayas azules.

Sus buenas obras demuestran que no es una utopía creer en que la fuerza del amor es capaz de cambiar el mundo. Las Misioneras de la Caridad trabajan a favor de los más miserables del mundo movidas por la genuina caridad de Cristo, cuyo rostro humillado contemplan en los parias, en los enfermos olvidados de SIDA, en los niños abandonados, en los desechos de la sociedad opulenta que les vuelve la espalda.

La beata Teresa de Calcuta es un ejemplo evidente de que el tiempo dedicado a Dios en la oración no sólo deja de ser un obstáculo para la eficacia y la dedicación al amor al prójimo, sino que es en realidad una fuente inagotable para ello. En su carta para la Cuaresma de 1996 la beata escribía a sus colaboradores laicos: «Nosotros necesitamos esta unión íntima con Dios en nuestra vida cotidiana. Y ¿cómo podemos conseguirla? A través de la oración»³.

Son los santos de la caridad social los portadores de la luz de Cristo en el mundo en todos aquellos sectores donde las tinieblas del egoísmo, del cálculo materialista de los poderosos y del odio más daño producen. Gracias a su acción callada pero eficaz la llama del amor divino no se apaga en el mundo y éste no muere con el frío de la indiferencia y del egoísmo, ya que ellos, «Los Santos, son los verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor» (*Deus Caritas Est*, n. 40).

La llama de la caridad que ilumina y alimenta las buenas obras de los santos procede de su interior, del tesoro de un corazón adornado con las virtudes teologales: la fe, la esperanza, el amor, ejercitadas incluso de un modo heroico. Las personas santas saben perfectamente que todas las fuerzas humanas y todos los recursos de la ciencia y la tecnología son insuficientes en la lucha contra el mal si la acción del cristiano no está sustentada por la gracia de Dios. La fuerza capaz de vencer el mal con el bien viene del contacto personal e íntimo con Cristo, porque:

La oración se convierte en estos momentos en una exigencia muy concreta, como medio para recibir constantemente fuerzas de Cristo. Quien reza no

³ Cf. *Deus Caritas Est*, n. 36.



desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo ⁴.

La consideración de los males sin fin que se abaten sobre nuestro mundo es como para desalentar de hacer oración a más de uno y, en cambio, persuadirle a lanzarse en el torbellino de la acción, donde presumiblemente tiene las posibilidades de hacer algo «efectivo». Pero precisamente para que nuestras buenas obras den frutos es necesaria la oración, ya que nos permite mirar las cosas desde lo alto, con los ojos y el corazón del mismo Cristo. Los santos siempre han sido hombres y mujeres de profunda vida interior, en los que la oración y el contacto íntimo con Dios ocupaban sus mejores energías.

2. La Santísima Virgen María, espejo de toda santidad

Después de proponer el testimonio inagotable de los Santos, «aquellos que han ejercitado en modo ejemplar la caridad», el Papa dedica el n. 41 de *Deus Caritas Est* para presentar a María, Madre del Señor, como espejo de toda santidad. También en el caso de María Santísima la oración y el servicio desinteresado al prójimo ocupan el centro de su interés y de sus atenciones. Ella emplea los mejores años de su vida terrena en el ejercicio de la caridad haciendo de ello el programa de su vida. Señala Benedicto XVI:

— «proclama mi alma la grandeza del Señor»— (Lc 1,46), y con ello (María) expresa todo el programa de su vida: no ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; sólo entonces el mundo se hace bueno ⁵.

El centro del interés de una persona, por tendencia natural, es el propio Yo. Todos tenemos experiencia de cómo damos nuestras preferencias y atenciones a los propios gustos, intereses y comodidad antes que ver por las necesidades del prójimo. Se trata de una tendencia innata arraigada en la naturaleza humana, fruto de la herida dejada por el pecado, pero que no es una fuerza ciega y determinista porque siempre está en juego el uso de la propia libertad. Si me dejo arrastrar por la fuerza innata del egoísmo, casi sin esfuerzo el Yo pasa a ocupar

el centro de todas mis solicitudes y atenciones, hasta que haya una fuerza superior que lo contrarreste.

Pero la caridad hecha por amor a Dios puede invertir esta fuerte tendencia logrando que el mayor espacio de nuestros pensamientos, intenciones y obras lo ocupe Dios, «encontrado sea en la oración como en el servicio del prójimo». Encontrar a Dios en la oración y en el servicio humilde al hermano: este es el verdadero camino para contribuir de manera eficaz a que el mundo mejore y muchas almas alcancen su salvación eterna. Porque entonces ya no se busca llevar adelante una obra a título personal, sino que toda la persona con sus cualidades se coloca en las manos de Dios y de su obra redentora, con plena disponibilidad. Es la fórmula –por decirlo de alguna manera– que han aplicado los Santos, y como modelo sublime de todos María Santísima, madre de la Iglesia y «espejo de toda santidad». «María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor». (n. 41).

Surge ahora una pregunta: ¿en qué medida la Virgen María ha contribuido de modo decisivo en la obra redentora de su Hijo Jesucristo? La respuesta exacta sólo Dios la conoce. Sin embargo, tomando los pocos datos que nos ofrecen los Evangelios vemos que durante los años de su vida terrena María no realizó grandes portentos ni obras extraordinarias. Unos cuantos episodios concretos nos hablan de su diligencia amorosa para ayudar a Isabel su prima en la etapa final de su embarazo, o cuando sale al paso con intuición materna



⁴ Cf. *Deus Caritas Est*, n. 36.

⁵ Cf. *Deus Caritas Est*, n. 41.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

de los apuros de los jóvenes esposos en la boda de Caná.

Siguiendo la sabiduría de la Iglesia, sabemos que María de Nazaret principalmente contribuye con su Hijo de modo discreto, con su humildad y obediencia en la fe, en todas las obras que no aparecen descritas en el texto sagrado y que sólo Dios conoce, haciendo que resalte aún más su humildad y fe plena en el triunfo de Jesús. Pero, además, su participación no se limitó a vivir al lado de su Hijo divino esos años trascurridos en la Tierra Santa. Ella contribuye decisivamente en la magna obra de la evangelización de la humanidad a través de los siglos, desde que recibiera al pie de la Cruz la nueva Anunciación y misión que le encomendaba su Hijo divino: «He ahí a tu Madre. He ahí a tu hijo» (Jn 19,26-27).

Podemos comprobar de qué modo esta cercanía y solicitud materna de la Madre de Dios se constata a lo largo y a lo ancho de la historia de la Iglesia desde los primeros siglos. Su presencia y protección poderosa desde el cielo ha resultado insustituible en la magna obra de la evangelización de los pueblos. Su maternal protección ha sido indispensable para el crecimiento y conservación de la fe en las naciones católicas. Por mencionar algunos de los casos más conocidos, conviene señalar su presencia cercana y al mismo tiempo sobrenatural en los grandes santuarios de Czestochowa, Guadalupe, Lourdes y Fátima, con todo lo que han significado para forjar el alma cristiana de sus respectivos pueblos. María

Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Es una mujer de esperanza: sólo porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel, el ángel puede presentarse a ella y llamarla al servicio total de estas promesas ⁶.

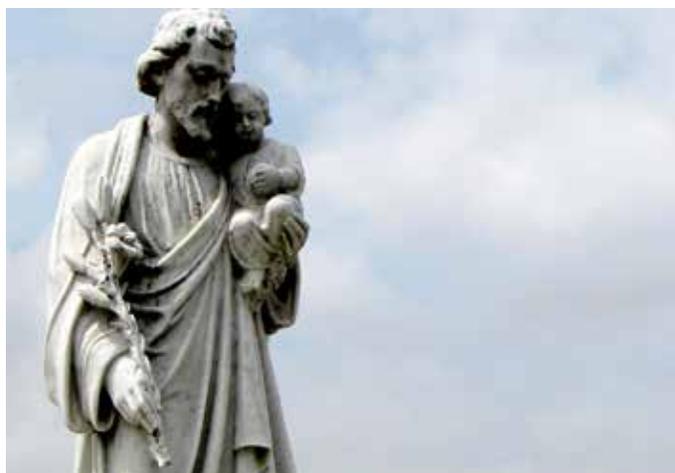
3. ¿Cómo influyen los santos desde el cielo?

Benedicto XVI da un paso más en su deseo de proponer a los Santos como modelos de caridad cristiana que influyen decisivamente en la vida de los fieles y de la sociedad. Quien ya está cerca de Dios y goza de su amor siendo feliz para toda la eternidad no se ha desentendido de la Iglesia peregrinante; porque la persona santa continúa su misión de ser un intercesor eficaz desde el

cielo para los millones de hombres y mujeres que luchan en el mundo para también alcanzar su salvación. Este es el vínculo espiritual e irrompible que une a todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo, tanto quienes ya han pasado a la eternidad como los que estamos aún como peregrinos en el tiempo.

Las insidias y peligros espirituales que debemos superar aquí abajo son muchos y algunos de tal envergadura que sólo podemos vencerlos con la fortaleza que viene de lo alto, de la gracia divina que nunca nos falta. Satanás, por su parte, no descansa en su obra destructiva y con todas sus argucias mentirosas busca el mal de las personas. El espíritu maligno es el principal instigador de los odios y divisiones entre los individuos y entre las naciones; de las discordias que generan guerras y violencias, y de las mentiras que laceran la convivencia social y familiar. Su acción nefasta en la historia se puede comprobar a diario en la tragedia de las familias rotas, en los continuos divorcios de los que se habla y opina como de un mero trámite banal. Su acción nefasta está detrás de los conflictos internacionales, del drama de miles de niños abandonados por sus padres, y sobre todo en la apología irracional de aquel desprecio infinito contra la vida que es el aborto.

Hoy la palabra «aborto» ya no escandaliza las conciencias como antes. Muchos hoy banalizan el aborto reduciéndolo a las frías cifras y a las estadísticas. Otros más celan detrás de unos eufemismos toda la maldad intrínseca de este crimen abominable: «interrupción voluntaria del embarazo», «derecho de la mujer», «salud



⁶ Cf. *Deus Caritas Est*, n. 41.



reproductiva». Eslóganes como estos que martillados desde hace algunos años por los medios de comunicación en la conciencia de las gentes han logrado esconder en términos aparentemente inocuos el más cobarde de los crímenes contra la persona. Verdaderamente si faltara la protección de María Santísima y de los santos, el enemigo mortal de las almas, el demonio, quien es el Padre de la mentira y homicida desde el principio, habría ya convertido este mundo en un inmenso lager de desolación, mentira, muerte y odio.

En el Tercer Milenio, los propios países opulentos que promueven la cultura anti-vida en el resto del mundo, y la practican antes en sí mismos como parte de su opción por el sexo reducido a placer egoísta, están sufriendo una terrible consecuencia: son países envejecidos, donde por la drástica disminución de niños y jóvenes se ha roto la armonía poblacional. Los mayores especialistas en el tema, han llegado a una conclusión que no ha tenido la difusión que merece: la amenaza del siglo XXI es el envejecimiento de la población mundial. En el año 2050, si no cambia la tendencia, por primera vez en la historia humana habrá más personas mayores de 60 años que jóvenes de menos de quince. Del gráfico poblacional de la pirámide se está invirtiendo al de la urna funeraria. Son estas algunas de las mayores amenazas contra la sociedad que buscan atenzarla y destruirla. Ante este panorama preocupante, vemos que todas las fuerzas humanas son siempre insuficientes.

Pero con la ayuda intercesora de los santos delante de Dios y con su protección espiritual desde el cielo seguimos cada cual el propio camino hacia la salvación. Además, contamos con su ejemplo luminoso para saber cómo debemos comportarnos para no extraviarnos en los momentos difíciles y en las pruebas inevitables que se deben afrontar. La lectura de sus escritos y mensajes son como vitaminas para fortalecer el espíritu en el combate diario por vencer el mal con el bien.

Ciertamente el mismo testimonio luminoso que han dejado los santos resulta muy positivo en muchos casos para alcanzar la conversión de las almas, porque sin el estímulo de un ejemplo cercano y humano no seríamos capaces de perseverar por el bien. Cada uno podríamos repetir la pregunta que se hizo un día Ignacio de Loyola, y que lo animó a seguir por ese camino: «Si Francisco,

Agustín o Domingo pudieron llegar a la santidad, ¿por qué yo no también he de poder?» Para reforzar la idea expresada por el Papa en el número 42 de *Deus Caritas Est*, veamos la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica*:

La intercesión de los santos. «Por el hecho de que los del cielo están más íntimamente unidos con Cristo, consolidan más firmemente a toda la Iglesia en la santidad... no dejan de interceder por nosotros ante el Padre. Presentan por medio del único Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, los méritos que adquirieron en la tierra... Su solicitud fraterna ayuda, pues, mucho a nuestra debilidad» (LG 49): «No llores, os seré más útil después de mi muerte y os ayudaré más eficazmente que durante mi vida» (Santo Domingo, moribundo, a sus hermanos, cf. Jordán de Sajonia, lib. 43). «Pasaré mi cielo haciendo el bien sobre la tierra» (Santa Teresa del Niño Jesús, *verba*)⁷.

El bien que hacen los santos desde el cielo a favor de los creyentes en la tierra es algo que no podemos calcular, pero seguramente es inmenso. Su ejemplo es una fuerza poderosa para salir adelante en las dificultades, porque la consideración de las pruebas y cruces que los santos soportaron durante su vida y ver el modo cómo las superaron, firmes en la fe y en la confianza puesta en Dios, a todos nos da inspiración y motivos para vencer y salir adelante en las propias luchas. La biografía de un santo muchas veces se convierte en un precioso reclamo



⁷ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 956.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



para aspirar a metas más altas y para no conformarnos con la mediocridad que el mundo ofrece en bandeja.

La comunión con los santos. «No veneramos el recuerdo de los del cielo tan sólo como modelos nuestros, sino, sobre todo, para que la unión de toda la Iglesia en el Espíritu se vea reforzada por la práctica del amor fraterno. En efecto, así como la unión entre los cristianos todavía en camino nos lleva más cerca de Cristo, así la comunión con los santos nos une a Cristo, del que mana, como de Fuente y Cabeza, toda la gracia y la vida del Pueblo de Dios» (LG 50). Nosotros adoramos a Cristo porque es el Hijo de Dios: en cuanto a los mártires, los amamos como discípulos e imitadores del Señor, y es justo, a causa de su devoción incomparable hacia su rey y maestro, que podamos nosotros, también nosotros, ser sus compañeros y sus condiscípulos (San Policarpo, mart. 17) ⁸.

La devoción popular a los santos está aún muy arraigada en los países de tradición cristiana. De tal manera forma parte de su historia, que en varios casos algún santo o santa importante es el patrono y protector de la nación. Pensemos en el caso de san Jorge, patrono de Inglaterra, o san Francisco de Asís y santa Clara, patronos de Italia, san Bonifacio para Alemania, en Santiago apóstol para España, o san Benito Abad para toda Europa. Ciertamente la vida y el influjo de los santos no concluye al agotarse su peregrinar terreno, sino que comienza una nueva etapa fecunda desde el cielo porque

son intercesores ante Dios de las gracias que todos los hombres necesitamos aquí en la tierra.

4. Conversión de los pecadores

En el caso de algunos santos mártires, como la adolescente de once años María Goretti, su sacrificio también contribuyó decisivamente a la conversión de su verdugo. En 2006 se cumplió un centenario de la conversión del asesino de esta jovencita mártir de la pureza, Alessandro Serenelli, quien tenía 21 años de edad cuando la agredió con un punzón el 6 de julio de 1902. Durante su agonía María perdonó a su agresor.

Poco después, Alessandro Serenelli fue condenado por el crimen y encarcelado. En 1906 tuvo un sueño en la cárcel siciliana de Noto, donde permaneció encerrado hasta 1918. En la celda número 45, en la planta baja, se le apareció María Goretti en sueños: iba vestida de blanco y recogía azucenas también blancas que, poniéndolas en las manos de su asesino, se transformaban en luces encendidas similares a velas. En la celda donde Serenelli permaneció encerrado quince años hay actualmente una capilla. Después de cumplir su condena y salir de la cárcel, Alessandro Serenelli era otra persona. Entró de jardinero en un convento de religiosos capuchinos donde se entregó al trabajo y la oración. Murió serenamente, agradeciendo y bendiciendo la memoria de «Marietta», de quien había obtenido la conversión de su alma y el perdón de Dios.

San Juan Pablo II consideraba que, entre los datos del testimonio heroico de Santa María Goretti, merecía particular atención «el perdón ofrecido al asesino y el deseo de poderle reencontrar, un día, en el paraíso». «Se trata de un mensaje espiritual y social de extraordinaria relevancia para este tiempo nuestro», advirtió el Papa polaco en su mensaje con ocasión del centenario de la muerte de María Goretti. «¡Que la humanidad se pueda introducir con decisión en el camino de la misericordia y del perdón! El asesino de María Goretti reconoció la culpa cometida, pidió perdón a Dios y a la familia de la mártir, expió con convicción el propio crimen y durante toda la vida se mantuvo en estas disposiciones de espíritu» ⁹, recalcó Juan Pablo II. «La madre de la Santa, por su parte, le ofreció sin reticencias el perdón de la familia en la sala del tribunal donde se celebró el proceso». La fuerza del

⁸ Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 957.

⁹ Cf. JUAN PABLO II, palabras pronunciadas antes del Angelus, el domingo 7 de julio de 2002, plaza San Pedro, Ro-ma



amor y el perdón cristiano son más fuertes que el odio y que la muerte. Porque

La vida de los Santos no comprende sólo su biografía terrena, sino también su vida y actuación en Dios después de la muerte. En los Santos es evidente que, quien va hacia Dios, no se aleja de los hombres, sino que se hace realmente cercano a ellos ¹⁰.

Como afirma Benedicto XVI, los Santos se hacen realmente cercanos a los hombres en sus necesidades espirituales y los socorren desde el cielo, gracias a la fuerza del amor que no conoce fronteras. Resulta ilustrativo apoyar esta afirmación con un ejemplo de nuestra época, que causa el asombro y la admiración de creyentes y ateos: se trata de la vida y obra de san Pío de Pietrelcina, el sacerdote capuchino italiano de los estigmas y de los dones extraordinarios que lo acompañaron -como fue su capacidad para leer en las almas y acercarlas a Dios-. La vida fuera de lo común del Padre Pío, como es universalmente conocido, es un signo elocuente del amor de la providencia divina en nuestros tiempos ampliamente marcados por el materialismo consumista.

A su santuario, en el pueblo italiano de San Giovanni Rotondo, acuden decenas de miles de peregrinos procedentes de todo el mundo, que le confían sus penas materiales, familiares y espirituales. Simplemente basta ir a la capilla donde se custodia la tumba del santo capuchino para contemplar el incesante desfile de personas de todas las edades y nacionalidades que delante de su tumba oran en silencio arrodilladas y con la mirada suplicante hacia el lugar donde reposa el cuerpo del humilde frate capuchino. Ante la visión de un suelo tapizado con los billetes multicolores escritos que dejan los peregrinos, resulta una experiencia de fe rezar ahí, pues se ve la confianza de la gente que acude a pedirle favores y su intercesión desde el cielo.

La gente sencilla no duda del poder de intercesión que tienen los santos desde el cielo. La devoción a los santos muy populares como san Francisco, san Antonio de Padua, san Pío de Pietrelcina, santa Teresa del Niño Jesús, o más recientemente la creciente devoción al gran Papa Juan Pablo II, manifiesta que los hombres necesitamos acudir a intermediarios de confianza con los que nos

resulta «más fácil» hablar, para pedir por su medio a Dios Nuestro Señor los favores que necesitamos mientras continuamos nuestro peregrinar en el tiempo. El Santo ya goza de Dios eternamente, pero al mismo tiempo es uno de nosotros que ya alcanzó la meta, y por eso se le reza, se le habla coloquialmente con una familiaridad más asequible para que se ponga a nuestro favor delante del Señor.

Pero la misma vida de los santos también manifiesta el amor infinito de Dios hacia la humanidad, porque ellos son la prueba de que la santificación de las almas es la obra maravillosa e interrumpida del Dios Trinitario que nos ama y que se complace en establecer su morada en las almas. La santificación de las almas es obra de Dios y los santos, con su diversidad de carismas, manifiestan toda la bondad y la compasión que nuestro Creador tiene por cada uno de sus hijos. La santidad de unos aprovecha a los otros miembros del mismo Cuerpo místico. Es lo que enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

En la comunión de los santos, por consiguiente, «existe entre los fieles -tanto entre quienes ya son bienaventurados como entre los que expían en el purgatorio o los que peregrinan todavía en la tierra- un constante vínculo de amor y un abundante intercambio de todos los bienes» (Pablo VI, *ibid.*). En este intercambio admirable, la santidad de uno aprovecha a los otros, más allá del daño que el pecado de uno pudo causar a los demás. Así, el recurso a la comunión de los santos permite al pecador contrito estar antes y más eficazmente purificado de las penas del pecado ¹¹.

5. «Minorías creadoras» que mejoran el rostro de la humanidad

Una ulterior reflexión acerca del papel tan importante que ejercen los santos al interno de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, va en la línea de la creatividad y del bien que ellos despliegan con su acción renovadora dentro de la sociedad en que les toca vivir. El Santo Padre Benedicto XVI, desde los años en que dirigió como cardenal prefecto la Congregación de la Doctrina de la Fe, atendió el fenómeno de la progresiva descristianización de Europa y de Occidente. El neopaganismo y el

¹⁰ Cf. *Deus Caritas Est*, n. 42.

¹¹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1475.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

relativismo, tan difundidos en la mentalidad y costumbres de buena parte de la sociedad, son dos de los grandes retos con que se enfrenta la nueva evangelización. Benedicto XVI ha hablado y escrito en diversas ocasiones acerca del abandono y rechazo de las raíces cristianas que configuraron durante siglos la cultura y la sociedad europeas, ante el nuevo síntoma preocupante de su rechazo y hasta un extraño «odio a sí misma» que tiene algo de patológico, con las lamentables secuelas y consecuencias que todo eso acarrea.

Pero en su agudo análisis (ver, por ejemplo, su ensayo «Sin Raíces» del año 2004, escrito en común con el pensador y político italiano Marcelo Pera), el Papa apunta también a las respuestas en busca de soluciones ante la crisis. La historia se sigue escribiendo, pero demuestra que el papel de las «minorías creadoras» siempre ha sido determinante para superar la crisis y mejorar la calidad moral de la sociedad, especialmente en los momentos más difíciles. Los santos forman parte de estas minorías selectas, «minorías creadoras» de verdadero humanismo, que dejan su impronta en la historia porque ellos se han dejado conducir por el Espíritu Santo que renueva constantemente el rostro del mundo.

Los santos forman parte de esa «minoría creadora» de civilización y de auténtico progreso humano, que el Papa propone como remedio para los problemas actuales. La crisis de identidad profunda por la que atraviesa el Occidente -debido al abandono de sus raíces cristianas- muestra muchas facetas que de algún modo se reflejan en el común rechazo de la verdad sobre Dios y de la verdad profunda sobre el hombre mismo. Hay una crisis antropológica.

Por ejemplo, en nombre de la *tolerancia*, la libertad de opinión ha sido elevada al rango de valor intocable e inapelable, y en nombre de una tal libertad de opinión -que muchas veces no respeta la verdad- asistimos al triste espectáculo de las injurias gratuitas y de las falsificaciones divulgadas bajo un amplísimo mercado contra Cristo y la Iglesia católica (léase «Código Da Vinci» o más reciente la serie de ataques contra los sacerdotes y el mismo Papa). Falsedades que además de quedar impunes reditúan lucrosas ganancias a sus promotores. Sin embargo, la tolerancia y

La libertad de opinión tiene sus límites en que no debe destruir el honor y la dignidad del otro; no es libertad para la mentira o para la destrucción de los derechos humanos. Aquí hay un «auto-odio», que sólo cabe calificar de patológico, de un Occidente, que sin duda (y esto es digno de elogio) trata de abrirse comprensivamente a valores ajenos, pero que ya no se quiere a sí mismo; que no ve más que lo cruel y destructor de su propia Historia, pero que no puede percibir ya lo grande y puro que hay en ella ¹².

Una sociedad en la que se hace burla de los valores más sagrados, donde se ataca una y otra vez con demasiada hostilidad al cristianismo y se pretende relegarlo al ámbito de lo privado porque molesta la conciencia de muchos personajes públicos y porque se sale de lo «políticamente correcto», esa sociedad no puede progresar ni sobrevivir. Esa sociedad está minando las bases mismas de la libertad, de la auténtica tolerancia, la cual se sostiene por la apertura al diálogo y el respeto por las creencias religiosas en que la sociedad misma se fundamenta. Este extraño odio patológico que se difunde como un virus en Occidente sólo puede conducir a la autodestrucción de la cultura y de la propia identidad. Un atento análisis enseña que hacia allá se puede llegar si no se busca el remedio eficaz ante la crisis, puesto que

La absoluta profanidad que se ha construido en Occidente es profundísimamente ajena a las culturas del mundo. Esas culturas se fundamentan



¹² J. RATZINGER, «Europa y religión». Conferencia pronunciada en Berlín el 28 de noviembre de 2000.



en la convicción de que un mundo sin Dios no tiene futuro ¹³.

La historia, desde luego, no es solamente una cuestión que se resuelve entre los hombres, porque la dimensión horizontal es solamente una de sus dimensiones. Dios es protagonista de la historia tanto y más que el mismo hombre, pero siempre junto con él, ya que actúa en ella con su Espíritu de Amor que la renueva y la regenera constantemente. Es Él quien despierta el ardor de la santidad en las almas generosas, y con sus dones suscita el amor creativo que sale al paso de las crisis más profundas de la humanidad para encontrarles solución.

Esto forma parte de la misión de las «minorías creadoras», donde se colocan los santos y todos aquellos creyentes cristianos que han entendido profundamente su misión de ser 'luz del mundo y sal de la tierra'. Es la firme convicción del Papa, y se refleja en su llamado repetido en diversas instancias y foros europeos, como lo hizo en una conferencia pronunciada en Berlín en noviembre de 2000, y más también delante del Senado italiano, en mayo de 2004.

El destino de una sociedad depende una y otra vez de minorías creadoras. Los creyentes cristianos deberían verse a sí mismos como una minoría creadora, y contribuir a que Europa recupere lo

mejor de su herencia y así sirva a la Humanidad ¹⁴.

La caridad es la mejor aportación que el cristianismo ha donado a la comunidad humana. Porque el amor que viene de Dios es la fuerza más grande que posee el espíritu humano, y ha sido siempre el noble impulso de la caridad la fuerza que ha levantado las beneméritas obras que la Iglesia lleva adelante a favor de los más necesitados.

Es la fuerza del amor a Dios y al prójimo la que permite que hombres como el san Damián de Veuster, mejor conocido como el «héroe de Molokai», deje su patria flamenca, renuncie a sus propios intereses y se sacrifique a sí mismo para servir a los leprosos en aquella lejana isla del Pacífico. La fuerza de la caridad hacia los huérfanos alemanes de la Segunda Guerra mundial movió al sacerdote premostratense holandés, Padre Werenfried van Straaten, conocido como «Padre Tocino», a fundar una institución de ayuda benéfica que ahora posee un alcance mundial, la «Ayuda a la Iglesia que sufre», que está presente y activa en numerosos países.

«Contemplemos finalmente a los Santos, a quienes han ejercido de modo ejemplar la caridad»¹⁵.

También para nuestra época de cambios vertiginosos vale de un modo especial la sabia exhortación del gran Papa emérito: mirar a los Santos como modelos dignos de imitar en el ejercicio de la caridad que transforma el mundo, porque cambia desde dentro los corazones hacia el amor infinito de Dios.

Palabras clave: Santidad, Historia, Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*.

*Este artículo procede de: Ecclesia. Revista de cultura católica.

Agradecemos a la revista Ecclesia, Revista de cultura católica, que nos ha permitido publicar este artículo por medio de su director, P. Fernando Pascual, L.C.

¹³ Idem.

¹⁴ J. RATZINGER, «Europa. Sus fundamentos espirituales ayer, hoy y mañana». Biblioteca del Senado Italiano, Roma 13 de mayo de 2004.

¹⁵ Cf. *Deus Caritas Est*, n. 40.



Voluntad de Dios, conformidad y discernimiento en algunos autores representativos de los siglos XIII, XIV y XV



P. Alberto Mestre, L.C.
 Doctor en Teología
 Licenciado en Filosofía

Introducción

El interés hoy en día por los temas de la Voluntad de Dios, la conformidad y el discernimiento tanto en el ámbito dogmático y moral como espiritual tiene su origen en el ambiente exegético y en el patristico¹.

Posiblemente sea Santo Tomás de Aquino uno de los autores que ha tratado más profundamente dichos temas, y de modo particular *la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad de Dios como concepto moral*. En los doce primeros siglos dichas cuestiones fueron tratadas desde una perspectiva moral-espiritual, y es así como la encontramos en Santo Tomás, sin embargo, después de

la *Suma Teológica* del Aquinate² dichos temas ya no son tratados por los demás autores dentro de la teología moral, si no que serán tratados en la espiritualidad. ¿A qué se debe este fenómeno que también se extiende a otros muchos otros temas como son: los Dones, las virtudes teologales, los estados de vida, la Ley Nueva? ¿Qué ha ocurrido en el mundo teológico, especialmente en al teología moral para que suceda esto?

1.El influjo de una nueva visión en teología: Guillermo de Ockham

Investigaremos en primer lugar al teólogo franciscano Guillermo de Ockham (1295/1300-1349/1350)³ por su

¹ ALBERTO MESTRE, «Voluntad de Dios, conformidad y discernimiento», *Sacerdos*, N.134, Enero-Febrero-Marzo (2019) 21-33.

² El tema de la Voluntad divina y la conformidad de la voluntad humana con aquella se trata explícitamente en los artículos 9 y 10 de la cuestión 19 de la *I-IIae* de la *Suma teológica*. Dicho tema está injertado dentro de una cuestión exquisitamente moral: "Bondad y malicia del acto interior de la voluntad", SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, Vol. II, Parte I-II, q. 19, a. 9 y 10, BAC, Madrid, 2001, 191-203. Esta cuestión a su vez está en el corazón del tratado de los actos humanos.

³ Cf. GUILLERMO FRAILE, *Historia de la Filosofía*, Vol. II (2.o), BAC, Madrid 1975, 565-585. Una bibliografía especializada sobre Guillermo de Ockham la podemos encontrar en: G., LEFF, *William of Ockham*, Manchester 1975; L. BAUDRY, *Guillaume d'Ockham: sa vie, ses oeuvres, ses idées*, Parigi 1950 ; PH. BÖHNER, *Quaestio prima principalis Prologi in primum librum Sententiarum*, Zurigo-Paderborn, New Jersey 1939; H. JUNGHANS - J. LARGEAUT, *Enquête sur le nominalisme*, Parigi-Lovaino 1977; G. LEFF, *The Dissolution of the Medieval Outlook*, New York 1976; P. VIGNAUX, *Nominalisme*, in DTC, XI, 718-783; *Occam (III: Originalité philosophique et théologique; IV: Influence)*, in DTC, XI, 876-889; Justification et prédestination au XIV siècle: Duns Scot, Pierre d'Auriol, Guillaume d'Occam, Grégoire de Rimini, Parigi 1937; *Nominalisme au XIV siècle*, Parigi-Montréal 1948; C. GIACON, *Guglielmo di Occam. Saggio storico-critico sulla formazione e sulla decadenza della scolastica*, Milano 1941; U.S. ZUIDEMA, *De philosophie van Occam in zijn Commentaar op de Sententiën*, Hilversum 1936; R. GUELLUY, *Philosophie et théologie chez Guillaume d'Ockham*, Lovaino 1947; LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990; G. DE LAGARDE, *Naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Âge*, t.IV: *Ockham et son temps*, Parigi 1943; t.V: *Ockham, Bases de départ*, Parigi 1946 ; t.VI: *La morale et le droit*, Parigi 1946. En opinión de Louis Vereecke, en la obra citada de G. Lagarde se encuentra el mejor análisis del pensamiento de Ockham.



influjo en el pensamiento posterior⁴ a Santo Tomás de Aquino.

Para descubrir cómo entiende Guillermo de Ockham los temas de la *Voluntad de Dios, la conformidad y el discernimiento* es preciso en primer lugar tener claro cómo él entiende algunos argumentos previos, por ejemplo: quién es Dios, cómo es la voluntad de Dios, cómo entiende él la libertad humana y la moral dentro de su sistema de pensamiento⁵.

Guillermo de Ockham considera a Dios como infinitamente simple e infinitamente perfecto. No hay distinción real, siempre según Ockham, entre la esencia, la inteligencia y la voluntad divina. Todo aquello que Él quiere, lo quiere según su inteligencia infinitamente perfecta: Dios actúa siempre en modo muy razonable. En este sentido, hay que estar atentos a no hablar de arbitrariedad divina al establecer la ley. La obligación moral que surge de este modo de pensar sobre Dios y sus consecuencias tiene un fundamento ontológico que es la esencia de Dios, concebida al modo Ockhamiano. El hombre no puede conocer con la razón los motivos del orden moral -siempre según Ockham-, a menos que Dios no se lo revele. El orden moral que Dios ha establecido según su potencia ordenadora (*de potentia ordinata*) es contingente. En su potencia absoluta (*de potentia absoluta*) Dios podría establecer otros parámetros morales que a su vez serían también razonables como los propuestos anteriormente. Si de hecho Dios cambiase el orden actual, y lo podría hacer -siempre según Ockham-, también el nuevo orden correspondería a la naturaleza racional del hombre⁶.

El motivo por el cual Ockham concibe de este modo tan peculiar el orden moral se debe a la prioridad que le da "al amor de Dios por el hombre", pero entendido



bajo la clave interpretativa de una absoluta libertad y omnipotencia divina. Es un principio que él repite continuamente: «Dios es omnipotente, puede hacer todo aquello que no implica contradicción»⁷, «Dios no está obligado a nada»⁸.

La Voluntad divina es (según Ockham) absolutamente libre; domina incluso hasta la ley moral y todas las leyes de la creación. Lo que Dios quiere es necesariamente justo y bueno, precisamente porque lo quiere; de esta voluntad procede la ley y todo valor o calificación moral. No estando determinado en la fijación del bien y del mal por nada diferente a sí misma, la voluntad divina puede modificar en cada instante lo que consideramos actualmente como permitido y como prohibido, en especial según los mandamientos del Decálogo. Dios puede cambiar, incluso, el primer mandamiento y, por ejemplo, llevando las cosas al extremo, ordenar a un hombre odiarle, de suerte que este acto sea bueno⁹.

⁴ Su influjo sobre la evolución del pensamiento en el mundo occidental ha sido inmenso. Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 163.

⁵ Sobre esta temática podemos encontrar los siguientes estudios: G. DE LAGARDE, *Naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Âge*, t.IV: Ockham et son temps, Parigi 1943; t.V: Ockham, Bases de départ, Parigi 1946; t.VI: La morale et le droit, Parigi 1946; LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990; y SERVAIS PINCKAERS, OP, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988.

⁶ Cf. G. DE LAGARDE, *Naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Âge*, t.V: Ockham, Bases de départ, Parigi 1946; LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 164-165.

⁷ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 164; Cf. GIUSEPPE ANGELINI, *Teologia morale fondamentale. Tradizione, Scrittura e teoria, Glossa*, Milano 1999, 179-180.

⁸ «Deus autem ad nullum actum potest obligari», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. VII, Quaestiones In Librum Quartum Sententiarum (Reportatio), Quaestio XI, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1984, 198.

⁹ SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 321.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

De este modo se propone una voluntad arbitraria, una Voluntad divina que resulta dueño, sí, de todo precepto, pero sin ningún punto de referencia sino la única y simplemente voluntad, que es independiente de cualquier diseño y orden racional.

Toda voluntad puede conformarse al precepto divino: pero Dios puede prescribir que la voluntad creada le odie, pues la voluntad creada puede hacerlo (y rehusar, por consiguiente, la bienaventuranza y el fin último). Además, todo lo que puede ser un acto recto en esta vida puede serlo en la patria: ahora bien, odiar a Dios puede ser un acto recto en esta vida si Dios lo manda, luego también puede serlo en la patria¹⁰.

Dios es la fuente de la obligación moral, y a su vez Dios trasciende esta categoría. Él no está sujeto a ninguna obligación. La obligación es esencialmente un elemento de nuestro universo contingente. A la absoluta trascendencia de Dios se opone la radical contingencia del mundo y del hombre. La misma obligación, existiendo en un mundo creado, comparte dicha contingencia. El bien y el mal no son de hecho realidades absolutas, más bien, realidades contingentes que tienen su fuente en la Voluntad de Dios. Para Ockham un acto es bueno porque Dios lo prescribe. Esta es una máxima imperante en el pensamiento moral de Ockham. El bien y el mal son por lo tanto términos connotativos, que hacen referencia a una voluntad que los establece.

La Voluntad de Dios, según Ockham, se conoce mediante la Revelación y la recta razón (pero atención, veremos más adelante qué entiende él por recta razón). En las Sagradas Escrituras encontramos el derecho divino, que es por lo tanto un derecho escrito. Pero también parte

de este derecho divino se encuentra en la ley natural, por el simple motivo que somos imagen y semejanza de Dios.

Ockham concibe la ley natural no como una naturaleza humana común, la cual para él no existe (recordemos que para Ockham no existen realidades comunes, por ejemplo una realidad humana que se pueda llamar 'naturaleza humana' y que sean aplicable a muchos individuos). Según Ockham sólo hay individuos que se reúnen, pero de esto no se puede extraer ninguna ley. Existen modos parecidos y similares de actuar, pero no leyes en común. Podemos concluir que siendo el mundo (aunque creado por Dios a Su imagen y semejanza) una realidad contingente, poseyendo sus leyes propias, como el hombre posee las suyas, a las que se les suele llamar ley natural, resulta que es tan sólo una constatación de hecho, pero realmente no algo en común en la naturaleza. El conocimiento de esta ley natural, tan peculiar del autor (como de todo buen nominalista), tiene que ver, siempre según Ockham, con la experiencia.

Al fin y al cabo se trata de una experiencia que se



¹⁰ Incluyo de modo extraordinario el texto latino, dada la importancia de dicha opinión, difícil de creer que pueda ser sostenida por un teólogo: «Omnis voluntas potest se conformare praecepto divino. Sed Deus potest praecipere quod voluntas creata odiat eum, igitur voluntas creata potest hoc facere. Praeterea, omne quod potest esse actus rectus in via, et in patria. Sed odire Deum potest esse actus rectus in via, puta si praecipitur a Deo, igitur in patria», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. VII, Quaestiones In Librum Quartum Sententiarum (Reportatio), Quaestio XVI, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1984, 352. Esta opinión de Ockham no aparece aquí esporádicamente, pues la encontramos también, por ejemplo, en: GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. V, Quaestiones In Librum Secundum Sententiarum (Reportatio), Quaestio XV, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1981, 342: «Et quod Deus possit causare actum odiendi Deum quantum ad omne absolutum in actu in voluntate creata probatur, quia Deus potest omne absolutum causare sine omni alio quod non est idem cum illo absoluto. Sed actus odiendi Deum quantum ad omne absolutum in eo non est idem cum deformitate et malitia in actu, igitur Deus potest causare quidquid absolutum est in actu odiendi Deum vel nolendi, non causando aliquam deformitatem vel malitiam in actu, igitur etc.»; se puede ver también las páginas 352 y siguientes.



identifica con un sentimiento. Si este sentimiento aparece, significa que nosotros somos libres de hacer o no aquella cosa; sí, es cierto, pero sobre todo no hay que olvidar, siempre según Ockham, que siempre habrá exteriormente a nuestra voluntad una ley imponiéndose a nosotros, que nos manda, nos constringe y exige el cumplimiento de nuestro deber. Esta ley exterior a nuestra voluntad no es otra cosa que un dictamen, un imperativo de la recta razón (siempre entendida al estilo de Ockham), que nos manda la Voluntad de Dios. Por el mismo hecho que la voluntad de Dios lo quiere, la razón manda aquello que debe ser querido.

En pocas palabras, la recta razón queda reducida a un mero sentimiento sobre algunas acciones que son mandadas y otras prohibidas. El primer precepto de Dios, por lo tanto, es éste: obedecer los preceptos de la recta razón.

Un tema al que ya hemos aludido es el concepto de libertad de Ockham¹¹, que consiste en la posibilidad de realizar o no una determinada acción, se trata de una elección principalmente de la propia voluntad. Con una

espontaneidad absoluta, la libertad, al estilo de Ockham, encara continuamente un decir sí o no, en un modo particularmente autónomo.

La libertad es esencialmente el poder de elegir entre cosas, contrarias independientemente de toda otra causa distinta de la libertad o de la propia voluntad. La libertad se mantiene totalmente en una indeterminación fundamental entre cosas contrarias, entre el sí y el no, en una indiferencia original de la voluntad que le permite determinarse en la elección sólo a partir de ella misma. De ahí el nombre de libertad de indiferencia¹¹.

La definición que el mismo Ockham ofrece es: «Llamo libertad al poder que tengo de producir indiferentemente y de modo contingente efectos diferentes, de suerte que pueda causar un efecto o no causarlo sin que se produzca ningún cambio fuera de este poder»¹³, que ya desde el inicio de su comentario al libro de las Sentencias preanuncia: «la libertad es aquella indiferencia y contingencia»¹⁴.

De este modo, la voluntad está, según Ockham, puramente indeterminada en la posición de su primer acto. Este no puede ser necesitado por nada, ni por un objeto exterior, ni sobre la base de una determinación habitual. Es él mismo el fundador de su actividad libre y se determina a sí mismo en oposición al intelecto, que está condicionado por otro, a saber, por la propia voluntad, a la posición de determinados actos. Ockham caracteriza la libertad de la voluntad como «*quaedam indifferentia et contingentia*». Sobre la base de esta libertad, la voluntad se mantiene en una completa indiferencia respecto de los contrarios singulares¹⁵.

Se trata, por lo tanto, de una nueva interpretación de la libertad, la cual ya no procede de la razón y de la

¹¹ Encontramos un estudio muy completo sobre el concepto de libertad según lo entiende Guillermo de Ockham en el capítulo XIV del libro de SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 419-448.

¹² SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 316.

¹³ «Voco libertateme potestatem qua possum indifferentem et contingentem diversa ponere, ita quod possum eundem effectum causare et non causare, nulla diversitate existente alibi extra illam potentiam», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. IX, Quodlibet I, quaestio 16, primus articulus, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1984, 87 (la traducción es mía).

¹⁴ «Libertas est quaedam indifferentia et contingentia», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. I, Quaestiones In Librum Primum Sententiarum (Ordinatio), Dist. 1, quaestio 6, distinctiones praeviae, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1967, 501, (la traducción es mía).

¹⁵ A. GARVENS, *Grundlagen der Ethik von Ockham*, en «Franziskanische Studien» 21 (1934) 256-257.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

voluntad, sino que las precede y las mueve a sus actos, pues yo puedo escoger, conocer y querer una cosa o su contrario. Ockham tenderá a identificar la libertad con la misma voluntad y hacer de ésta la facultad esencial del hombre.

Esta concepción de libertad tiene a su vez implicaciones importantes en la concepción del acto humano, del acto voluntario¹⁶. Si la libertad consiste toda ella en la elección de cosas contrarias, que sólo nuestra voluntad posee soberanamente, entonces cada uno de nuestros actos queda, por así decirlo, fijo en el instante de la elección y se separa de los actos que le preceden o le siguen. So pena de quitarnos nosotros mismos nuestra libertad de indiferencia, no podemos dejar que nuestros actos pasados determinen nuestra acción presente, ni formar en ésta una determinación para nuestros actos futuros. Por consiguiente, la libertad se sitúa totalmente en el presente que ella crea y que recorta del pasado y del futuro, rompiendo la duración para hacer de ella una sucesión de instantes. Cada acto moral está aislado como una isla, un átomo, una mónada. A esto se le puede llamar la atomización del obrar moral¹⁷.

De todo esto surgen consecuencias muy serias. Si los actos no tienen relación entre ellos y tan sólo coexisten, no se ve cómo pueda subsistir el hábito y las virtudes, entendidos de modo clásico como disposiciones estables para el bien. El hábito se convertirá en Ockham en un mero mecanismo psicológico, creado por la repetición de actos, exactamente como las costumbres producen, y que la libertad puede utilizar como una ayuda en la ejecución de una acción. De este modo se irá desconfiando cada vez más de las virtudes, y se buscará que no ocupen



demasiado lugar en la moral¹⁸, so pena de ver disminuir la calidad de la libertad de indiferencia de los actos¹⁹.

La voluntad humana, siempre bajo esta concepción de libertad de Ockham²⁰, se encuentra ante el bien y el mal, necesitando una regla, una norma ante la cual determinarse a actuar: esta norma será la ley²¹, y casi siempre terminará por ser la ley positiva, civil, penal, etc.

La moralidad consiste entonces en el encuentro de la libertad y de la ley. Sin libertad no hay moralidad, pero tampoco la habrá sin la ley, ya que no habría una obligación ante la cual reaccionar.

El origen de la ley, el mandato, la norma, la obligación moral, según el autor, no pueden proceder sino que de Dios. Sólo Dios puede imponer al hombre una norma que obligue en conciencia. La norma de nuestro obrar, de nuestro actuar es sólo la Voluntad de

¹⁶ Cf. B. HÄRING, *La legge di Cristo. Trattato di Teologia Morale. Vol. I. Morale Generale*, 3 vol., Morcelliana, Brescia 1969. (1957-1969), 33; Cf. SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 317.

¹⁷ Cf. FERNANDEZ, AURELIO, *Teología moral, Vol. I, Moral Fundamental*, Burgos 1993, 359; Cf. SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 430-431.

¹⁸ Será por lo tanto lógico que la libertad de indiferencia de Ockham busque no sólo limitar el influjo de las virtudes, como se ha comentado, sino que se llega a rechazarlas y relegarlas. No es extraño observar cómo en los manuales de moral fundamental se tiende a suprimir el tratado de las virtudes, siendo sustituidas por los mandamientos. A esta tendencia se contraponen autores como San Antonio de Florencia (1389-1459), que en su libro *Summa Theologica*, que tiene como finalidad ayudar a la formación de los confesores, se encuentra un estudio de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo.

¹⁹ Cf. SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 429.

²⁰ «Es el núcleo del alma humana con sus facultades lo que se rompe a partir de una concepción nueva de la libertad, que provoca estallidos sucesivos que van a quebrar la unidad de la teología y del pensamiento occidental», SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 315.

²¹ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 164.



Dios.

He aquí la libertad de Dios y la libertad del hombre, concebidas como dos absolutos, si bien con la diferencia de que Dios dispone de toda la omnipotencia con respecto a su criatura y puede, por lo tanto, imponerle su voluntad. Al haber sido liberada la libertad humana de toda dependencia respecto de la naturaleza, Ockham no puede ya concebir otras relaciones entre el hombre y Dios sino las que proceden de la voluntad y el poder: tal es la ley, expresión de la Voluntad divina, que actúa con la fuerza de la obligación²².

«De esta forma, la ley y la obligación ocupan el centro de la moral de Ockham, se convierten en su núcleo y en su fuerza. La obligación va a formar el elemento



constitutivo y la esencia misma de la moralidad»²³, dado que «la bondad y la malicia significan que un agente está obligado a tal acto o a su contrario»²⁴. La razón y la fuerza que sostiene la moralidad es la obligación.

El concepto de moralidad no implica ninguna otra cosa más que la obligación en que se encuentra aquel que actúa al llevar a cabo una acción determinada. El hecho de la obligación, y no ya la observación de un orden real, determina la distinción entre la bondad y la maldad morales²⁵.

Ockham es claro en este punto: «Hacer el bien será hacer aquello a lo que se está obligado a hacer; hacer el mal, será hacer lo contrario de lo que se está obligado a hacer»²⁶. Él sitúa la idea y el sentimiento de la obligación al centro de la moral hasta el punto de someterles la misma caridad, las virtudes morales, etc. En efecto, el amor a Dios ya no tiene para Ockham un valor directo esencialmente moral; depende de la voluntad libre de Dios. La famosa suposición de que Dios pueda ordenar a un hombre el odiarle, así como odiar a su prójimo, y hacer meritorio el odio, es perfectamente significativo a este respecto²⁷.

Dentro de la lógica y argumentación del *Venerable inceptor*, cabe decir que si el odio a Dios está causado sólo por Él, siempre será a causa de un buen fin, porque el odio de las criaturas en nada les será de condena²⁸.

Ockham llegará a sostener que Dios puede sin injusticia alguna reducir el ser humano a la nada, o

²² Cf. SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 327; Cf. GIUSEPPE ANGELINI, *Teologia morale fondamentale. Tradizione, Scrittura e teoria*, Glossa, Milano 1999, 178..

²³ SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 322-323.

²⁴ «Bonitas moralis vel malitia connotant quod agens obligatur ad illum actum vel eius oppositum», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. V, Scriptum In Librum Secundum Sententiarum (Reportatio), Quaestiones Libri Secundi, quaestio XV, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1981, 353.

²⁵ A. GARVENS, *Grundlagen der Ethik von Ockham*, en «Franziskanische Studien» 21 (1934) 271.

²⁶ «Malum nihil aliud est quam facere aliquid ad cuius oppositum faciendum aliquis obligatur», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. V, Scriptum In Librum Secundum Sententiarum (Reportatio), Quaestiones Libri Secundi, quaestio IV, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1981, 59.

²⁷ Cf. «Ita potest causare totaliter actum odiendi Deum sine omni malitia morali propter eandem causam, quia Deus ad nullum actum causandum obligatur», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. V, Scriptum In Librum Secundum Sententiarum (Reportatio), Quaestiones Libri Secundi, quaestio XV, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1981, 353; SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 322-323.

²⁸ Cf. «Dico quod si odium Dei causatur a solo Deo, semper erit propter bonum finem, quia Deus ex odio creature in nullo damnificatur», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. V, Scriptum In Librum Secundum Sententiarum (Reportatio), Quaestiones Libri Secundi, quaestio XV, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1981, 353-354.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



también dañar a un hombre que le ama por encima de todas las cosas y se esfuerza en agradarle con sus obras, pues puede hacer lo que quiere de su criatura sin ser deudor de nadie.

Si alguien que siempre ha amado a Dios y ha hecho todo como aceptable a Dios, Dios puede a éste aniquilarlo sin ninguna injuria, y del mismo modo después de tales obras puede no darle la vida eterna sino las penas eternas, y eso sin injuria. Y la razón de esto es porque Dios no es deudor de nada, pues todo aquello que nos ofrece, es por mera gracia²⁹.

La postura de Guillermo de Ockham tiene por lo tanto unas premisas que cambia la perspectiva clásica de

muchas doctrinas, sobre todo en ámbito moral.

Estas afirmaciones extremas manifiestan con total claridad que el centro de la moral, para Ockham, no es ya el amor sino la obligación surgida de la pura voluntad y libertad divina. O, si se quiere, el amor para él tiende a confundirse con la obediencia a la obligación³⁰.

La moral queda reducida a una serie de realidades que tienen que ver principalmente con la obligación³¹.

Según Ockham la obediencia a la ley supera al mismo amor; por consiguiente, la obediencia legal sustituirá a la caridad y llegará a ser la verdadera "forma de todas las virtudes", según una expresión clásica; y, como la ley, la obediencia se hará "voluntarista"³².

La presentación que acabamos de realizar nos ofrece una noción voluntarística de la ley y de la obligación moral, la cual explica la conformidad de la voluntad del hombre con la Voluntad de Dios como un adecuar aquella a esta Voluntad fundamentalmente en un modo material; es decir, se trata de una obediencia a la ley, de una pura obligación, por la que la Voluntad de Dios dispone siempre desde una perspectiva externa y extrínseca³³.

Toda esta doctrina alcanza evidentemente la vida espiritual del cristiano, su relación con Dios, así como la concepción misma del pecado, donde éste es concebido como una realización u omisión ante algo que el hombre está olvidado bajo pena eterna³⁴. Frases como

²⁹ «Si aliquis sempre diligeret Deum et faceret omnia opera Deo accepta, posset eum Deus adnihilare sine aliqua iniuria, ita sibi post talia opera potest non dare vitam aeternam sed poenam aeternam sine iniuria. Et ratio est quia Deus nullius est debitor, sed quidquid nobis facit, ex mera gratia facit», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. VII, Quaestiones In Librum Quartum Sententiarum (Reportatio), Quaestiones Libri Quarti, Quaestio III-V, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1984, 55.

³⁰ SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 322-323.

³¹ Cf. G. DE LAGARDE, *Naissance de l'esprit laïque au déclin du Moyen Âge*, t.VI: *La morale et le droit*, Parigi 1946; «En consecuencia, el dominio de la moral va a estar circunscrito por el de las obligaciones morales. Se extenderá tanto como las obligaciones, pero se detendrá asimismo en sus límites: lo que escapa a la obligación o la sobrepasa, como la aspiración de la caridad hacia la perfección, no pertenece ya a la moral propiamente dicha», SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 323. De este modo la espiritualidad, los dones, las virtudes, y demás realidades, en cuanto no entran en el área de la obligación ya no tendrán apenas ninguna relación con la moral.

³² Cf. SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 439-440.

³³ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 169.

³⁴ Cf. «Quia peccatum, ut dictum est, non dicit aliud nisi actum aliquem commissionis vel omissionis ad quem homo obligatur, propter cuius commissionem vel omissionem obligatur ad poenam aeternam», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. VII, Quaestiones In Librum Quartum Sententiarum (Reportatio), Quaestiones Libri Quarti, Quaestio X-XI, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1984, 198.



«la obligación hace a alguien pecador o no pecador»³⁵ manifiestan dónde se encuentra el centro de gravedad de la moral en el ser humano según Ockham, así como aparece una nueva concepción de vida eterna, que queda a merced de una obligación meramente externa.

La teología moral de Guillermo de Ockham buscar ser la más pura, la más radical, la más intransigente moral de la obligación. Sólo la obligación -siempre según Ockham- permite a la acción humana acceder a la dignidad del orden moral. Ya no es el fin ni el objeto los que otorgan algún valor a nuestros actos, como decía el Aquinate. En la nueva moral existirá una sola virtud prioritaria: la obediencia³⁶.

El fundamento, ya lo hemos anunciado más arriba, radica en la Voluntad de Dios (siempre concebida al estilo de Ockham), pues «por el hecho mismo que la Voluntad de Dios lo quiera, la razón manda todo aquello

que debe ser querido»³⁷.

Las relaciones entre Dios y los hombres, como las relaciones entre los mismos hombres, no son sino relaciones de fuerza. No tiene ya ningún sentido buscar valores morales o discernir las leyes fundamentales del ser, sino solo conocer las leyes positivas impuestas por Dios en su absoluta libertad³⁸.

Ninguna necesidad de síntesis moral o de justificación racional de una ley mediante su armonía con las demás: cada obligación se impone independientemente de todas las demás. La virtud queda reducida a un cumplimiento del precepto porque Dios lo convierte en mero precepto, siendo Él su única causa final. Esta será, en este modo de concebir la moral, el papel del precepto de Dios con respecto a cada una de las virtudes existentes³⁹.

Ningún impulso vital, nada de dinamismo interno, ninguna tendencia del ser hacia el propio fin, sólo un cumplimiento material de cierto número de prescripciones jurídicas, fuera de las cuales el hombre queda abandonado a su libertad absoluta. Estamos en las manos del pleno y radical extrinsecismo, y para Ockham cumplir la ley exterior se convertirá en el culmen de la perfección⁴⁰.

El compendio de la moral se reduce por lo tanto a la obediencia a la Voluntad de Dios, pero de modo voluntarista. La norma de nuestro actuar la encontramos en un modo formal en la Voluntad de Dios⁴¹. Ockham conoce sólo una sola norma inmutable de la ética: la obligación de obedecer la Voluntad de Dios. «No habrá ya más que un punto fijo, un solo absoluto: la conformidad con la voluntad divina o la pura obligación; pero toda la

³⁵ «Obligatio igitur facit aliquem peccatorem vel non peccatorem», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. VII, Quaestiones In Librum Quartum Sententiarum (Reportatio), Quaestiones Libri Quarti, Quaestio X-XI, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1984, 198.

³⁶ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 186-187.

³⁷ «Sed ex ipso quod voluntas divina hoc vult, recta ratio dictat quod est volendum», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. VI, Quaestiones In Librum Tertium Sententiarum (Reportatio), Quaestio XII, CCC.

³⁸ LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 186-187.

³⁹ Cf. «Verbi gratia: abstinere ab actu fornicandi propter Deum, et quia Deus praecipit sic abstinere, ita quod Deus est hic causa finalis, vel praeceptum Dei, istius abstinenciae. Et sic est de omnibus aliis virtutibus acquisitis a bono christiano, quia semper Deus est principalis finis intentus», GIULLELMI DE OCKHAM, *Opera Theologica*, Vol. VII, Quaestiones In Librum Quartum Sententiarum (Reportatio), Quaestiones Libri Quarti, Quaestio III-V, Editiones Instituti Franciscani, Universitatis S. Bonaventurae, N.Y. 1984, 58.

⁴⁰ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 186-187.

⁴¹ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 218.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

cuestión será entonces determinar concretamente este imperativo: ninguna ley puede por ella misma decírnoslo de un modo seguro y definitivo»⁴².

La conformidad de la voluntad humana con la Voluntad divina se ha transformado en algo totalmente diferente a lo que hasta ese momento los Santos Padres, teólogos, escritores eclesiásticos y pensadores cristianos habían sostenido⁴³. Guillermo de Ockham introduce, o por lo menos inicia, una perspectiva teológica y moral muy diversa⁴⁴.

La influencia de Ockham sobre la evolución del mundo occidental ha sido inmensa, especialmente en el ámbito del pensamiento. Por más de un siglo y medio, es decir, hasta fines del siglo XVI, la doctrina de Ockham se convertirá en la atmósfera en la cual se fragua el pensamiento moderno⁴⁵.

Guillermo de Ockham influirá sobre todo en una serie de autores⁴⁶ que absorberán su doctrina de la ley. Así como Roberto Holkot (1349), O.P., Enrique TÓting de Oyta (+1397), Pedro d'Ailly (1350-1420), Juan Gersón (1363-1429), etc. A finales del siglo XV, Gabriel Biel (+1495) buscará construir una versión del ockhamismo en la cual la ley se ve sobre todo como "el legislador que con su voluntad obliga al súbdito". A continuación profundizaré en los autores más representativos⁴⁷.

Pedro d'Ailly (1350-1420)

v, con su nominalismo riguroso, introducirá como su maestro y amigo, a otro personaje de renombre: Gersón. Lo iniciará en la doctrina fisosófica de Guillermo de Ockham⁴⁸. Ya estamos lejos de Santo Tomás. Para Ockham, acabamos de verlo, el concepto de "bien moral" no consiste en la conformidad de los actos con la esencia de los seres y sus exigencias profundas, sino en el encuentro de un ser libre con un precepto, un mandato a él exterior. La moral se reduce por lo tanto a una relación con el precepto. Por lo tanto, la ley moral será tan sólo un conjunto de normas que ordenan y organizan la vida humana. En todo esto hay una fuerte visión jurídica de la moral⁴⁹. Sus afirmaciones son tan radicales como las de



⁴² SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 440.

⁴³ La ruptura realizada por Ockham es de gran calado, pues alcanza todo el pensamiento antiguo, los filósofos y los Santos Padres. Son precisamente los principios de base los que ahora Ockham separa del núcleo de la libertad y somete a la elección de los contrarios. Se trata de una verdadera ruptura la que se produce aquí, en lo más hondo del alma humana, en el nivel de los principios, en el origen de los actos. No hemos de asombrarnos, pues, de que esta auténtica revolución, en su más auténtico significado de la palabra, es decir un giro de todas las cosas desde otra perspectiva, llevada a cabo en las mismas fuentes del obrar entrañe una inversión de todas las nociones morales y de su disposición sistemática. Cf. SERVAIS PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana*, Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 427.

⁴⁴ Sin duda alguna, sería muy interesante adentrarse más en este autor, Guillermo de Ockham, en sus fundamentos, doctrina, elementos principales y consecuencias. Por desgracia el objetivo de este artículo no nos lo permite.

⁴⁵ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 227.

⁴⁶ Para encontrar una buena explicación sobre el movimiento ockhamista ver el libro de E. GILSON, *La filosofía en la Edad Media*, Gredos, Madrid 1989², 608-635.

⁴⁷ «El papel histórico del ockhamismo quedaría incomprendido si no se recordase su influencia en hombres como Pedro de Ailly (1350-1420) que fue después maestro en París y después obispo y cardenal, y en Juan Gersón (1363-1429) canciller de la universidad de París, hombre que domina el mundo de la Iglesia de Francia en su época; es una de las máximas figuras en el concilio de Constanza (1414-1418), en el que sostiene las tesis conciliaristas que habían de persistir durante siglos en la Iglesia galicana», F. CANALS VIDAL, *Historia de la filosofía medieval*, Herder, Barcelona 1976, 305.

⁴⁸ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 246.

⁴⁹ Cf. GUILLERMO FRAILE, *Historia de la Filosofía*, Vol. II (2.o), BAC, Madrid 1975, 591.



Guillermo de Ockham; para él todo, hasta las esencias de las cosas, depende de la libre Voluntad de Dios, que no está sujeta a ningún tipo de determinación⁵⁰.

Juan Gersón (1363-1429)⁵¹

Este autor, influido por la escuela nominalista parisina, aplica la doctrina ockhamista sobre la Voluntad de Dios y la ley al estudio y aplicación de la relación entre el derecho y la moral. En su libro *De vita spirituali animae*, compuesto en 1397, expone los principios, desarrollo y aplicaciones de lo que es la doctrina nominalista sobre el derecho y la moral⁵².

Aunque sea de modo breve, expondremos las ideas principales de este libro de Gersón.

En el fundamento de la temática encontramos la preocupación por descubrir la obligatoriedad de la ley humana y cuál sea su fuente. Algunos autores, como Alfonso de Castro, han ofrecido una visión no del todo exacta de Gersone en cuanto a su doctrina sobre la moral y el derecho. Según éste, Gersón sostenía que «sólo Dios puede dar leyes y preceptos cuya transgresión nos condena a la pena eterna»⁵³. Esto significaba quitar a cualquier autoridad humana el poder de promulgar leyes que impliquen una obligación en conciencia. En estudios recientes, parece que esta afirmación queda superada⁵⁴; en efecto, parece más bien que Gersón quería simplemente precisar los límites de la obligación moral.

La problemática doctrinal está circunscrita en una peculiar situación histórico-social-ecclesial muy precisa; básicamente se trata de las penas espirituales como la excomunión inflingidas por motivos materiales, por ejemplo la falta de pago a un tributo o impuesto.

Ante esta situación tan particular, Gersón buscará una base filosófica y teológica sobre la que poder precisar



del mejor modo posible los límites de la obligación ante estas situaciones que provocaban consecuencias pastorales muy delicadas: precisamente la base filosófica y teológica que encontrará en la doctrina social y moral de Guillermo de Ockham transmitida por su profesor y amigo Pedro d'Ailly.

Básicamente la doctrina social sobre la que se sostiene la ley humana de Ockham se fundamenta sobre una serie de principios: se parte del concepto fundamental de que el bien moral consiste en el encuentro de un ser libre con un precepto exterior a él. La ley moral es el conjunto de preceptos que regulan la vida humana. Aunque se funda en la arbitrariedad divina, la moral se expresa en una ley natural, que se traduce en un imperativo de la razón. Frente a la ley natural tenemos el derecho humano, cuyo terreno son los actos indiferentes, los cuales la ley natural no regula. El derecho humano no deriva necesariamente de la ley natural, por lo que es autónomo y puramente convencional. Se llega así a una disociación entre la ley natural y la ley humana. Esta será la base filosófica sobre la que Gersone buscará las soluciones ante los problemas morales de su época⁵⁵.

⁵⁰ Cf. L. SALEMBIER, *Le cardinal Pierre d' Ailly*, Mons-en-Baroeul 1932.

⁵¹ En este estudio me basaré en el capítulo dedicado a Gersone: "*Diritto e morale in Giovanni Gersone (+1429)*", en el libro de LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, c.11, 243-259.

⁵² Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 248 ss. Sería muy interesante desarrollar los puntos fundamentales de dicho libro, y las bases que ofrece para un futuro despliegue del derecho positivo en clave positivista.

⁵³ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 243.

⁵⁴ Ver por ejemplo LOUIS VEREECKE, *Conscience morale et loi humaine selon Gabriel Vázquez*, Parigi 1957.

⁵⁵ Cf. ETIENNE GILSON, *La filosofía en la Edad Media*, Gredos, Madrid 1989, 655-664; LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 247; A. COMBES, *Jean Gerson commentateur dionysien*, J. Vrin, París 1940. (En la conclusión se encuentra una buena introducción al pensamiento de Gersón).



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



Veamos ahora más de cerca la toma posición de Gersón sobre la cuestión de la ley divina, la ley humana y su obligatoriedad en su obra *De vita spirituali animae*, que fue fruto de su enseñanza.

El punto de partida es el atributo esencial del ser racional, la voluntad. Esta es también la esencia de Dios, pues Él es ante todo una voluntad; por lo tanto, la Voluntad de Dios es la fuente primaria de toda moralidad. Al fundar la moralidad de este modo, una cosa se convierte en buena porque es mandada por Dios y es mala porque es prohibida. Gersón rechaza el adagio escolástico: "Está prohibido porque es malo". Dado que la norma fundamental de la vida moral es la Voluntad de Dios, la primera regla que se impone al hombre es el respeto a la ley divina revelada, que Gersón asume como un dato de hecho. El acepta así que existe una revelación, y ofrece una definición de "ley divina revelada": «La ley divina revelada es un signo verdadero, revelado por Dios al hombre, manifestando el querer de la recta razón divina que quiere obligar a una criatura a hacer o a no hacer alguna cosa, con el fin de que pueda conseguir la vida eterna y de evitar la condenación»⁵⁶. No se trata de la ley divina en sí misma sino en cuanto la podemos conocer nosotros. La ley es por lo tanto un signo, una manifestación de la voluntad inmutable de Dios⁵⁷. Ella obliga sólo en cuanto manifiesta Su voluntad de obligar. Para Gersón la ley divina se revela en diversos modos: por medio de los ángeles, a través de los hombres, mediante

la transmisión de un depósito revelado y, finalmente, por medio de una iluminación directa de Dios. La finalidad de la revelación al hombre de la ley divina es hacerlo digno de alcanzar la vida eterna y de evitar su condenación.

Por otro lado, Gersón define la ley natural como un signo presente en cada hombre que no esté desprovisto de uso de razón, el cual notifica la voluntad divina por la que quiere que la criatura humana racional sea obligada a hacer o a no hacer alguna cosa en vista de alcanzar su fin natural.

Entre la ley divina positiva y la ley natural existen dos diferencias importantes: en primer lugar la ley natural es innata en el corazón del hombre y no es revelada, y en segundo lugar, está orientada al fin natural del hombre, que es la felicidad humana en la tierra.

Pero al fin de cuentas el derecho divino positivo absorberá realmente todo el derecho natural, y lo llevará a sus fines sobrenaturales.

También Gersón ofrecerá una definición de ley humana, y la concibe como un signo, inmediatamente constituido por la tradición o por la autoridad humana, que no puede ser necesariamente deducido de la ley divina o de la ley natural, y que obliga a hacer o evitar algo en vista de alcanzar un fin humano. La ley humana, en línea de principio, parecería que no tiene ningún enlace con la ley divina, y esto implicará que mientras ésta última contiene obligación moral, aquella no la contiene. La conclusión es clara: ninguna transgresión de la ley humana en cuanto humana es en realidad pecado mortal.

Gersón, llegado a este punto, hace una división de la ley teniendo en cuenta la obligatoriedad: mientras las leyes divinas obligan en conciencia, las humanas no.

Pero al fin de cuenta tiene que admitir que ambas se entrelazan. Así, por ejemplo, la Iglesia es una realidad mixta donde se encuentran y relacionan los dos tipos de leyes. Todo este aparato conceptual parece que a Gersón le va a servir para poder alcanzar su intención inicial que era procurar los límites de la obligatoriedad de las leyes. Para ello crea todo una serie de silogismos que le permite

⁵⁶ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 249.

⁵⁷ Cf. GIUSEPPE OCCHIPINTI, (a cura di) *Storia della teologia. Vol II. Da Pietro Abelardo a Roberto Bellarmino*, Dehoniane, Bologna 1996. Ver especialmente los capítulos escritos por Alessandro D. Conti sobre "Giovanni Duns Scoto" y "Guglielmo d'Ockham e il nominalismo".



ir definiendo el grado de obligatoriedad en la medida en que cada ley, sea la que sea, tenga una relación con la ley divina. De este modo distribuye las leyes en diversos grupos y realiza un complicado estudio de sus implicaciones y relaciones con la ley divina.

Establece finalmente, una tabla sobre la obligación moral de las leyes que podemos resumir en el siguiente modo:

- La ley divina obliga en conciencia.
- La ley natural, absorbida por la ley divina, obliga en conciencia.
- La ley puramente humana no obliga en conciencia.
- La ley humano-divina obliga en conciencia en la medida en que se refiere a la ley divina⁵⁸.

Dicha doctrina, en la que las leyes humanas no implican en conciencia una obligación, si bien se acepta en el plano teórico, en realidad en el plano práctico son raros los casos en que las leyes civiles o eclesiásticas no se enlacen de algún modo con la ley divina. Gersón no tiene la intención de innovar; quiere tan sólo exponer una doctrina en la que sin querer para nada comprometer la obediencia de los súbditos, quiere más bien garantizarla y precisar sus condiciones. Lo que él ha querido hacer es reforzar la obligación de la ley y aclarar el mecanismo. Sin embargo, a pesar de estas buenas intenciones, la base ockhamista que ha buscado no le ha permitido lograr una explicación y sistematización satisfactoria⁵⁹.

Conclusión

Hemos encontrado una verdadera ruptura. Se trata de una visión diversa, una perspectiva muy diferente a la herencia Bíblica, Patrística y medieval. Aparece aquí un pensamiento que, si bien ya estaba en germen en el nominalismo, ahora explota con todas sus consecuencias, gracias a toda una escuela que denominamos ochamismo, y cuyo padre fundador es Guillermo de Ockham.

Las bases dogmáticas han cambiado, y esto influye de manera evidente en la teología moral.

La expresión "Voluntad de Dios" desde la perspectiva de Okham es diversa. Si bien se utilizan los mismos términos, el significado que hay detrás es

totalmente diferente; de aquí la enorme confusión que creará toda esta situación. Se trata ahora de una Voluntad divina en la que el voluntarismo, el legalismo y la moral de obligación son los ejes principales.

El discernimiento y la conformidad cambiarán de significado. El primero estará ahora sólo regulado por la ley, por el mandato, y su perspectiva será el de la libertad de indiferencia, concepción propia del voluntarismo de Ockham. Y en cuanto a la conformidad con la Voluntad divina se refiere: no tiene entrada en este nuevo sistema y será relegada a la teología espiritual, así como sucederá con los grandes temas de la moral, a saber: las virtudes teologales, los dones del Espíritu Santo, los estados de Vida, el pecado, la santidad, etc.

A lo largo de los siglos mencionados en el título de este artículo, esta nueva visión teológica-filosófica ockhamiana caminará no muy lejos del pensamiento tomista, el cual buscará conservar la frescura de los grandes conceptos teológicos, fundados en la Biblia, profundizados por la Patrística y analizados y organizados por la escolástica; pero el conflicto ya está presente, y estas dos visiones del mundo, del hombre y de Dios estarán en continuo enfrentamiento.



⁵⁸ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 258.

⁵⁹ Cf. LOUIS VEREECKE, *Da Guglielmo D'Ockham a Sant' Alfonso Liguori*, Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1990, 259.



“Comentario teológico espiritual de la Misa. Paso a paso, según sus diversas partes”



P. Octavio Acevedo, L.C.

Licenciado en Teología, Filosofía y Psicología.

Presbiterorum ordinis 13, En el misterio del Sacrificio Eucarístico, en que los sacerdotes desempeñan su función principal, se realiza continuamente la obra de nuestra redención y, por tanto, se recomienda encarecidamente su celebración diaria, la cual, aun cuando no puedan estar presentes los fieles, es acción de Cristo y de la Iglesia.

Christus Dominus 30, En llevar a cabo la obra de la santificación procuren los párrocos que la celebración del sacrificio eucarístico sea el centro y la cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana, y procuren, además, que los fieles se nutran del alimento espiritual por la recepción frecuente de los sacramentos y por la participación consciente y activa en la liturgia.

Presbiterorum Ordinis 14, Esta caridad pastoral fluye, sobre todo, del Sacrificio Eucarístico, que se manifiesta por ello como centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que lo que se efectúa en el altar lo procure reproducir en sí el alma del sacerdote. Cosa que no puede conseguirse si los mismos sacerdotes no penetran más íntimamente cada vez, por la oración, en el misterio de Cristo.

Lumen Gentium 11, Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y a sí mismos juntamente con ella; y así, tanto por la oblación como por la sagrada comunión, todos toman parte activa en la acción litúrgica, no confusamente, sino cada uno según su condición.

Sacrosantum Concilium 7, Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que

invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno. Con razón, entonces, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdotes y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia.

De la lectura de estos textos podemos concluir que el sacrificio eucarístico es el centro de la vida cristiana y el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo en Cristo, y del culto que los hombres ofrecen al Padre. Además, que los sacerdotes han de celebrarlo devota y reverentemente, como corresponde a tan gran misterio, de modo que el testimonio de su fe lleve a todos a una mayor participación; y se han de preparar para ello en recogimiento y oración fervorosa, y al terminar dar gracias





a Dios por tan gran beneficio.

Podemos detenernos en estas palabras para profundizar en su contenido: "El sacrificio eucarístico es el centro de la vida cristiana". No es solamente el centro de mi corazón, sino el centro de toda la vida cristiana. De la Eucaristía dimana toda la fuerza para la vida de la Iglesia, toda la fuerza para crecer en santidad y para permanecer siempre santa, aunque también siempre necesitada de purificación (Cfr. *Lumen Gentium*, cap 1). Es de donde brota también la fuerza para sortear las tormentas o tempestades que ha de afrontar la iglesia, de donde brota la generosidad en las almas para continuar extendiendo el Reino de Cristo por el mundo entero, de donde brotan las vocaciones sacerdotales y religiosas, de donde brota la fortaleza para dar la vida incluso en el martirio por confesar la fe. En fin, es la Eucaristía el centro de la vida cristiana; por eso donde hay vida eucarística, hay vida cristiana sólida; donde se va perdiendo la vida eucarística, se va diluyendo también la vida cristiana. Eso está clarísimo y es una experiencia que todos nosotros como sacerdotes habremos podido constatar en las almas, en particular en comunidades o parroquias en general. "Sine dominico non possumus" (Cfr. Benedicto XVI, Homilía de Clausura del Congreso Eucarístico Nacional, Bari, Italia, 29 de mayo de 2005).

Es también el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo, lo más grande, lo máximo que podamos imaginar. En la eucaristía se concentra toda la fuerza y toda la eficacia de la redención; de ella brota el perdón de los pecados y toda la santidad que existe y puede existir en el mundo. Por lo mismo, como sacerdotes, cuando queremos llevar a cabo la acción salvadora en las almas, no tenemos que cifrarlo en la acción que vamos a

hacer o en las actividades que vamos a organizar. Antes que nada, está en la Eucaristía, pues, siendo el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo, la mayor acción apostólica y santificadora que yo quiera hacer estará siempre en el sagrario y ahí es donde voy a ser más apóstol, más eficaz. Ya el contacto y la experiencia de Cristo Eucaristía me empujarán a buscar a las almas; pero es de aquí de donde brota, ya que de verdad Ella es el culmen de la vida cristiana.

A veces nos preguntamos por el sentido de nuestro sacerdocio. Creemos que sólo lo vivimos bien si llevamos a cabo grandes proyectos. Visto a la luz de la fe, si Dios de alguna manera nos pidiera que sólo celebráramos la Misa, sería suficiente para sentirnos verdaderamente plenos como apóstoles y como sacerdotes, ya que la Eucaristía es el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo y del culto que los hombres ofrecen en Cristo al Padre. Con la Celebración de la Eucaristía ya tiene sentido mi sacerdocio y estoy alcanzando gracias innumerables para los demás, siendo un apóstol y haciendo un bien inmenso a la humanidad entera, pues el sacerdote "nace de la Eucaristía y vive para la Eucaristía" (Cfr. San Juan Pablo II, Encíclica "Ecclesia de Eucharistia", 17 d abril de 2003). Si además Dios me pide o me da la oportunidad de poner otras acciones, me dedicaré a ellas con pleno sentido de responsabilidad y celo apostólico, pero siempre sobre el fundamento de la Eucaristía. Nada es comparable con la acción eucarística, y es lo que más debe hacernos sentir plenamente realizados como sacerdotes porque es lo máximo. No hay cosa más importante ni más grande ni más bella, espiritualmente hablando, ni más consoladora que la Celebración de la Eucaristía y el contacto con Cristo en la Eucaristía. Tratemos de irlo valorando cada vez más, meditando esta realidad que nos abre inmensos horizontes espirituales para nuestra propia vida como cristianos/sacerdotes que tratamos de santificarnos y como apóstoles que tenemos la misión de ayudar a que otros se santifiquen. Sepámosla aprovechar todos los días.

Es también el culmen del culto que los hombres ofrecen al Padre en Cristo. Todo lo que la humanidad quiere y debe ofrecer a Dios: la alabanza, la glorificación, la acción de gracias que Él merece ha de unirlo al sacrificio eucarístico de Cristo para que sea eficaz y agradable en su presencia. Por lo tanto, todo nuestro amor a Dios, nuestra gratitud, nuestro arrepentimiento e impetración de perdón han de pasar a través de la Eucaristía. Es el acto de alabanza más grande que podemos ofrecer a Dios



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Nuestro Señor. El sacerdote como otro Cristo, actuando in Persona Christi (cfr. Sacrosanctum Concilium n 7) en la santa Misa, recoge las acciones y sufrimientos de todos los hombres y mujeres y de todas las criaturas, los une a los de Cristo y rinde así a Dios el culto máximo, el honor y la alabanza que le son debidos. Unidos a Cristo adoramos al Padre como Él se merece, damos gracias de manera plena, pedimos perdón con eficacia e impetramos su ayuda con total confianza. Meditar en esta realidad nos llevará a celebrar la Eucaristía con devoción auténtica, recordando lo que se nos recomendó el día de nuestra ordenación: "sancta sancte tractanda sunt" ("las cosas santas han de ser tratadas santamente": cfr. Ritual de la ordenación), y de verdad considerarla vivencialmente como el culmen del culto que los hombres ofrecen al Padre, o sea lo más grande que los hombres pueden ofrecer a Dios.

Cristo nos representa ante Dios y es Cristo quien representa (hace presente) a Dios ante nosotros. Es Cristo que nos ofrece todos los tesoros de la bondad y de la misericordia de Dios y es Cristo que ofrece al Padre todas nuestras buenas obras, nuestros esfuerzos, nuestras buenas intenciones, todo lo bueno que podemos hacer; es Cristo quien también presenta al Padre nuestros pecados para que sean perdonados precisamente en virtud de su sacrificio redentor. En Él lo tenemos todo y ojalá podamos verlo así todos los días.

La celebración de la Eucaristía

Los sacerdotes, partícipes de manera especial del sacerdocio de Cristo, han de procurar celebrar devota y reverentemente el Sacrificio de la Eucaristía,



como corresponde a tan gran misterio, de manera que el testimonio de su fe lleve a todos los presentes a una mayor participación. Es muy recomendable prepararse a la oblación del Sacrificio Eucarístico con oraciones fervorosas, y al terminar dar gracias a Dios por tan gran beneficio

Toda la celebración es una oración dirigida al Padre, por mediación de Jesucristo y en la unidad del Espíritu Santo. No es una lectura rápida que se puede hacer en cinco minutos; me dirijo a Dios, hablo con Dios y he de procurar, por tanto, dar sentido a lo que digo. A todos nos asalta el peligro de la rutina y más cuando es una acción que llevamos a cabo todos los días, más aun, varias veces al día y con cierta prisa para poder llegar más o menos a tiempo a cada parte. A propósito de ella un autor moderno ha escrito: "Hay algo peor que tener un alma de mala condición: es tener un alma rutinaria. Se han visto los efectos increíbles de la gracia en un alma de mala índole e incluso en un alma perversa; ha visto uno salvarse lo que parecía perdido. Pero uno no ha visto mojarse lo que estaba barnizado, ni calarse lo que estaba impermeabilizado, ni modificarse lo que estaba bajo el signo de la rutina" (Charles Péguy).

Cristo al encarnarse nos ha acercado la divinidad, pero no hemos de perder por ello el sentido de lo sagrado y de caer en la cuenta de que vamos a entrar en contacto con la Divinidad. Todas las religiones revisten el culto a Dios de una especial solemnidad. Aunar la confianza filial con el estremecimiento que experimentaban los profetas "¡Ay de mí, estoy perdido pues soy un hombre de labios impuros y habito en medio de un pueblo de labios impuros!" (Is. 6.5)

Actúo in persona Christi. He de intentar identificarme con los sentimientos de Cristo y orar, dirigirme al Padre con el amor y reverencia con que Él lo hacía.

Lo hago, además, en nombre de toda la Iglesia que se dirige a Dios a quien debe todo honor y toda gloria

Finalmente, lo hago en nombre de toda la humanidad: creyentes, no creyentes, ateos...

Celebrar la acción sagrada consciente, fervorosa y activamente, o sea, con fe, con unción, con respeto, con actuación. Estamos realizando el culmen de la acción



por la que Dios santifica al mundo y del culto que los hombres ofrecen al Padre. Es lo máximo; no hay acción o acontecimiento más importante en el mundo que esa Misa que estoy celebrando, representando a Dios ante los hombres y a los hombres ante Dios. He de pedir la gracia de tomar plena conciencia de ello en todo momento: participar, celebrar, consciente, fervorosamente, con todo el afecto, con todo el amor, con toda la ilusión, lleno de fe, de esperanza y de caridad, haciéndolo verdaderamente en un clima de oración, donde toda mi compostura externa responda a esa actitud interior de fe, con el máximo respeto, con la máxima veneración, porque es una acción sagrada y tiene que llevarse a cabo en ese clima sacro. De tal manera que quien me vea celebrar la misa (no es que sea la intención o motivo que me mueva, pero es el efecto) se sienta atraído por la presencia de Cristo Eucaristía y se sienta también atraído a tratarlo con respeto y veneración y a comportarse con esas actitudes en su presencia. Celebrar con tal fervor, con tal fe, con tal reverencia, que los demás no puedan hacer otra cosa ni puedan comportarse de otra manera. Me mueve a hacerlo con este fervor la fe y el amor que tengo a Cristo, mi Dios y Salvador. Para que no se convierta en un mero rito tiene que ir avalada por mi vida, viviendo todo mi día con la máxima fidelidad que pueda, conservando mi amistad con Dios, tratando de identificarme con los mismos sentimientos de Cristo que tomó la forma de siervo y se humilló hasta la muerte y muerte de cruz; Así será el ofrecimiento de mi propia vida unido al que Cristo hace de sí mismo.

Fines de la misa

Los fines de la Eucaristía son cuatro: latréutico, eucarístico, propiciatorio e impetratorio.

Latréutico. El sacerdote representa a la Iglesia entera en el momento de ofrecer el máximo culto posible a Dios. ¿Quién soy para rendir este culto agradable? Dios merece alabanza infinita de toda la humanidad y yo lo hago en nombre de toda la humanidad al unirme a la alabanza de Jesucristo nuestro Señor. ¿Cómo puedo lograr esta misión de alabanza infinita (la única digna de Dios) que se me confía, siendo yo limitado, imperfecto y pecador? La uno al homenaje de adoración que Cristo ofreció al Padre en el Calvario y esa pequeñísima gota participa de la infinitud del océano de Cristo y el Padre se complace en ella.

Eucarístico. Soy delegado por la Iglesia para



agradecer a Dios todas las gracias, los favores y beneficios que derrama a diario, más aún, en el pasado, en el presente y en el futuro, sobre la Iglesia, sobre la humanidad entera. Yo que soy radical y ontológicamente incapaz de hacerlo, puedo lograrlo adecuadamente uniendo mi acción de gracias a la de Jesucristo que posee valor infinito y en Él nada queda sin agradecer. El Padre se complace en Cristo (cfr. Mt. 17,5) y, por así decir, se siente motivado a continuar derramando sus beneficios.

Propiciatorio. Son millones y millones de pecados los que diariamente cometemos en el mundo y laceran el corazón de Dios: incredulidad, avaricia, soberbia, lujuria, ira, injusticia, asesinatos, abortos, infidelidades, engaños, fraudes, mentiras... No soy capaz de contar el número de mis propios pecados, los de mi parroquia o comunidad, de mi ciudad, estado, país, del mundo entero. Puedo sentir el peso y la abrumadora cantidad de las ofensas mientras escucho el llamado de la Iglesia para ofrecer un sacrificio capaz de obtener el perdón de todos ellos. ¿Cómo puedo ofrecer una digna satisfacción, cuando yo mismo pecco y ofendo a Dios? Uniéndome al sacrificio expiatorio de Jesucristo que ha obtenido el perdón de todos los pecados de hoy, de ayer y de mañana, de manera que todo el que lo desee pueda beneficiarse de este perdón y alcanzar la salvación eterna. ¿Qué mayor apostolado puedo hacer?

Impetratorio. Todos los habitantes de esta tierra somos pobres e indigentes; dependemos totalmente de Dios. Somos mendigos de amor, de gracia y de verdad, indigentes de todo lo espiritual, afectivo y material. Uno necesita amor; otro compañía, consuelo, acogida y comprensión; otro más se siente débil ante la tentación o está a punto de doblegarse ante el peso de las



DIMENSIÓN INTELECTUAL

dificultades y sufrimientos que lo apremian y requiere del don de fortaleza. Hay quien no tiene trabajo y se siente urgido por llevar el pan a la mesa del hogar. Enfermos, encarcelados, migrantes, perseguidos... Son casi infinitas las necesidades de mis hermanos y la Iglesia me encomienda obtener de Dios la satisfacción de todas las necesidades. Por mí mismo no tengo capacidad ni méritos para lograrlo, pero uno mi petición a la de Jesús, a quien el Padre siempre escucha (cfr. Jn 11, 42) y le concede cuanto pide como nuestro mediador e intercesor.

La oración personal y comunitaria será siempre necesaria e indispensable en la vida cristiana, pero ninguna en particular ni todas en conjunto podrán compararse con la santa Misa, que es la oración y el sacrificio de Cristo ofrecido para glorificar al Padre y obtenernos la salvación.

En el supuesto de que pueden ser útiles exponemos ahora algunas orientaciones o comentarios breves sobre las diversas partes de la celebración eucarística.

Hemos comentado algo sobre este Sacramento de la Eucaristía. Ahora repasemos brevemente lo que es la Celebración de la Misa teniendo en cuenta lo que decíamos en la primera parte de que es el culmen del culto que los hombres ofrecen a Dios y el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo en Cristo.

Valorar una vez más la grandeza de este sacrificio para celebrarlo digna, devota y reverentemente. Ojalá nunca nos acostumbremos a celebrar la Santa Misa ni lleguemos a adoptar la postura de "despacharla", sino que sigamos más bien el consejo que el Papa Pablo VI ofrecía a un grupo de neo-sacerdotes: "¡Que cada Misa sea

como la primera Misa!" (Audiencia del 2.01.74). Podemos recordar cada uno de nosotros con qué unción y devoción, ciertamente en medio del nerviosismo, nos esforzamos por celebrar aquella primera Misa, el lugar donde la celebramos y qué sentíamos, qué experimentábamos en nuestro corazón. Después de los años transcurridos y del buen número de Misas celebradas podríamos preguntarnos: ¿Cómo la celebro hoy? ¿Con más fervor que la primera o he caído en la rutina y precipitación? Cada celebración de la Misa tendría que ser un penetrar más intensamente en el misterio, valorar el inmenso don de Dios, y acercarnos al altar -como nos dice San Pablo- con temor y temblor (cfr. Fil. 2, 12).

Ya desde que estoy en la sacristía he de tratar de hacer un espacio de silencio y caer en la cuenta de que soy el representante de Dios ante los hombres y de que soy el representante de la Iglesia, de toda la humanidad, y por lo tanto voy a orar en nombre de toda la humanidad y voy a ofrecer a Dios la alabanza de toda la humanidad, la acción de gracias de toda la humanidad. Voy a pedir e interceder por toda la humanidad y voy a pedir perdón por todos los pecados de toda la humanidad. He de sentirme posesionado de este encargo, de esta misión que por designio de Dios se me ha confiado. Ya no es mi oración personal, sino la de la Iglesia; no me puedo permitir celebrar la Misa como yo quiera sino como quiere la Iglesia, dirigirme a Dios con la reverencia, la fe y el fervor con que quiere la Iglesia; a través de la celebración he de manifestar (hacer visibles) los sentimientos, las actitudes, los más grandes ideales de la Iglesia, pues Ella me delega para ello. Parafraseando a San Pablo, podemos decir: "Ya no soy yo el que ora, es la Iglesia entera la que ora a través de mí; es la Iglesia entera que adora a Dios a través de mí". Posesionarme de esta realidad para hacerlo con todo fervor y con toda reverencia, sin ninguna prisa, dando sentido a cada una de las partes de la Misa.

Iniciamos con el saludo y el acto penitencial. Voy a entrar en contacto con la Divinidad, a rendir el culto debido a Dios, la persona o el ser más grande, sagrado, santo, sublime; el ambiente en el que me voy a mover es un ambiente de santidad. Busco por ello purificarme interiormente aún de las más pequeñas imperfecciones, no digamos ya de los pecados de los que pudiera ser consciente. Aprovechar ese momento con esa conciencia y con un intenso deseo de purificación interior; no hacerlo con rutina.

"Yo confieso ante Dios Todopoderoso y





ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión". "Por MI culpa": no porque los demás son así o porque las circunstancias se dieron. ¡No! "¡Por MI culpa!". Tomo conciencia de mi condición de pecador, necesitado de purificación, y por eso "ruego a Santa María siempre Virgen, a los Ángeles, a los Santos y a ustedes hermanos que intercedan por mí ante Dios Nuestro Señor". "Dios Todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna." Antes de la Comunión pediré nuevamente a Cristo que borre mi pecado para poderme acercar a la Comunión: "Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra y mi alma quedará sana". Para participar en tan gran misterio siempre resultará insuficiente la purificación que pueda obtener; por eso la Iglesia, a través de la liturgia, me invita a purificarme mediante este acto penitencial. Aprovecharlo bien.

Después se dice el Gloria. Como ya apuntábamos, los cuatro fines de la Misa son el de alabanza y de adoración, el de acción de gracias, el impetratorio para pedir gracias, y el propiciatorio para pedir perdón, los cuales se van actuando de una o de otra manera. "Gloria a Dios en el Cielo [estoy alabando, adorando a Dios Nuestro Señor] y en la Tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial". Se van actuando así los diversos fines de la Misa en este himno. Al rezarlo, he de buscar suscitar en mí sentimientos de adoración, de acción de gracias, de súplica, de perdón y de petición de gracias. Actuar estos cuatro fines a lo largo de toda la celebración de la Misa.

Después de este himno de gloria viene la oración con el silencio que la precede para actuarme y para presentar a Dios tanto mis propias peticiones como las de la comunidad. Dirigir al Padre esta oración con verdadero sentido, no recitarla nada más, sino orar. Podemos tomar aquí cualquier oración, p. ej.: "Señor, que tu amor incansable cuide y proteja siempre a estos hijos tuyos que han puesto en tu gracia toda su esperanza". Pedir a Dios Nuestro Señor que su amor incansable, que su amor inagotable cuide y proteja siempre a estos hijos suyos. Otro ejemplo: "Señor nuestro, que prometiste venir y hacer tu morada en los corazones rectos y sinceros, concédenos la rectitud y sinceridad de vida que nos hagan dignos de esa presencia tuya". No simplemente recito, sino que pido. Por eso me actúo antes de la oración para darle sentido; y realmente orar y pedir esto para toda la Iglesia.

La palabra de Dios es viva y eficaz (cfr Heb. 4, 11); tiene un mensaje para mí el día de hoy que va a responder a mis necesidades actuales. Escuchar y desde el inicio preguntarme qué quiere decirme Dios. Trato de actuarme para captar el mensaje de Dios y aprovecho esos momentos de silencio después de la proclamación del Evangelio para descubrir el llamado que me hace para que, en el día de hoy, de una manera particular, viva esta virtud o este aspecto del Evangelio. Preguntarme cuál es el contenido de estos textos de la Escritura, qué me dice hoy Dios a mí, para que su palabra se convierta en el alimento espiritual de mi alma, recordando, como nos dice la Imitación de Cristo, que me estoy acercando a la mesa de su Palabra y a la mesa de la Eucaristía (Cfr Kempis La imitación de Cristo Lib IV cap. 11) Él me ofrece ahora el alimento de su palabra y después me ofrecerá el alimento de la Eucaristía. Alimentar mi mente, mi corazón, mi voluntad con la palabra de Dios para informar con ella mis criterios, y para tratar de vivirlos con fidelidad. Escuchar con esa actitud interior de apertura de alma, de acogida, de recepción la Palabra de Dios.

El ofertorio ha de ser un momento de especial intensidad en mi acción vicaria, como representante de toda la Iglesia, de intensa comunión eclesial y de solidaridad con toda la humanidad. Estoy representando a todos los hombres ante Dios.

Como sacerdote, en este momento recojo sobre la patena todas las buenas obras de todos los hombres para ofrecerlas al Padre juntamente con las de Jesucristo, Nuestro Señor. ¡Cuántas buenas obras habrán hecho los hombres en un solo día: sacerdotes,



DIMENSIÓN INTELECTUAL

religiosos, consagrados comprometidos que tratan de vivir con coherencia su vida consagrada; seculares que se esfuerzan por vivir su consagración bautismal, sus deberes de estado, con fidelidad, movidos por la fe, la esperanza y la caridad. ¡Tantos actos de virtud de tantas personas, tantas oraciones que ofrecen a Dios, buenos ejemplos; la dedicación cristiana de tantos padres que tratan de vivir su vida de cara a Dios y de dar ejemplo a sus hijos, etc., etc., tantas obras buenas! Tomar conciencia: en este momento estoy ofreciendo a Dios todas estas buenas obras de toda la humanidad, lo que se ha ido recogiendo en este día para ponerlo en la presencia de Dios juntamente con el sacrificio de Cristo, que se ofrece mientras voy recitando: "Bendito seas Señor Dios del universo por este pan..."

Al elevar el cáliz deposito en él todos los sufrimientos de la humanidad. ¡Cuánto dolor físico (enfermedades de todo tipo, hambre, consecuencias de las guerras, violencia, asesinatos de no nacidos, de ancianos, de hombres y mujeres de todas las edades), cuánto dolor moral! (soledad, abandono, indiferencia, rechazo, discriminación, no sentirse amado, traición, persecución, falta de amor, injusticia, calumnia, engaño, incompreensión, fraudes...) Y para que esos sufrimientos físicos y morales no queden sin fruto y se pierdan, yo los ofrezco al Padre en este cáliz, juntamente con la sangre de Cristo derramada por nosotros para que sean también instrumento de redención.

Ofrezco también todo lo bueno que yo haya hecho o que me haya esforzado por hacer, todos los buenos deseos y sentimientos, todo lo bueno que haya en mí por la gracia de Dios Nuestro Señor, todo el esfuerzo que me haya costado el ser fiel a Dios, a la misión que me ha sido encomendada, a mi vocación; el ser fiel en mi entrega al ministerio apostólico dedicándome con intensidad al aprovechamiento ordenado, organizado del tiempo para hacerlo rendir al máximo, todas las pequeñas cosas que me cuestan y que me exigen sacrificio... darles ese sentido de inmolación. Me inmolé juntamente con Cristo, y no me quedo por lo tanto en una disciplina meramente externa, aceptando esta inmolación o, tal vez, en el peor de los casos, 'aguantándola'. Es el medio para poder expresar mi inmolación juntamente con Cristo, y le ofrezco ese sacrificio y todos los demás sacrificios voluntarios que haya ido haciendo y que ahora recojo para que no solamente represente a Cristo Sacerdote sino represente también a Cristo Víctima, que se inmola juntamente con Él por la gloria del Padre y la salvación de las almas. Es así el sacrificio de Cristo, de toda la Iglesia, de la humanidad

entera y el mío propio. Tomar conciencia y vivir con esa intensidad el momento del ofertorio.

Oración sobre las ofrendas. Tratar de rezarla con verdadero sentido de oración. Que el mismo tono de voz, la pausa con que lo haga, el ritmo que le dé a la oración, manifieste que estoy orando, no que estoy leyendo. El Prefacio es un himno de alabanza y de acción de gracias: "En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno". Actuar para elevar a Dios Nuestro Señor ese himno, y que nos sintamos todos unidos a los ángeles y a los santos y proclamemos de verdad y sin cesar: "Santo, santo, santo es el Señor Dios del Universo". Contemplarlo en su inmensa majestad: "Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el Cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el Cielo". Momento solemne en el que me uno a los ángeles y santos para glorificar a Dios; no es el momento para pasar las hojas del misal y recitar sin sentido el "Sanctus".

Acabamos de proclamar la santidad de Dios, en unión con los ángeles y santos, y empezamos la Plegaria Eucarística con esta misma confesión: "Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad". Él es la fuente de la santidad para mí, y es la fuente de la santidad para todas las almas que me han sido encomendadas. De Él, como fuente de agua viva, es de donde mana y de donde yo tengo que beber para mí y también de donde tengo que sacar las aguas de la santidad para distribuirlas a las almas que me han sido encomendadas. "Por eso te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo Nuestro





Señor". Nos vamos introduciendo en el misterio de la transustanciación; lo que contemplamos como algo material, pan y vino, va a ser el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo Nuestro Señor.

Me preparo para vivir con plena conciencia este misterio: "El cual, cuando iba a ser entregado a su pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, y dándote gracias lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: 'Tomen y coman todos de él, porque ESTO ES MI CUERPO QUE SERA ENTREGADO POR USTEDES'". Recrear en mi mente y vivir con intensidad ese momento de la Última Cena, cuando Cristo, adelantándose a su pasión y muerte, la realiza de esta manera mística con la que nosotros continuaremos renovándola a través de este Sacramento. Como la Santísima Virgen en Belén, estoy recibiendo en mis manos sacerdotales al mismo Dios; en nombre de toda la humanidad (creyentes e incrédulos o ateos; de los que lo acogen y de los que lo rechazan o persiguen; de los santos y de los pecadores...) darle la bienvenida y acogerlo con amor agradecido y fe, doblando nuestra rodilla en señal de adoración.

Compenetrarme con los sentimientos de Cristo en ese momento de la institución de la Eucaristía y del sacerdocio. ¡Con qué conciencia se ofrecería al Padre para su gloria por nuestra salvación y la de todos los hombres! Clima de sinceridad, en un ambiente de oración con generosidad y voluntad de donación de sí mismo. No ha de ser un acto ritual vacío o meramente formal, sino una vivencia intensa. Por eso la Misa tiene que ser para mí también lo más grande y lo más importante, porque la vivo con esta intensidad y salgo así muy renovado, muy consolado, muy fortalecido y con una actitud de donación, de generosidad a Dios porque he tratado de compenetrarme con estos sentimientos de Jesucristo Nuestro Señor.

Así también la consagración del vino: "Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y dándote gracias de nuevo lo pasó a sus discípulos diciendo: 'Tomen y beban todos de él, porque ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE, SANGRE DE LA ALIANZA NUEVA Y ETERNA QUE SERA DERRAMADA POR UDS Y POR MUCHOS PARA EL PERDON DE LOS PECADOS'". Valorar el sacrificio de Cristo hasta este extremo de su muerte: su sangre derramada por nosotros y para el perdón de los pecados. Suscitar sentimientos de gratitud y también de confianza ante mis faltas, mis deficiencias, mis pecados. Cristo está dando su vida por mí hoy. Está derramando



su sangre por mí hoy, para perdonarme y para llenarme de su amor, es decir, de santidad. No puedo desconfiar de la misericordia Dios si Cristo está hoy inmolándose y muriendo por mí para perdonarme los pecados.

"Hagan esto en conmemoración mía". Con sincera gratitud, en este momento de la institución del sacramento del orden recordarme y experimentarme como sacerdote. Cristo me está dando el mandato, la misión de renovar su sacrificio, de realizar místicamente su sacrificio.

La aclamación: "Este es el Sacramento de nuestra fe" es un acto de fe en este misterio que Dios acaba de realizar a través de nuestras palabras y de nuestra acción sacerdotal. Por lo tanto, aunque ya hemos adorado a Cristo bajo la forma de pan y de vino, y lo hemos presentado así a la Iglesia y al mundo entero para hacer todos juntos un acto de fe y de adoración, ahora también hacemos todos juntos esta confesión de fe: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección, ¡ven, Señor Jesús!".

Continuamos la Plegaria Eucarística pidiendo por las necesidades de toda la Iglesia, la Iglesia militante y la Iglesia purgante y unidos a la Iglesia triunfante, y pedimos por la Iglesia, por el Papa, por los Obispos... Intentar ser conscientes de estar intercediendo y orando por las almas del purgatorio, por los cristianos que se debaten en estas luchas para ser fieles a Dios, Nuestro Señor; y agradeciendo a Dios el premio que ya ha otorgado a los que han pasado a la vida eterna

Pedimos nuevamente misericordia a Dios, Nuestro Señor, para todos: "Ten misericordia de todos nosotros, y así con María, la Virgen Madre de Dios, los apóstoles y cuantos vivieron en tu amistad a través de los



DIMENSIÓN INTELECTUAL

tiempos merezcamos, por tu Hijo Jesucristo, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas". Terminamos con esta perspectiva de la vida eterna para no perder de vista la meta hacia dónde vamos y hacia dónde hemos de ayudar a ir a todas las almas que nos han sido confiadas, y lo pedimos por la intercesión de la Santísima Virgen, Madre de Dios, los Apóstoles y todos los Santos y "cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos".

Preparación para la comunión: el Padre Nuestro, en el que todos nos confesamos como hermanos, hijos de un mismo Padre; por lo tanto, disponernos con la virtud de la caridad para la recepción de la Eucaristía. Nos dice Jesucristo que "si vas a presentar tu ofrenda y ahí te das cuenta de que tienes algo contra tu hermano, deja tu ofrenda en el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano" (Mt. 5, 23-24) Vamos a recibir a Cristo Nuestro Señor. La preparación más adecuada es la vivencia de la caridad, y la expresamos, además de proclamar nuestra conciencia de la filiación divina, confesando a Dios como Padre y pidiéndole perdón por nuestros pecados. Nos sentimos así hermanos de todos, y si le estamos pidiendo a Dios que "perdone nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden" tenemos que hacer ese acto también de perdón para que Dios nos perdone, porque le estamos pidiendo que nos perdone en esa misma medida en que nosotros perdonamos a los demás. Si queremos que Dios nos perdone en plenitud, hemos de perdonar en plenitud, y por lo tanto no guardar ningún resentimiento, ningún rencor en nuestro corazón contra nadie (Obispo, hermanos sacerdotes, fieles, familiares, etc.), y si algo negativo llevamos en el corazón, en ese momento hacer el propósito de reconciliarnos. Si estoy disgustado con alguien, si me he retirado de alguien, si me

cuesta el dirigirle la palabra a alguien, en este momento tengo que decir: "¡se acabó!". Porque ¿cómo voy yo a recibir a Cristo Nuestro Señor, y cómo voy a decirle que me perdone, si yo no soy capaz de perdonar? Y puedo recordar esa parábola del siervo malo: "Yo te perdono porque así me lo pediste. ¿No era por lo tanto también correcto y justo que tú perdonaras a tu hermano?".

Ir tomando conciencia y tratar de valorar ese grandísimo don de Dios Nuestro Señor que es el hecho de que Cristo nos visite, que llegue a nuestro corazón y que podamos experimentar de una manera tan cercana su presencia, su ayuda, su bondad, su amor, su misericordia. Todo lo que nosotros podamos necesitar Cristo Nuestro Señor nos lo ofrece en este momento de la Comunión, y por ello después de la Consagración, y sobre todo ya a partir del Padre Nuestro, todo tiene que ser una preparación para la Comunión, es decir centrar nuestra atención en Cristo, a quien vamos a recibir.

Con la fe, unción y sinceridad con la que San Juan Bautista presentó a Cristo, hemos de decir, ante la presentación del Cuerpo de Cristo por parte del sacerdote: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la Cena del Señor", "Señor no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme". De esa manera estoy pidiendo a Cristo que purifique mi alma cuanto sea necesario para poderlo recibir. Podemos decir: para recibirle de la manera menos indigna que pueda o de la manera más digna posible. Obviamente nunca seremos dignos de recibir ese don de Dios Nuestro Señor, pero sí podemos hacer que nuestra alma esté lo más limpia posible, purificada de todo orgullo, purificada de toda soberbia, de toda vanidad, purificada de toda ambición personal, purificada de todo naturalismo, purificada de todo rencor, purificada de todo resentimiento, purificada de nuestro individualismo, del apego a nuestro propio juicio, a nuestra manera de ver las cosas. Que nos purifique de todo aquello que no está de acuerdo con su voluntad y de cualquier fallo, cualquier mancha, de la que seamos conscientes; todo ponerlo de una manera especial en ese momento en la presencia de Dios con un sentido de arrepentimiento y con una voluntad de purificación. Si Santa Isabel se sintió anonadada ante la visita de la Santísima Virgen, y exclamó: "¿quién soy yo para que la Madre de mi Señor venga a verme?", (Lc. 1, 43) con mayor razón hemos de experimentarlo nosotros ante la visita del Señor en persona.





DIMENSIÓN INTELECTUAL

“Di una sola palabra y mi alma quedará sana”. Que quede sana, limpia, en condiciones de recibir a Jesucristo. Que sea un momento en el que pueda pregonar la vida eterna, donde poseeré a Dios sin los velos de la materia, y que el tiempo transcurra casi sin darme cuenta, porque es como un instante nada más de gozo, de felicidad, de gratitud, de amor. Experimentar con toda su profundidad y fuerza el amor que Dios me manifiesta al venir hasta mí. Suscitar afectos de inmensa gratitud y estar ahí con Él, casi sin decirle nada, pero gustando intensamente su presencia, y si hay que hablar, hablar del amor que Él me tiene y del amor que yo le tengo, de la donación de sí mismo que Él me hace y de mi propia donación a Él.

En fin, en una palabra: que yo me interese por sus cosas como Él se interesa por las mías; que pueda experimentar el ofrecimiento de su ayuda y de su presencia, para que yo también le manifieste mi disposición y mi voluntad de colaborar con Él en esta tarea que me ha encomendado; que vea todas las cosas, todos los sufrimientos que pueda haber tenido durante el día como un precio que vale la pena pagar con tal de tenerlo a Él en el propio corazón, con tal de experimentar de esta forma su cercanía y su presencia; aunque sean breves, que sean momentos intensos en el que mi atención se centre exclusivamente en Él y que los viva con intensidad. Gozar de ese momento, y que sea el momento de renovar mi entrega a Él en el sacerdocio ministerial. Que esta experiencia de la Comunión nos impulse a lanzarnos a vivir el día con toda esta fuerza de su presencia, y que, por lo tanto, trate de conservar su presencia a lo largo de todo el día, renovándola especialmente por medio del rezo de la Liturgia de las Horas.





“Las formas fundamentales del ser persona humana’ ante la ideología del género, según el Papa Benedicto XVI”



P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Doctor en Filosofía,
Lic. en Teología Dogmática

Continuando con nuestro comentario a los discursos en los que el Papa Emérito habló explícitamente de la así llamada “ideología de género”, en el presente nos ceñiremos al discurso que dirigía a la Curia Romana en ocasión de la presentación de los saludos navideños el 21 de diciembre del año 2010.

Después de recordar con gozo al Encuentro Mundial de las familias en Milán, el cual -decía el Papa-, por un lado, había mostrado que “a pesar de todas las impresiones contrarias la familia está fuerte y viva también en nuestros días”, sin embargo, por otro lado, también señalaba con gran preocupación el hecho de cómo “la crisis actual la amenaza en su misma base”, es decir en su mismo fundamento. Después se refería al Sínodo sobre la nueva evangelización, del cual le había impresionado el hecho de éste indicase en repetidas ocasiones “la importancia de la familia para la transmisión de la fe como lugar auténtico en el que se transmiten las formas fundamentales del ser persona humana”.

Nos parece que esta anotación que indica la relación entre familia, la fe y las “formas fundamentales del ser persona humana” es muy importante; es más, es esencial. Si hoy vemos con preocupación el extenderse de las ideologías que van en dirección contraria a la naturaleza del hombre -y entre éstas las más insensata y perversa, la que contradice totalmente la realidad del ser humano precisamente en su esencia, es, sin duda, la ideología de género-, esto se debe a que el hombre se ha extraviado con respecto a considerar la familia como ‘lugar natural’, original y originario, principal en el sentido



literal de ‘principio, no sólo para la transmisión de la fe, sino del aprendizaje de susodichas “formas fundamentales del ser persona humana”, y que son: hombre y mujer -las dos únicas formas originales de ser humano-, matrimonio -la única relación complementaria y completa de la relación humana llamada a la unidad total y totalizante, exclusiva y permanente, y abierta a la vida, es decir a la inclinación -también natural ésta- a la conservación y propagación de la especie. Lo incomprensible es que la evidencia de cuanto se viene diciendo sea negada, a no ser por una especial ceguera del hombre, aunque ésta, como bien sabemos, es ‘dirigida’ y manipulada a placer por los poderes anti-humanos de este mundo, aunque no sin influjo muy presente y directo del demonio.

Se trata, pues, de un círculo vicioso: si la familia



se diluye, si se le ataca o incluso si se la destruye -como hoy se pretende-, entonces se abre la puerta a la pérdida del conocimiento y aceptación de lo que se es como ser humano. Esto es lo que llamó Benedicto XVI “el pecado contra Dios creador”¹: es decir, ir en contra de la Voluntad expresa del Creador al crear al hombre, al ser humano, varón y mujer, como únicas “formas fundamentales” de su mismo ser. Es aquí, en este nivel primario, primigenio, esencial, fundamental, donde se incrusta este último ataque diabólico contra el hombre mismo. No basta, pues, la malicia del hombre, para colocar en su justa dimensión a esta locura ideológica llamada “gender”. Para una perversidad tal es necesaria una capacidad y fuerza de mentira que sólo compete al que es “mentiroso y padre de la mentira” (Jn. 8, 44). Sin familia, no hay aprendizaje posible de esas “formas fundamentales” de ser del ser humano; como decimos: se abre la puerta a cualquier tipo de mentira sobre aquél. Y la mentira última y más perversa -digámoslo una vez más- es la ideología de género.

Pero hay algo más que subrayar en cuanto afirma

Benedicto XVI, y es lo siguiente: la tríade se completa con la fe: familia, “formas fundamentales del ser humano” y fe. Y aquí se refiere a la fe en la Revelación, la *re-velación* (de-velar, hacer visible lo que antes era velado, cubierto, no claro, no evidente), por parte del mismo Dios respecto a lo que es el hombre, según se narra en la primera página del primer libro de la Biblia, el Génesis -que significa el inicio, el comienzo, el origen; es decir: lo esencial, lo principal, lo primigenio, lo ‘básico’, por así decirlo.

En ese mismo orden de ideas, en efecto, aunque basta la revelación natural, es decir el ‘lenguaje’ de la naturaleza humana, para entender, comprender -o mejor: simplemente ver- lo que es el hombre en su *esencia* -valga aquí la redundancia-, no es menos verdad el hecho de que El Señor revela la verdad natural del hombre al hombre para ayudarlo a ver lo *evidente* con certeza y sin margen de error, en el cual incurrimos por nuestra debilidad debida al pecado original. Dicha fragilidad y limitación toca no sólo nuestra dimensión material -es decir corpórea, a la cual sobre todo compete la sensualidad, dado que ésta reside en los sentidos alterados por las pasiones a su vez en desorden (o sea fuera del orden natural debido, fuera de quicio)-, sino también a nuestras facultades superiores, es decir la inteligencia y la voluntad, por lo que nuestro conocer la verdad y la realidad es tanto limitada como falible, y lo mismo ha de decirse respecto a la voluntad: nuestra libertad es limitada en sí misma -no sólo por la libertad de los demás-, sino que también puede derivar en libertinaje, es decir un mal uso de la libertad que termina por revertirse en contra de la libertad misma, convirtiéndose en esclava de su misma autonomía mal entendida, de las pasiones desordenadas, y en el fondo por el propio egoísmo y autosuficiencia destructiva; y por lo que dice a la capacidad de amar, que también reside en la potencia volitiva, puede ésta desvirtuarse y degenerar asimismo en egoísmo, lo contrario del amor, el cual es

¹“Estamos viviendo un momento de aniquilación del hombre como imagen de Dios. Quisiera concluir aquí con este aspecto, porque detrás de esto hay ideologías. En Europa, América, América Latina, África, en algunos países de Asia, hay verdaderas colonizaciones ideológicas. Y una de estas —lo digo claramente con «nombre y apellido»— es el “gender” [ideología de género]. Hoy a los niños —¡a los niños!— en la escuela se les enseña esto: que cada uno puede elegir el sexo. ¿Y por qué enseñan esto? Porque los libros son los de las personas y de las instituciones que dan el dinero. Son las colonizaciones ideológicas, sostenidas también por países muy influyentes. Y esto es terrible. Hablando con Papa Benedicto, que está bien y tiene un pensamiento claro, me decía: «Santidad, ¡esta es la época del pecado contra Dios creador!». ¡Es inteligente! Dios ha creado al hombre y a la mujer; Dios ha creado al mundo así, y nosotros estamos haciendo lo contrario. Dios nos dio un estado «inculto» para que nosotros lo transformáramos en cultura; y después, con esta cultura, hacemos cosas que nos devuelven al estado «inculto». Lo que ha dicho el Papa Benedicto tenemos que pensarlo: «Es la época del pecado contra Dios creador». Esto nos ayudará” (Encuentro con los Obispos polacos durante el Encuentro Mundial de la Juventud en Polonia 2016; la cursiva es nuestra).



DIMENSIÓN INTELECTUAL



esencialmente donación. Es en ese sentido profundo e integral que el Papa relaciona la sana antropología -es decir la concepción del hombre por lo que es y en cuanto es- no sólo con la familia, sino también con la fe, ya que la Biblia -que es la Palabra de Dios, la Revelación de Dios mismo o Auto-revelación Divina- es necesariamente objeto de esa virtud teologal por la cual creemos en el Dios que se revela. Su Palabra, como Dios mismo, es objeto de fe.

Ahora bien, dicho esto, por supuesto que el Papa, siendo un no sólo un gran teólogo sino un excelente filósofo, no pretende decir que sólo quien posea el don de la fe -o mejor dicho, para decirlo con Maurice Blondel, quien es *poseído* por la fe- puede llegar al conocimiento de esas "formas fundamentales del ser humano", por supuesto que no. Pero el que señale el tema de la fe como parte necesaria en este 'círculo virtuoso', por así decir, de la dinámica del aprendizaje de lo que es el ser humano en su esencia, es importante de cara a lo que va a decir después como preparación previa a su crítica demoledora de la ideología del "gender". Tal preparación que antecede a su análisis de tal ideología la abre diciendo que esas "formas fundamentales" son aprendidas "viviéndolas, e incluso sufriendolas, juntos", en familia. Pero deja muy en claro que la familia misma no es simplemente "una determinada forma social", sino que se trata -dice el Papa- "de la cuestión del hombre mismo - de la cuestión sobre qué es el nombre y que

es lo que hay que hacer para ser hombres de manera correcta"².

Pero es interesante que Benedicto señale que el aprendizaje sobre lo que es el hombre en sus "formas fundamentales" -es decir, hombre y mujer- no es sólo una mera cuestión epistemológica o gnoseológica, sino netamente existencial. Y no es que se desprezice en sentido 'existencialista' el aspecto noético del aprender, sino que hace ver la unidad de pensamiento y vida en dicho proceso, y por ello dichas formas esenciales del ser humano, es decir las únicas dos y que son complementarias, se han de "vivir" en incluso "sufrir" es decir en familia. De esa manera, con una muestra de sana fenomenología, la cual es parte de una "antropología adecuada" -para decirlo con Karol Wojtyla - Juan Pablo II- el Papa Emérito hace ver la inseparable unidad entre pensamiento y vida, entre verdad y vida, entre materia y espíritu, entre cuerpo y alma, unidad que es patrimonio de la filosofía cristiana sobre todo y del pensamiento filosófico católico, de corte aristotélico-tomista, y sobre todo en su máximo exponente, que es el mismo santo Tomás de Aquino, para quien "*El Filósofo*" por antonomasia es precisamente Aristóteles, quien propuso por primera vez la concepción de la unidad cuerpo-alma como "unidad sustancial", la cual sería enriquecida por el doctor angélico con toda la riqueza de la Revelación bíblica sobre el hombre, y sobre todo con la concepción cristiana del mismo. Ahora bien, dicho sea de paso, no se ha de olvidar el aporte significativo que la filosofía y teología agustinianas dan al pensamiento del Aquinate, y esto contra todos los mitos que en la historia han querido contraponer a éste con el santo de Hipona. Basta recordar el hecho de que, después de Aristóteles, el autor más citado por santo Tomás es precisamente el doctor de la Gracia.

En fin, retomando el hilo de nuestra reflexión, podríamos ya aquí concluir, siguiendo el razonamiento de Benedicto XVI, y parafraseando a Dostoyevski, que "si la familia no existe, todo está permitido". En efecto, para el gran novelista ruso, gran creyente sin dejar de ser harto enigmático, "si Dios no existe, todo está permitido". Pero dado que las "formas fundamentales del ser humano" se aprenden, se *viven* y se *sufren* en familia -y por lo general sólo en ésta-, por una parte, y que Dios mismo se *aprende*

² El original italiano de la frase completa dice así: "*Così si è reso evidente che nella questione della famiglia non si tratta soltanto di una determinata forma sociale, ma della questione dell'uomo stesso - della questione di che cosa sia l'uomo e di che cosa occorra fare per essere uomini in modo giusto*".



en familia –por lo menos el Dios cristiano, que es familia: Padre, Hijo y Espíritu Santo-, por ello podemos concluir eso: sin familia no hay Dios ni hay puntos de referencia o valores absolutos, a no ser que medie alguna intervención especial de Dios, como de hecho ha ocurrido en algunos casos de la vida de los hombres; sin embargo, esto no es lo común. Por lo general, el hombre dejado a sus propias fuerzas y sin estar injerto en una estructura familiar -o por lo menos una estructura que de alguna manera subsane lo más posible la ausencia de ésta-, no le es dado, con certeza, firmeza y sin error, *aprender* “las formas fundamentales del ser humano”. Es por eso también que la Iglesia proclama que la familia es la célula -es decir también la “forma”- fundamental de la sociedad, así como lo es también de la Iglesia misma.

Después de hacer esa importantísima y esencial afirmación sobre las susodichas “formas fundamentales” de la persona humana, el Papa Emérito menciona que “los retos en este contexto son muy complejos”, e indica como primordial el tema de “la capacidad del hombre de relaciones estables (*“della capacità dell'uomo di legarsi”*), o bien de la ausencia de éstas (*“oppure della sua mancanza di legami”*)”. Y se pregunta si puede el hombre establecer relaciones para toda la vida (*“Può l'uomo legarsi per tutta una vita?”*), si puede comprometerse con alguien para siempre. E incluso Benedicto XVI pone la cuestión si eso corresponde a la naturaleza del hombre (*“Corrisponde alla sua natura?”*). Evidentemente aquí el Papa se hace portavoz del pensar del mundo actual en relación al matrimonio. En efecto, hoy el hombre en general duda de tal capacidad del ser humano para las relaciones estables, para el compromiso de relación de por vida. Porque, como bien anota el Papa, al hombre contemporáneo le parece que dichas relaciones estables,

para toda la vida, estarían “en contraste con su libertad y con la amplitud de su realización” -dice el Papa-, es decir iría de hecho en contra de su realización. En el fondo, nos parece que lo que Benedicto XVI insinúa aquí es que hoy se ve el matrimonio más como una manera de *esclavizarse que de realizarse*. Mas una visión tal no puede proceder sino de una comprensión equivocada de la libertad humana; en realidad es expresión de una visión libertina de ésta, es decir de un *libertinaje*. Ni los antiguos, ni mucho menos los hombres del medievo, ni siquiera en los albores de la filosofía moderna se llega a tal concepción, por más que en esta última se ponían ya las bases de una autonomía del hombre respecto de Dios, y por ende también poco a poco una autonomía en el ámbito de lo moral. Por ello también comentará el Papa -aunque él lo pone en forma de pregunta- que en la concepción del hombre que permea la cultura hodierna -o mejor dicho: la anticultura- “el hombre llega a ser sí mismo permaneciendo autónomo y entrando en contacto con los demás sólo mediante relaciones que puede interrumpir en cualquier momento”. Y por ello insiste en cuestionarse: “¿Una relación para toda la vida está en contraste con la libertad?”, es decir ¿se oponen de verdad las relaciones estables al *ser libre* del hombre? Y después el Papa vuelve al tema del sufrimiento: “¿La relación amerita el que se sufra por ella?”; es decir: ¿vale la pena sufrir con tal de mantener la relación, con tal de mantener precisamente la estabilidad en la relación, en la unión? Y entonces el gran Papa teólogo -y también gran filósofo-, conocedor profundo del hombre y del corazón humano, concluye:

“El rechazo de las relaciones estables, el cual se difunde cada vez más a causa de una errónea concepción de la libertad y de la autorrealización, así como también debido a la huida ante el sufrimiento, en lugar de soportarlo con paciencia, significa que el hombre permanece cerrado en sí mismo, y, al final de cuentas, conserva el propio ‘Yo’ para sí mismo, es decir en realidad no lo supera”

Y después, como haciendo eco de un pensamiento que era central en toda la doctrina predicación de san Juan Pablo II, su “amado predecesor” -y de quien el entonces Cardenal Joseph Ratzinger fue el brazo derecho por más de 23 años en el Vaticano-, añadirá:

“Más sólo en el don de sí mismo el hombre se alcanza a sí mismo, y sólo abriéndose al otro, a los demás, a los hijos, a la familia, sólo dejándose





DIMENSIÓN INTELECTUAL

plasmar en el sufrimiento, descubre la amplitud del ser persona humana”

Y el Papa culminará dicha reflexión de una manera clara y tajante, sin dejar lugar a dudas respecto a la importancia de las relaciones estables en la vida del ser humano, como esencia del hombre, pues la relación o *relacionalidad* del hombre es la manifestación misma del amor, de aquello sin lo cual, en efecto, el hombre no puede vivir³:

“Al rechazar esa relación estable, desaparecen también las figuras fundamentales de la persona humana: el padre, la madre, el hijo; y así desaparecen dimensiones esenciales de la experiencia del ser persona humana”

Acto seguido, Benedicto XVI hacía referencia a “un tratado cuidadosamente documentado y que impresiona profundamente”, escrito por el Gran Rabino de Francia, Gilles Bernheim, en el cual se hace ver que “el atentado –del cual hoy somos objeto- contra la familia auténtica, constituida por padre, madre e hijo (s), toca una dimensión incluso más profunda”. Y entonces el Papa reitera lo que ya antes había dicho sobre cómo la crisis actual atañe a “la base misma de la familia”⁴: “Si hasta ahora habíamos visto como causa de la crisis de la familia un malentendido sobre la esencia de la libertad humana, está claro que aquí [en el caso de la ideología de género] lo que está en juego es la visión del ser mismo, de lo que en realidad significa ser hombres”. Y refiere cómo Bernheim cita esa famosa afirmación de Simone de Beauvoir: “Mujer no se nace, se hace [se llega a ser]” (“*On ne naît pas femme, on le devient*”), en el sentido de que depende del ser humano “hacerse” mujer... u hombre. Al respecto comenta el Papa:

“Con esa frase se ofrece el fundamento de eso que hoy, bajo el lema de “gender”, se presenta como una nueva filosofía de la sexualidad. El sexo, según tal filosofía, ya no es un dato de origen de la naturaleza que el hombre ha de aceptar y

llenar personalmente de sentido, sino un rol social sobre el que se decide autónomamente, mientras que hasta ahora era la sociedad la que decidía al respecto”

“Llenar personalmente de sentido”. Me parece que aquí está el atractivo de tal ideología nefasta, la cual socaba insistimos con Benedicto XVI- los fundamentos mismos del ser humano, su misma esencia. *Es-entia* o *Esse-entia*: el ser en su mismo acto de ser, es decir el ser en cuanto tal, *en cuanto es*. Estamos aquí ante una ‘mentira metafísica’, por así decirlo; o mejor: anti-metafísica. En definitiva, se trata de la destrucción del hombre, del ser mismo del hombre. Con ella se aniquila al hombre en su raíz. En ese sentido *radical*, es decir *profundo*, *básico* (de base), de nuevo: *esencial*, el Papa añadirá un juicio serio y en tono más que grave:

“La profunda equivocación (*erroneità*) de esta teoría y de la *revolución antropológica* que subyace a ésta es *evidente*. Es decir, el hombre niega (*contesta*) el hecho de poseer una *naturaleza pre-constituida por su propia corporeidad*, la cual caracteriza al ser humano. Niega la propia naturaleza y decide que tal naturaleza no le es dada como dato *pre-constituido* [anterior a cualquier constitución o construcción subjetiva, de uno mismo], sino que él mismo se la



³ Cómo no recordar esa frase *leit-motiv* de todo el pensamiento y de todo el pontificado de san Juan Pablo II, es más, de su vida misma y de toda su existencia, y que aparecía ya en su primera encíclica: “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente” (Juan Pablo II, Carta encíclica *Redemptor hominis*, 10, publicada el 4 de marzo de 1979).

⁴ Cfr. Cita del Encuentro Mundial de las Familias en Milán al inicio del presente artículo, p. 1.



constituye [construye]⁵

Y después Benedicto XVI, siendo sobre todo un gran teólogo, evidentemente recurre a la Palabra de Dios, recordando lo que dice con relación al ser del hombre, lo que revela respecto de la esencia de la persona humana:

“Según la narración bíblica de la creación, pertenece a la esencia de la creatura humana el haber sido creada por Dios como varón y mujer. Esta dualidad es esencial para el ser humano, así como Dios la ha dado. Y es justamente dicha dualidad, como dato primigenio lo que se está negando (*Proprio questa dualità come dato di partenza viene contestata*). Ya no es verdad lo que se lee en la narración bíblica: ‘Varón y mujer los creo’ (Gen 1, 27). No, ahora lo cierto es que no fue Él quien los creó varón y mujer, sino que hasta ahora ha sido la sociedad la que lo ha determinado, por lo que ahora hemos de ser nosotros mismos quienes decidamos [sobre ello]”

La consecuencia de dicha ideología, de dicha manera de pensar -o mejor: de no pensar, causa del no ver, o mejor: de *pretender no ver, de no querer ver*- que niega *lo evidente, lo real, el ser mismo* de la persona humana, con su *evidente y realísima* dualidad hombre-mujer- es también evidente:

“Varón y mujer como realidad de la creación ya no existen. El hombre niega su propia naturaleza. Ahora él ya sólo es espíritu y voluntad”

Esta última anotación de este Papa excelente filósofo y no sólo teólogo nos parece muy interesante, pues con ella señala claramente el hecho de que el devenir o derivación de toda la filosofía moderna, desde Descartes hasta nuestros días, es precisamente ése: un voluntarismo absoluto que se vuelve autónomo del todo respecto de la inteligencia, que es la facultad timonel del hombre en cuanto presenta el ser bajo la especie (razón) de bien a la voluntad, y así ésta, guiándose por el bien, opte libre y conscientemente por éste. Sin esta estructura antropológica, correcta, sana y evidente, profunda y realmente metafísica, se cae, repetimos, en un puro voluntarismo, en un absoluto arbitrio malsano y destructor del mismo hombre. Y cuando se cae en esta tentación de la falsa inteligencia, ahí tenemos los



resultados en el idealismo absoluto, en el voluntarismo absoluto, que después degeneran en lo que hay detrás de todas las ideologías de la época moderna y de los tiempos presentes: libertinaje mental y libertinaje de vida; relativismo epistemológico y relativismo moral. Como botón de muestra bastaría mencionar algunos nombres como Hegel, Marx, Schopenhauer, Nietzsche, Freud, Sartre..., quienes han influido contundentemente en el pensamiento moderno y contemporáneo en diversos ámbitos del pensamiento y de la ciencia y de distintas maneras, pero que a la base del pensamiento se pueden señalar esos errores antropológicos, epistemológicos y metafísicos a los que venimos aduciendo. Precisamente eso que Benedicto no dudó en calificar en repetidas ocasiones como “la dictadura del relativismo”.

Ahora bien, inmediatamente después de esa aguda observación, el Papa hace ver las grandes contradicciones del espíritu -o mejor: ¡la ausencia de mismo!- de dicha ideología, cuando dice:

“La manipulación de la naturaleza, la cual hoy deploramos por lo que respecta al medio ambiente, se convierte aquí en la elección de fondo del hombre en relación consigo mismo. Ya sólo existe el *hombre en abstracto*, que después escoge para sí mismo y autónomamente *algo* como naturaleza suya, propia. Por tanto, ‘hombre’ y ‘mujer’ son negados en su exigencia creatural en cuanto formas de la persona humana que se integran [complementan] el uno al otro”

⁵ Las cursivas son nuestras.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Así las cosas, el Papa sacará la consecuencia lógica de tal insensatez con relación al ente familiar:

“Ahora bien, si no existe la dualidad hombre-mujer como dato de la creación, entonces tampoco existe la familia, como realidad prestablecida por o desde (*dalla*) la creación. Mas en tal caso la prole también la prole ha perdido el lugar que le corresponde y la dignidad que le es propia”

¡Por supuesto! Si la base y fundamento de la familia es el matrimonio, la relación estable, única e indivisible, indisoluble, entre las únicas dos formas de ser humano que existen, es decir varón y mujer, que se unen en el amor y estando abiertos a la vida, y si éstos, varón y mujer, en realidad han *perdido su ser, su esencia, han dejado de existir*, entonces la familia tampoco existe. Y lo mismo dígame del hijo: tampoco existe en cuanto tal, ya que los hijos desaparecen juntamente con los padres. La filiación es en cuanto relativa a la paternidad. Sin padres, que son y no pueden ser sino varón y mujer, no hay prole, como bien indica el Papa. Se trata, pues, de la destrucción de todo lo que es el hombre, el ser humano, la persona humana: varón y mujer, matrimonio, familia, prole. Todo se viene abajo. Por eso, y retomando de nuevo cuanto decía Bernheim, Benedicto XVI continuará diciendo:

“Bernheim muestra como ésta [la familia], de sujeto jurídico con propia identidad (da soggetto giuridico a se stante), se convierte ahora necesariamente en un objeto, al cual se tiene derecho, y que, como objeto de un derecho, se lo puede procurar. [Y es que] cuando la libertad del hacer se convierte en libertad de hacerse a sí mismo (dove la libertà del fare diventa libertà di farsi da



se), se llega necesariamente a negar al Creador mismo, y con ello, finalmente, también el hombre, en cuanto creatura de Dios, en cuanto imagen de Dios, es aniquilado en la misma esencia de su ser (viene avvilito nell'essenza del suo essere)”

He ahí una vez más la palabra clave: la esencia, el ser mismo. Eso es lo que con la ideología del género en el ser humano se desvirtúa, se erosiona, se destruye, de hecho, se aniquila (*se hace nada*), es decir desaparece el ser del hombre mismo; entonces desaparece la persona humana. Pero -es lícito preguntarnos- ¿Con ello se pierde realmente la dignidad de la persona humana?

Podríamos quizás responder, desde el punto de vista de la antropología filosófica cristiana, que no se pierde su dignidad primordial y metafísica, ya que siempre será la persona humana imagen de Dios, que es un sello, un “carácter” -para tomar prestado un término de la teología sacramentaria-, pero sí se pierde, sin duda alguna, la dignidad existencial, vivencial, en acto, por así decirlo. No por nada el Papa concluirá del todo su reflexión sobre esta ideología diciendo, de manera lúcida y contundente:

“En la lucha por la familia está en juego el hombre mismo. Por lo cual es evidente que ahí donde Dios es negado se disuelve también la dignidad del hombre. Quien defiende a Dios, defiende al hombre...”

En efecto, quien defiende la causa de Dios Creador defiende al hombre desde su esencia misma. Toca hoy también a la Iglesia dar la batalla en este campo meramente antropológico, ámbito de la ley natural. Mas,





DIMENSIÓN INTELECTUAL

al final de cuentas, bien sabemos que la ley natural no es sino la expresión intra-mundana de la mismísima Ley de Dios, al igual que una antropología simplemente 'filosófica' no se sostiene a sí misma, sino que tiene su fundamento último en una verdadera y auténtica antropología teológica. En el fondo, es necesario recuperar la doctrina judeo-cristiana sobre el hombre como "*imago Dei*", es decir imagen de Dios ("*imago Dei*"). Sólo así se puede comprender al hombre, y sólo así el hombre se comprende a sí mismo.⁶ "Quien defiende a Dios, defiende al hombre".



⁶ En esto insistía en su obra Gabriel Marcel (1889-1973), sobre todo en *Homo viator. Prolégomènes à une métaphysique de l'espérance* (1944), *Les homes contre l'humain* (1951) y en *La dignité humaine et ses assises existentielles* (1964). Representante del pensamiento existencial cristiano francés, y de hecho converso al catolicismo, Marcel siempre rechazó el ser clasificado en eso que se ha definido de forma demasiado general como "Existencialismo". Sobre todo le repugnaba el hecho de que se le identificara siquiera mínimamente con Jean Paul Sartre (1905-1980), con quien rompió toda relación desde que éste tomó un rumbo totalmente nihilista en su obra filosófica principal *El Ser y la nada (L'être et le néant)*, (1943), al concebir el ser como "náusea". Por lo demás, como es sabido, Sartre consideraba al hombre "una pasión inútil"; y en cuanto a la dimensión relacional y social del hombre, es decir la dimensión del amor (la relación "yo-tú", para decirlo con Martin Buber (1878-1965), de manera especial la relación hombre-mujer, es decir la relación matrimonial, y, puesta ésta como base, la relación familiar; y en realidad toda relación humana, sea de verdadera amistad, o bien de simple necesidad o conveniencia, o incluso de mera casualidad) como negativa en sentido absoluto, por lo que llegar a definir tal dimensión relacional del hombre con esta expresión: "El infierno son los otros (los demás)" (sic !!). Por lo demás, el filósofo de la esperanza (así se le nombra a Marcel) tampoco aceptaba ser identificado con Heidegger (1989-1976), precisamente porque, aun y cuando reconocía su profundidad en general para analizar al hombre en su ser y al mundo contemporáneo, consideraba el pensamiento del influyente pensador alemán un "solipsismo existencial", es decir un pensamiento en donde el 'otro' -el tú- estaba ausente, o al menos muy poco presente. Y es que para un filósofo cuya visión del hombre estaba imantada por la comunión, por el "nosotros", por el amor, al igual que por la fidelidad y la esperanza -dimensiones o vivencias a las cuales llamaba "matrices existenciales"-, un pensamiento que descuida este registro esencial de la vida humana es necesariamente incompleto, pues no hace justicia al hombre como tal.



Los jóvenes, la fe y discernimiento: ecos del Sínodo 2018*



P. Fernando Pascual, L.C.

Doctor en Filosofía
Licenciado en Teología

La Iglesia existe desde Cristo y tiene la misión de llevar Su Amor a cada generación humana. Por eso, la Iglesia ha buscado a lo largo de los siglos cuáles serían las modalidades más adecuadas para que los hombres y mujeres de diferentes lugares pudieran llegar a encontrarse con el Maestro.

En el camino evangelizador, la Iglesia muestra una atención particular hacia los jóvenes. Como parte de cada proceso de la historia, los jóvenes acogen en mayor o menor medida el legado de sus antepasados, y promueven cambios y proyectos desde sus energías interiores y su maduración personal.

Constatar estos hechos sirve para explicar el tema propuesto en octubre de 2016 por el Papa Francisco para la XV Asamblea general del Sínodo de los obispos del año 2018: «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional».

En la carta que Francisco dirigió a los jóvenes el 13 de enero de 2017, con la mirada puesta en el futuro Sínodo, se subrayaba el papel tan importante que ellos desempeñan en las sociedades y la necesidad de la Iglesia de ponerse a su escucha:

Un mundo mejor se construye también gracias a ustedes, que siempre desean cambiar y ser generosos. No tengan miedo de escuchar al Espíritu que les sugiere opciones audaces, no pierdan tiempo cuando la conciencia les pida arriesgar para seguir al Maestro. También la Iglesia desea ponerse a la escucha de la voz, de la sensibilidad, de la fe de cada uno; así como también de las dudas y las críticas.

La preparación del Sínodo fue larga e

involucró nuevas formas de diálogo con los jóvenes. Tras la publicación en enero de 2017 del documento preparatorio, se hizo disponible un cuestionario online que permitió recoger 100.000 respuestas completas de los jóvenes, lo cual implica una novedad en este tipo de eventos eclesiales.

El documento preparatorio apenas mencionado estaba dividido en tres partes: una para analizar la situación de los jóvenes en el mundo de hoy, otra sobre los temas centrales del Sínodo (fe, discernimiento, vocación), y otra para reflexionar sobre la acción pastoral. Al final se explicaba el lanzamiento del cuestionario para los jóvenes.

Del 19 al 24 de marzo de 2018 se tuvo en Roma un encuentro presinodal en el que participaron, de modo presencial, 300 jóvenes, mientras que alrededor de 15.000 jóvenes podían acceder al mismo de forma virtual. Este encuentro dio como fruto un documento que fue de gran ayuda para elaborar lo que sería el *Instrumentum laboris* del Sínodo.





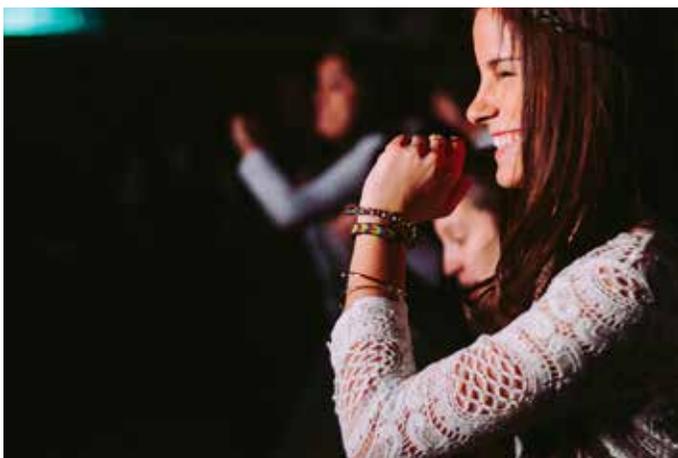
Este *Instrumentum laboris* lleva como fecha el 8 de mayo de 2018, y mantiene, fundamentalmente, la estructura del documento preparatorio del año 2017. La primera parte busca reconocer (observar) la realidad, la situación en la que viven los jóvenes hoy. La segunda parte (interpretar) se fija en la fe y el discernimiento vocacional. La tercera (elegir) reflexiona sobre las opciones pastorales que tiene ante sí la Iglesia católica.

El Sínodo en cuanto tal inició sus trabajos el 3 de octubre de 2018 y terminó el 28 del mismo mes. Los participantes se dividieron en varias categorías. Por un lado, 266 Padres sinodales. Por otro lado, participaron 23 expertos, 49 auditores, entre los que se incluían 34 jóvenes. Hubo, además, 8 delegados de otras Iglesias y comunidades eclesiales.

En la homilía de la misa inaugural (el mismo 3 de octubre), el Papa Francisco recogía una idea que tiene muy presente en su corazón:

Nuestros jóvenes, fruto de muchas de las decisiones que se han tomado en el pasado, nos invitan a asumir junto a ellos el presente con mayor compromiso y luchar contra todas las formas que obstaculizan sus vidas para que se desarrollen con dignidad. Ellos nos piden y reclaman una entrega creativa, una dinámica inteligente, entusiasta y esperanzadora, y que no los dejemos solos en manos de tantos mercaderes de muerte que oprimen sus vidas y oscurecen su visión.

Ese mismo día, en el discurso que el Papa dirigió al Sínodo, expresó su deseo de alcanzar metas buenas y



atrevidas en el documento final:

Comprometámonos a procurar «frecuentar el futuro», y a que salga de este Sínodo no sólo un documento –que generalmente es leído por pocos y criticado por muchos–, sino sobre todo propuestas pastorales concretas, capaces de llevar a cabo la tarea del propio Sínodo, que es la de *hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular la confianza, vendar heridas, entretener relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un imaginario positivo* que ilumine las mentes, enardezca los corazones, dé fuerza a las manos, e inspire a los jóvenes –a todos los jóvenes, sin excepción– la visión de un futuro lleno de la alegría del evangelio.

El documento final, aprobado el 27 de octubre de 2018 en numerosos puntos con una amplia mayoría, si bien en otros puntos se hizo visible una falta de consenso completo, está elaborado desde la mirada en la escena del encuentro entre Cristo Resucitado y los discípulos que caminan hacia Emaús (cf. Lc 24,13-35). En el Proemio se explica la conexión entre este pasaje evangélico y el Sínodo:

Esta página expresa bien lo que hemos vivido en el Sínodo y lo que quisiéramos que cada una de nuestras Iglesias particulares pudiese vivir en lo que concierne a los jóvenes. Jesús camina con los dos discípulos que no han comprendido el sentido de lo sucedido y se están alejando de Jerusalén y de la comunidad. Para estar en su compañía, recorre el camino con ellos. Los interroga y se dispone a una paciente escucha de su versión de los hechos para ayudarles a *reconocer* lo que están viviendo. Después, con afecto y energía, les anuncia la Palabra, guiándolos a *interpretar a la luz* de las Escrituras los acontecimientos que han vivido. Acepta la invitación a quedarse con ellos al atardecer: entra en su noche. En la escucha, su corazón se reconforta y su mente se ilumina, al partir el pan se abren sus ojos. Ellos mismos *eligen* emprender sin demora el camino en dirección opuesta, para volver a la comunidad y compartir la experiencia del encuentro con Jesús resucitado.

El documento se estructura, tras la introducción y el breve proemio, en tres partes. Una dedicada a



DIMENSIÓN PASTORAL

reconocer (analizar la situación actual), otra a interpretar, y otra a elegir. Cada parte se subdivide en cuatro capítulos.

No resulta fácil hacer una síntesis de un documento tan amplio ni recoger debidamente algunos de sus aspectos más relevantes. A modo de un primer acercamiento, insuficiente y parcial, pero deseoso de detener la mirada en puntos de importancia, podemos fijarnos en algunas ideas.

Una idea está recogida en el número 53, en los últimos momentos de la primera parte, en el que se intenta responder a la pregunta sobre los motivos del alejamiento de los jóvenes respecto de la Iglesia católica. De modo sintético, el número recoge estos motivos:

El Sínodo es consciente de que un número consistente de jóvenes, por razones muy distintas, no piden nada a la Iglesia porque no la consideran significativa para su existencia. Algunos, incluso, piden expresamente que se les deje en paz, ya que sienten su presencia como molesta y hasta irritante. Esta petición con frecuencia no nace de un desprecio acríptico e impulsivo, sino que hunde sus raíces en razones serias y comprensibles: los escándalos sexuales y económicos; la falta de preparación de los ministros ordenados que no saben captar adecuadamente la sensibilidad de los jóvenes; el poco cuidado en la preparación de la homilía y en la explicación de la Palabra de Dios; el papel pasivo asignado a los jóvenes dentro de la comunidad cristiana; la dificultad de la Iglesia para dar razón de sus posiciones doctrinales y éticas a la sociedad contemporánea.

En la segunda parte, el documento conclusivo analiza algunos aspectos propios de la juventud y se centra de modo especial en el discernimiento en sus diferentes ámbitos, comunitario, grupal y personalizado. Este último tiene algunos lugares de especial importancia, como son la dirección espiritual y el sacramento de la confesión, sobre los que se trata en la serie de números que hablan específicamente sobre el discernimiento (nn. 104-113).

La última parte, propositiva, recuerda la importancia de la escucha y colaboración con los jóvenes. Así, leemos lo siguiente en la segunda parte del n. 116:

La participación responsable de los jóvenes en la vida de la Iglesia no es opcional, sino una



exigencia de la vida bautismal y un elemento indispensable para la vida de toda comunidad. Las fatigas y fragilidades de los jóvenes nos ayudan a ser mejores, sus preguntas nos desafían, sus dudas ponen en cuestión la calidad de nuestra fe. También necesitamos de sus críticas, porque a menudo a través de ellas escuchamos la voz del Señor que nos pide la conversión del corazón y la renovación de las estructuras.

Esa tercera parte toca numerosos aspectos, que van desde la formación en general, la catequesis, la vida familiar y profesional, las relaciones con los inmigrantes, el mundo digital (en el que están inmersos los así llamados nativos digitales, expresión que describe a un gran número de los jóvenes de hoy), la misión, y un largo etcétera. Son tantos los ámbitos que uno puede perderse, pero existe un criterio unificador: el encuentro personal y significativo con Cristo.

La conclusión se convierte en un reclamo a promover vidas santas, que son las únicas capaces de provocar renovaciones auténticas. En las líneas finales del último número leemos lo siguiente:

A través de la santidad de los jóvenes la Iglesia puede renovar su ardor espiritual y su vigor apostólico. El bálsamo de la santidad generada por la vida buena de tantos jóvenes puede curar las heridas de la Iglesia y del mundo, devolviéndonos a aquella plenitud del amor al que desde siempre hemos sido llamados: los jóvenes santos nos animan a volver a nuestro amor primero (cf. Ap 2,4).

En la homilía de la misa de clausura del Sínodo,



impulsa y anima en la tarea continua de la Iglesia a facilitar a cada generación el encuentro con Aquel que da sentido a nuestras vidas: Jesucristo.

** Agradecemos a la revista Ecclesia, que nos ha permitido publicar como artículo esta editorial por el mismo director de la revista, profesor de filosofía del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum de Roma.*

el 28 de octubre, el Papa Francisco habló de la fe como encuentro con Cristo, inspirándose en el Evangelio de la curación de Bartimeo. Entre otras cosas, el Papa dijo:

Muchos hijos, muchos jóvenes, como Bartimeo, buscan una luz en la vida. Buscan un amor verdadero. Y al igual que Bartimeo que, a pesar de la multitud, invoca solo a Jesús, también ellos invocan la vida, pero a menudo solo encuentran promesas falsas y unos pocos que se interesan de verdad por ellos.

No es cristiano esperar que los hermanos que están en busca llamen a nuestras puertas; tendremos que ir donde están ellos, no llevándonos a nosotros mismos, sino a Jesús. Él nos envía, como a aquellos discípulos, para animar y levantar en su nombre. Él nos envía a decirles a todos: «Dios te pide que te dejes amar por él».

La carta que el Sínodo dirigió a los jóvenes del mundo incluye, en sus últimas líneas, una expresión sucinta que refleja en parte el misterio de la juventud y su importancia para la Iglesia y para el mundo: «Sois el presente, sed el futuro más luminoso».

El Sínodo de 2018 cerró sus puertas a finales de octubre, pero su mensaje está destinado a ofrecer luz y a motivar esfuerzos en la tarea continua de la Iglesia católica por atender a las nuevas generaciones en su camino de fe y en las decisiones que cada joven toma para orientar su vida hacia la integración más adecuada en la vida social.

La importancia de este Sínodo no se limita a los resultados y documentos, sino que va más allá, porque



Lenguaje en la predicación ⁽¹⁾



P. Antonio Rivero, L.C.
Doctor en Teología Espiritual

I. IMPORTANCIA DEL LENGUAJE

Es necesario trabajar el lenguaje de la predicación para no rebajar la Palabra de Dios. Por eso,

1. Debemos usar un lenguaje popular, no populachero, trivial o vulgar. Es decir, un lenguaje que entienda el pueblo; un lenguaje adecuado al tiempo actual. Un lenguaje inteligible, sencillo, vivo y concreto, que se aleje por igual de los tecnicismos y de las palabras rebuscadas filosóficas o teológicas, como de la trivialidad y de la anécdota barata.
3. Debemos usar un tono directo, familiar, persuasivo y ágil que mantenga el interés de los oyentes, no tanto por los recursos oratorios del que habla cuanto por la convicción y autenticidad que consigue comunicar.

II. NIVELES DEL LENGUAJE

Hay tres niveles de lenguaje:

1. Nivel sintáctico: significa claridad, precisión, exactitud, correcto uso del lenguaje¹. La exigencia de claridad es aún más imperiosa en la predicación que en la conversación, pues en la iglesia, durante la predicación y dentro de la liturgia, no se puede hacer preguntas. Los oyentes suelen dar a entender por determinadas reacciones si han entendido. Si la reacción no aparece, hay que repetir lo dicho y darle vueltas y más vueltas hasta que aparezca; pero luego hay que pasar inmediatamente a otro

tema, cosa que será evidentemente imposible para quienes recitan un sermón literalmente preparado y aprendido de memoria. El fin de toda predicación es siempre abrir el sentido, aunque para ello no se disponga a veces más que de una lleva de madera; si es de oro, tanto mejor, a condición de que entre en la cerradura (Cf San Agustín, De doctrina christiana 10, 25-11, 36). Para ello ayudan estos consejos:

- La construcción de la frase: hoy hay que hablar con frases breves, pues el intelecto humano sólo puede captar frases de una determinada longitud.
- La voz activa: en vez de la voz pasiva. Así el oyente podrá identificarse con esa voz. Por ejemplo: en vez de decir "Eres amado por Cristo" (voz pasiva), es mejor decir: "Cristo te ama" (voz activa). La voz activa tiene más impacto y fuerza.





DIMENSIÓN PASTORAL

- Palabras concretas: suprimir las palabras abstractas y sustituirlas por palabras concretas. En vez de hablar de solidaridad (palabra abstracta), hablar de ese rey solidario, de esa persona solidaria (alguien concreto).

Los adjetivos: no abusar de ellos, pues no es redacción estilística ni literaria.

2. Nivel semántico: si el lenguaje se ha hecho para el hombre y no el hombre para el lenguaje, entonces hay que evitar en la predicación términos que son útiles en teología, pero que los oyentes no entienden. El lenguaje de la predicación necesita el lenguaje de la vida cotidiana para que las palabras teológicas sean una ayuda para ella. Jesús ha utilizado en su predicación imágenes y comparaciones tomadas del mundo que le circundaba para que los oyentes pudiesen entender el mensaje divino.
3. Nivel pragmático: el lenguaje de la predicación tiene que conducir a posturas de vida, a la vida práctica.

III. LA FORMA AL SERVICIO DEL FONDO DE IDEAS

La forma es el modo de presentar las ideas de fondo para que se graben más y mejor. La fuerza de impacto de una idea es directamente proporcional a su grado de sensibilización.

Las técnicas de la forma se clasifican en dos tipos:

1. Técnicas de forma interna: concreción, desentrañamiento, visualización y dramatización.
2. Técnicas de forma externa, que inciden en el modo de expresar la idea: graficismo o estilo plástico y ritmo o movimiento oratorio.

A) FORMA INTERNA

CONCRECIÓN

Pasos para la concreción:

1. Enunciación de la idea o verdad que quiero

sensibilizar, que de ordinario es abstracta, universal: "La confesión provoca alivio...el sufrimiento duele...es mejor dar que recibir...Cristo nos amó con locura, etc...".

2. Sensibilización con un caso concreto en que se realiza esa idea abstracta y universal.
3. Recapitulación rápida en la que se muestra cómo se cumple en ese caso la idea universal y abstracta.

Un ejemplo:

1. Idea: El sufrimiento duele.
2. Sensibilización de la idea: ¡Vaya que si el sufrimiento duele! ¡Por supuesto que sí! Pregunta, si no, a doña Rita, que yace en una cama desde hace tres años sin poder hacer nada, con dolores atroces y terribles, sin poder dormir una hora seguida durante el día o durante la noche. Y con seis hijos que educar y cuidar.
3. Recapitulación de la idea: ¿Te quedó claro que el sufrimiento duele? Ahí está doña Rita testimoniando esta verdad: el sufrimiento duele y ¡cómo!

DESENTAÑAMIENTO

Pasos:

1. Enunciación de la idea en forma exclamativa, donde se expresa un sentimiento o un valor o antivalor.
2. Desentrañamiento con alguno de los tópicos según Aristóteles: quién, qué, cómo, cuándo, dónde, por qué, para qué, cuántas veces, etc.
3. Recapitulación de la idea valorada.

Un ejemplo:

Enunciación de la idea: ¡Cómo duele el sufrimiento!

1. Desentrañamiento: ¿Quién está sufriendo? Doña Rita, madre de seis hijos, tres de ellos todavía pequeños. ¿Qué sufre? Un terrible cáncer que está apoderándose de su vida



DIMENSIÓN PASTORAL

y de sus ilusiones. ¿Por qué? Sólo Dios sabe por qué está sufriendo siendo ella tan joven. ¿Cómo está sufriendo? Con gran paciencia y resignación y con la mirada puesta en Dios.

2. Recapitulación: ¿Duele o no duele el sufrimiento? Pregúntale a doña Rita, madre de seis hijos que está ahí en su casa consumiéndose de dolor, con la fe puesta en Dios.

VISUALIZACIÓN

Pasos:

1. Enunciación de la idea: Idea o verdad general, abstracta y universal: Sí, el sufrimiento duele.
2. Visualización de la idea: se pinta la escena con algunos detalles que impresionan. Hay que evitar descripciones minuciosas, si no, se convierte en una redacción literaria. Evitar también detalles innecesarios que ahogan la fuerza del sentimiento y reluce lo artificioso y literario, lo cual puede incluso provocar risa.
3. Recapitulación de la idea: que ya estaba concretada, desentrañada y visualizada, para que el oyente se quede con lo principal: el sufrimiento duele.

Ejemplo:

1. Enunciación de la idea: ¡Claro que duele el sufrimiento!
2. Visualización de la idea: ahí está doña Rita, en la habitación de su casa, en una cama, desde hace tres meses. ¿Sus ojos? Ya sólo se cierran para ofrecer a Dios el dolor. Mira sus manos en postura de oración. A veces su boca despide un leve quejido, pues los dolores son atroces. Ahí está su esposo cada tarde junto a ella, después de su trabajo fatigoso. ¿Y sus hijos? Los más pequeños están con la tía que vive al lado. Los más grandecitos están en casa haciendo la tarea del colegio en un rincón, tristes y sin entender por qué su mamá tiene que sufrir tanto. ¡Qué duro para doña Rita!
3. Recapitulación de la idea: ¿Duele o no duele el sufrimiento? Pregunta a doña Rita y a sus hijos.

DRAMATIZACIÓN

1. Enunciación de la idea: La idea es siempre abstracta y universal: Siempre el sufrimiento duele.
2. Dramatización: se hace hablar a los personajes en la escena, poniendo en boca de ellos las palabras, afectos e impresiones. La dramatización debe ser breve.

3. Recapitulación: al final, se repite la idea bien remarcada.

Un ejemplo

1. Enunciación de la idea: El sufrimiento duele y duele mucho
2. Dramatización de la idea:
 - Mamá, ¿por qué tienes que estar siempre en la cama sufriendo?
 - Sí, hijo, así lo ha permitido Dios y hay que aceptar la voluntad de Dios, aunque nos cueste.
 - Oye, Rita, mi amor, ya sabes que siempre estoy junto a ti y no me olvido de ti... por eso trato de venir de mi trabajo rápido para estar contigo. Te voy a traer un té.
 - Lo sé, José; pero tú quédate tranquilo y abraza a nuestros hijos por mí y por ti. Diles que les amo mucho. Tráeme ese té, que lo necesito.
3. Recapitulación de la idea: ¿Quedó clara la idea? El sufrimiento duele y ¡mucho!

COMPARACIÓN

Pasos:

1. Enunciación de la idea: es la idea o verdad que quiero proponer a mi auditorio: p.e. construir el matrimonio.
2. Comparación: la inteligencia entiende mejor



DIMENSIÓN PASTORAL

y la voluntad decide con más intensidad cuando esa idea viene presentada con una comparación de su la vida de cada día. Pueden ser comparaciones lógicas que ayudan a entender mejor esa idea o verdad; y comparaciones emotivas que hacen sentir más esa verdad. Podemos comparar el matrimonio con un edificio.

3. Recapitulación de la idea: sí, el matrimonio es como un edificio que se construye cada día ladrillo a ladrillo.

Ejemplo:

1. Idea: Hay que construir el edificio del matrimonio día a día.
2. Comparación: el matrimonio es como un edificio
 - Cada día se va poniendo un ladrillo por parte de cada uno de la familia: papá, mamá, hijos.
 - Con unos cimientos sólidos: las virtudes y la fidelidad.
 - Con unas columnas resistentes: la oración, el sacrificio, el amor.
 - Con unos ventanales grandes y luminosos: la sinceridad.
 - Con una sala de estar acogedora: buenas palabras, bendicencia (hablar bien de los demás), sana conversación.
 - Con un comedor amplio: urbanidad, educación y servicialidad.
 - Con habitaciones bien proporcionadas y limpias: pureza y decencia.
 - Con un patio al aire libre: saber descansar sanamente.
 - Con varios pisos: cada hijo es como un piso en este edificio. El matrimonio tiene que ser fecundo.

3. Recapitulación: ¿Entendiste la imagen? El matrimonio es como ir construyendo un edificio maravilloso, ladrillo a ladrillo.





“Nunca me he sentido tan apóstol como ahora que sufro para ser fiel a mi misión”



Pbro. José Juan Sánchez Jácome

Licenciado en Teología Moral
Coordinador del Comité Diocesana de ética para la vida y la familia
Arquidiócesis de Xalapa

Se nos han venido tantas cosas encima. Apenas intentamos respirar y recuperarnos de las situaciones adversas que han estado amenazando nuestra vida, cuando llegan otras desgracias que ensombrecen más el panorama social.

Han pasado muchas cosas, tenemos tanto que lamentar y todo parece indicar que no estamos respondiendo conforme lo exige este panorama desalentador. La crisis se ha venido agudizando, los secuestros y extorsiones siguen partiendo el alma a nuestro pueblo, la inseguridad muestra facetas cada vez más preocupantes, la pobreza resulta ser más escandalosa e indignante y los fenómenos naturales van dejando también muerte y destrucción.

Como muchos han comentado tratando de reflexionar en los fenómenos naturales que han azotado a nuestro país, los terremotos cimbran no sólo la tierra sino también la conciencia de nuestro pueblo.

La comunidad cristiana también ha experimentado miedo, tristeza e impotencia frente a este ambiente de descomposición social que nos agarra mal parados.

A nivel espiritual nos queda claro que también necesitamos fortalecer y reforzar los cimientos de nuestra vida para tener la capacidad de situarnos con fortaleza, compasión y esperanza frente a las sacudidas que nos da la vida.

Ante un panorama como éste, de manera espontánea llegamos a preguntarnos quién nos sacará de esta postración, quién vendrá a consolarnos, quién hará

posible la recuperación de este pueblo tan digno que ha sido tratado indignamente.

Además de escuchar a los especialistas y expertos en la materia, la comunidad cristiana se recoge en la presencia de Dios para escuchar su Palabra, tratando de encontrar en ella el estímulo y la luz para salir adelante. Y así es como va surgiendo una respuesta y una esperanza.

No necesitamos un iluminado, no debemos estar esperando que aparezca alguien que comulgue con nuestros propósitos pero que atienda más bien sus propios intereses y ambiciones; no necesitamos emocionarnos con alguien que de manera estridente se indigna y se rasga las vestiduras por el estado actual de las cosas, pero sólo como una manera de ganar nuestra simpatía.

Confrontándonos con la Palabra y unidos en torno al Señor tomamos conciencia que Él nos envía a bendecir, consolar y fortalecer a nuestro pueblo. A nosotros nos toca levantar el ánimo, sanar las heridas y generar la esperanza porque Dios nos encarga esta misión y nos asiste con su gracia. La tradición de nuestro pueblo corrobora cómo en los momentos más oscuros de la historia Dios se ha manifestado contra todos los pronósticos, restaurando la vida de su pueblo.

A los cristianos nos toca compartir la esperanza y llevar la luz donde hay oscuridad. No tenemos que esperar a que alguien tome la iniciativa, mucho menos en estos tiempos de agitación política que se mueven con otra finalidad, aunque los discursos parezcan muy convincentes.



Al enviarnos, el Señor nos promete su espíritu, por lo que no vamos solos ni desprovistos frente a una realidad que rebasa nuestra capacidad de respuesta personal. Dios es el que nos respalda; Dios da la gracia, por lo que de antemano nos sabemos asistidos por una fuerza que no es nuestra sino de Dios y que llevará la fortaleza, la sanación, la paz y la esperanza donde se ha esparcido la violencia, la injusticia, la pobreza y la destrucción.

Los sacerdotes vamos cayendo en la cuenta de que son tiempos para consolar, levantar los ánimos e infundir esperanza a nuestro pueblo. Se nos han concedido tantos dones, hemos sido considerados dignos de confianza por lo que estos bienes espirituales tenemos que compartir ahora que tantos hermanos necesitan a Dios, la alegría de la fe y el fuego de la esperanza.

Los sacerdotes sentimos de manera más personal el llamado que Dios nos hace para estar cerca de las personas que están sufriendo. Tenemos que anunciar a Dios y recuperar a México frente a los secuestros, extorsiones, corrupción, abortos, violencia e injusticias. No es fácil esta misión que incluso se torna peligrosa. Pero somos enviados, no vamos por nuestra propia iniciativa sino por mandato de Dios. Y creemos en el poder de la Palabra que doblaga los corazones más obstinados.

Entendiendo así una tarea difícil pero impostergable podemos hacer nuestras las palabras de un misionero claretiano: "Nunca me he sentido tan apóstol como ahora que sufro para ser fiel a mi misión".



El pontificado de Francisco: ¿misericordia vs. verdad?



H. Ismael González, L.C.

Licenciado en Filosofía, estudia actualmente
La Licenciatura en Teología Dogmática

Recuerdo los primeros años del **Papa Francisco** como una **bocanada de aire fresco** para toda la Iglesia. Su pontificado comenzaba como un revulsivo de misericordia que insistía en ella como **«el mensaje más fuerte de Jesús»**.

Personalmente nunca he dejado de seguir sus actividades y mensajes. Intento asimilar lo que el Espíritu Santo está soplando a través de este sucesor de Pedro, vicario de Cristo.

No puedo negar que en los dos últimos años esta bocanada se ha empañado en los cristales de diversas sensibilidades. Para algunos no ha sido fácil **compaginar las exigencias de la misericordia con la verdad de la doctrina**. Quien ha insistido en la doctrina, a veces ha sido tachado de rígido o legalista. Y quien ha antepuesto la misericordia, a veces ha sido acusado de laxo o «manga ancha».

¿Misericordia o doctrina? ¿Caridad o verdad? Parecen soluciones antagónicas y excluyentes, pero no es adecuado presentarlas así. Veamos algunas reflexiones que nos ayuden a **mantener unido el binomio** de la misericordia y la verdad. Partamos del Evangelio, sigamos con el pensamiento del Papa Francisco y terminemos con un ejemplo del entonces sacerdote Jorge Mario Bergoglio.

¿Qué dice el Evangelio?

Jesucristo vivió y predicó el amor y la verdad.

Podemos decir que **anunció la misericordia en la verdad y la verdad con misericordia**. Se presentó como «el camino, la verdad y la vida» (cf. *Juan 14, 6*) y no vino «a llamar a los justos sino a los pecadores» (cf. *Mateo 9, 13*). Se acercó a todo tipo de personas para transformarlas y liberarlas del pecado, no para «benedicir» su pecado. Su mensaje de misericordia iba ligado al de conversión (cf. *Marcos 1, 14*). El mismo Jesús que dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas» (*Mateo 11, 29*), es el mismo que declaró: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Juan 8, 32*).

El caso de la **mujer adúltera** es emblemático de **cómo Jesús aplicó la verdad y la misericordia** (cf. *Juan 8, 1-11*). Los escribas y fariseos le presentan a una mujer «sorprendida en *flagrante* adulterio». «*Flagrante*» significa «de tal evidencia que no necesita pruebas» o que se descubrió «en el mismo momento de estarse cometiendo, sin que el autor haya podido huir». De manera que el pecado es innegable. Y los acusadores conocen y recuerdan muy bien la antigua ley de Moisés:

«Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, serán castigados con la muerte: el adúltero y la adúltera» (*Levítico 20, 10*).

«Si sorprenden a uno acostado con una mujer casada, los dos deben morir: el que se acostó con ella y la mujer» (*Deuteronomio 22, 22*).



La pena consistía en una lapidación: morir a pedradas. No sería algo indoloro ni instantáneo, además de ser sumamente humillante. Cabe preguntarse si a los justicieros inquisitivos les importaba esta mujer. También cabe preguntarse dónde estaba el adúltero, pues también él debía ser castigado. En la práctica regía una desigualdad que Jesús superaría. **A Él sí le importaba el bien concreto de los pecadores y de esta mujer.** Termina la historia del siguiente modo:

«Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: *“El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra”*. E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: *“Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?”*. Ella contestó: *“Ninguno, Señor”*. Jesús dijo: ***“Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más”***» (Juan 8, 7-11).

Jesús no niega la verdad de los hechos, pero trata con misericordia a esta mujer. La perdona, le da una nueva oportunidad y la invita a la conversión: «Anda, y en adelante no peques más». Jesús ofrece acogida sin cambiar la doctrina. Cambia la actitud, no los mandamientos. No niega la maldad moral de un adulterio e invita a los adúlteros a la conversión. Ama a los pecadores y los libera de sus pecados.

¿Qué dice el Papa Francisco?

Estos son los acentos evangélicos que nos está recordando el Papa Francisco. Ha hablado mucho de la

Iglesia como «**un hospital de campaña** tras una batalla». Allí se recogen y se curan a los heridos, a los pecadores. Se les brinda primero lo más elemental que es la acogida. A algunos a veces se les ha olvidado esto y por eso reconocía lo siguiente:

«La Iglesia a veces se ha dejado envolver en pequeñas cosas, en pequeños preceptos. Cuando lo más importante es el anuncio primero: *“¡Jesucristo te ha salvado!”*. Y los ministros de la Iglesia deben ser, ante todo, ministros de misericordia. Por ejemplo, **el confesor corre siempre peligro de ser o demasiado rigorista o demasiado laxo. Ninguno de los dos es misericordioso, porque ninguno de los dos se hace de verdad cargo de la persona.** El rigorista se lava las manos y lo remite a lo que está mandado. El laxo se lava las manos diciendo simplemente *“esto no es pecado”* o algo semejante. A las personas hay que acompañarlas, las heridas necesitan curación» (Entrevista de Antonio Spadaro al Papa Francisco, 19 de agosto de 2013).

Me parece muy interesante la declaración anterior porque señala **dos extremos que hay que evitar: el rigorismo y el laxismo.** Ya nos hemos referido al primero. También hay que tener en cuenta el segundo, pues se corre el peligro del *buenismo* o de la ingenuidad de tapan los pecados. Leyendo con atención al Papa Francisco no se puede falsear la doctrina en aras de la misericordia. Él mismo dice en su documento programático, la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (La alegría del Evangelio, 24 de noviembre de 2013):

«En este contexto se abre el justo espacio a la *misericordia de Dios por el pecador que se convierte, y a la comprensión por la debilidad humana. Esta comprensión jamás significa comprometer y falsificar la medida del bien y del mal para adaptarla a las circunstancias.* Mientras es humano que el hombre, habiendo pecado, reconozca su debilidad y pida misericordia por las propias culpas, en cambio es inaceptable la actitud de quien hace de su propia debilidad el criterio de la verdad sobre el bien, de manera que se puede sentir justificado por sí mismo, incluso sin necesidad de recurrir a Dios y a su misericordia» (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 104).

¿Qué ha hecho el Papa Francisco?

Varias iniciativas de su pontificado han llamado la atención. Entre otras, fue muy provechoso el *Año de la Misericordia* (8 de diciembre de 2015 a 20 de



noviembre de 2016). Recordemos ahora una historia de su vida sacerdotal, contada a Andrea Tornielli en un libro entrevista:

«En la época en que era rector del colegio Massimo de los jesuitas y párroco en Argentina, **recuerdo a una madre que tenía niños pequeños y había sido abandonada por su marido.** No tenía un trabajo fijo y tan sólo encontraba trabajos temporales algunos meses al año. Cuando no encontraba trabajo, **para dar de comer a sus hijos era prostituta.** Era humilde, frecuentaba la parroquia, intentábamos ayudarla a través de Cáritas. Recuerdo que un día —estábamos en la época de las fiestas navideñas— vino con sus hijos al colegio y preguntó por mí. Me llamaron y fui a recibirla. Había venido para darme las gracias. Yo creía que se trataba del paquete con los alimentos de Cáritas que le habíamos hecho llegar: “¿Lo ha recibido?”, le pregunté. Y ella contestó: “Sí, sí, también le agradezco eso. Pero he venido aquí para darle las gracias sobre todo porque usted no ha dejado de llamarme señora”. Son experiencias de las que uno aprende lo importante que es **acoger con delicadeza a quien se tiene delante, no herir su dignidad.** Para ella, el hecho de que el párroco, aun intuyendo la vida que llevaba en los meses en que no podía trabajar, la siguiese llamando “señora” era casi tan importante, o incluso más, que esa ayuda concreta que le dábamos» (*El nombre de Dios es misericordia. Una conversación con Andrea Tornielli*, Planeta, Barcelona 2016, pp. 72-73).

Basten estas referencias. Las citas y ejemplos del Evangelio, de los santos, de Francisco y de los Papas anteriores serían innumerables para mostrar las **exigencias inseparables de la misericordia y la**

doctrina. Una auténtica misericordia no prescinde de la verdad de la doctrina. Y la predicación de la doctrina debe ser respetuosa con la persona, buscando la manera más oportuna de enseñar y de corregir si es el caso. Siempre será necesario **distinguir entre el pecado y el pecador,** entre el error y la persona. Se rechaza el pecado, pero **se ama profundamente a todo pecador.**

FRANCISCO PAPA PAPA FRANCISCO VATICANO





El Cardenal Sergio Obeso y el estilo de Cristo

Pbro. José Juan Sánchez Jácome

Licenciado en Teología Moral
Coordinador del Comité Diocesana de ética para la vida
y la familia
Arquidiócesis de Xalapa



Lo hemos visto como un hombre culto, como una persona amable y sobre todo como un hombre de fe. Nos fascinaba siempre su trato exquisito, su elocuencia para hablar, la solidez de su formación, la claridad de su pensamiento y el aroma de su fe. Vemos cómo de esta fe le vienen su profunda visión de la vida y sus grandes virtudes.

Desde nuestra juventud lo veíamos como ese pastor que impactaba por su forma tan especial de estar cerca de su pueblo y de enamorarlo de Dios y al mismo tiempo como una persona jovial que disfrutaba la música clásica, la literatura, una tertulia sobre temas diversos y una jornada de convivencia con sus amigos y seminaristas, desplegando incluso sus capacidades atléticas al escalar el Pico de Orizaba o al cruzar sin parar el río Actopan, a la altura de Santa Rosa.

El ejemplo del Cardenal Sergio Obeso Rivera, desde que éramos jóvenes, nos motivaba a ser buenos estudiantes regresando a los clásicos, a servir dignamente al pueblo de Dios, a dispensar un trato amable a los demás; pero, sobre todo, a ser hombres de fe.

Con su exposición magistral de la doctrina cristiana, y sobre todo con su testimonio de vida, fuimos percibiendo la fe como esa búsqueda permanente de Dios para consolidar una relación con Él. Entendimos que este aspecto fundamental de conocimiento y relación con Dios nos va mostrando poco a poco cómo la fe debe vivirse también en las realidades temporales.

La fe nunca nos aparta del mundo ni nos lleva a pasar por alto las problemáticas, angustias y necesidades de los hermanos. Tampoco la fe nos debe apartar de Dios justificando que en el compromiso social podemos agotar la vitalidad de la fe cristiana.

Nos toca a nosotros integrar estos dos aspectos fundamentales, hacer un equilibrio y evitar el extremo del espiritualismo que nos desconecta por completo del mundo, especialmente de las causas sociales más urgentes que requieren del compromiso y de la iluminación de los cristianos. También tenemos que evitar el extremo del activismo, relegando, relativizando y descuidando nuestra relación con Dios que siempre le dará sentido, solidez y proyección a todas las causas sociales que nos toque iluminar desde la luz del evangelio.

Conforme nos fuimos adentrando en la vida cristiana, de acuerdo a la enseñanza del Cardenal Sergio Obeso, maestro del espíritu, descubrimos que en la práctica no es tan fácil realizar este equilibrio y llegar a vivir la fe desde su pureza e integridad para que no se nos convierta en una especie de *fuga mundi*, o, por el otro lado, en activismo político sin espiritualidad cristiana.

Cuando se cae en el extremo del espiritualismo se percibe una personalidad desfasada, exigente y poco comprensiva. Y cuando se cae en el extremo del activismo se forjan personalidades excéntricas, protagónicas y autorreferenciales.



TESTIMONIO



También entre nosotros es un arte lograr este equilibrio para que la fe no se desborde por un extremo que termine por asumir posturas radicales y ajenas a lo que es propiamente una vida de fe.

El Cardenal Sergio Obeso Rivera, arzobispo emérito de Xalapa, también es un modelo a seguir para lograr este equilibrio al vivir la fe cuidando de manera cercana la relación con Dios y el compromiso con las realidades temporales. Cabe destacar su capacidad y discernimiento para lograr este equilibrio especialmente en tiempos difíciles por la radicalización de algunos sectores ante ciertas interpretaciones de la teología de la liberación.

En la Iglesia el compromiso con las realidades temporales puede asumir un estilo que no corresponde propiamente a la espiritualidad cristiana, sino a esquemas seculares.

Nuestra fe debe llevarnos siempre al compromiso con las realidades temporales, pues una fe verdadera no debe encerrarse en la sacristía. Pero a la hora de concretizar nuestra fe en el servicio a los demás no debemos olvidar nuestra pertenencia a Cristo.

Tengo presente la cercanía del Cardenal Sergio Obeso con los pobres, su presencia constante en la sierra y en las comunidades rurales y las estructuras de pastoral que creó para lograr que se sintiera la maternidad de la Iglesia, especialmente entre los más lejanos y necesitados.

Creo que eso es algo que le aprendimos al Cardenal Sergio Obeso: se puede servir a los pobres sin

asumir posturas radicales y sin caer en la demagogia. Servir a los pobres y proyectar la fe en el mundo sin perder el estilo de Cristo y sin olvidar nuestra identidad como pastores y discípulos del Señor.

Nunca hablaba de él ni de sus logros, pero su ejemplo y sus virtudes no se han quedado callados y se han encargado de mantener vigente un estilo de vida cristiana. El P. Leonardo Castellani explicaba la fe de una manera que se adapta muy bien al estilo del Cardenal Sergio Obeso Rivera:

“La fe es interior, la fe no ama los alborotos, la fe no hace aspavientos, la fe se nutre en el silencio: ella es callada y operosa, es sosegada, es modesta, es fecunda, es más amiga de las obras que de las palabras, es fuerte, es aguantadora, es discreta. Es pudorosa. Los hombres profundamente religiosos no ostentan su religiosidad, como los Don Juan Tenorio de la religión, porque todo amor profundo es ruboroso; lo cual no impide que reconozcan a Cristo ante los hombres cuando es necesario”.